

# Mario Mendoza

## Scorpio City

NOVELA



Valiéndose de la voz de uno de los narradores de su novela, el autor confiesa: «No deseo escribir una novela tradicional, maniquea, con el característico triunfo del bien sobre el mal en las últimas páginas. No. Dejaré que la realidad triunfe sobre la forma, respetaré la historia tal y como me la contó Zelia: una historia donde la ciudad es atravesada en varias de sus capas, como un viaje al interior de una cebolla. Un inspector, crímenes, religiosos medievales camuflados en busca del poder, vagabundos y nómadas prehistóricos que viven de los desechos, y al final las cloacas de la ciudad como lo más íntimo, como el inconsciente donde fluyen y habitan las materias prohibidas de la ciudad».



Mario Mendoza

# **Scorpio City**

**ePub r1.0**

**mandius** 08.06.14

Título original: *Scorpio City*

Mario Mendoza, 1998

Editor digital: mandius

ePub base r1.1



*[...] ciudad reflexión de la furia, ciudad del fracaso ansiado, ciudad en tempestad de cúpulas, ciudad abrevadero de las fauces rígidas del hermano empapado de sed y costras, ciudad tejida en la amnesia, resurrección de infancias, encarnación de pluma, ciudad perra, ciudad famélica, suntuosa villa, ciudad lepra y cólera hundida, ciudad. Tuna incandescente. Águila sin alas. Serpiente de estrellas. Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del aire.*

CARLOS FUENTES

*Aquí podemos reinar... Y mejor reinar en el infierno que servir en los cielos.*

JOHN MILTON

*Quizás sólo sea posible escribir sobre ciertas cosas cuando ya apenas pueden herirnos y hemos dejado de soñar con ellas, cuando estamos tan lejos, en el espacio y en el tiempo, que casi daría igual que no hubieran sucedido.*

ANTONIO MUÑOZMOLINA

*El Daimón de Scorpio le conduce a encontrarse con algo terrorífico, oscuro y destructor.*

LIZ GREEN

# Capítulo Primero

PIELROJA BLUES

## 1. Los crímenes

El inspector Leonardo Sinisterra descendió de la patrulla con movimientos lentos, cautelosos, y su mirada felina recorrió con agilidad la calle y las casas vecinas. Prendió un Pielroja y, atravesando el grupo de curiosos, se internó en el callejón. La tarde soleada y transparente contrastaba con la escena de la mujer en ropa interior asesinada al fondo, frente a un sauce marchito, Sinisterra llegó hasta el cadáver y notó las formas perfectas y torneadas de la víctima. Le calculó veintiséis o veintisiete años. Cuando los muchachos de la patrulla le dieron la vuelta, Sinisterra quedó ensimismado viendo los ojos almendrados, los labios protuberantes, el cabello ensortijado y revuelto en una maraña salvaje. La cuchillada le había abierto la garganta prácticamente de lado a lado. El inspector tuvo la sensación de estar contemplando una muñeca rota, una bailarina quebrada en una vitrina de juguetes.

—Mierda —dijo en voz baja—, otra puta asesinada.

Con el pie izquierdo aplastó la colilla contra el piso y revisó alrededor del cadáver en busca de alguna pista. Nada. El quinto crimen en un mes y el asesino no dejaba rastro. Preguntó con voz seca, distante:

—¿Cómo se llamaba, cabo?

—María Ortega.

Caía la tarde. Sinisterra ordenó a los muchachos regresar a la comisaría después del levantamiento de cadáver. Se despidió y decidió volver a su departamento solo, a pie. Caminó por la Carrera Séptima hasta la Avenida Jiménez, atravesando la Bogotá tradicional ahora inundada de comercios y almacenes, y luego bajó al sector de San Victorino. El olor del mercado, las telas, los corredores internos llenos de baratijas y comerciantes al acecho, todo ese maremágnun de cuerpos y objetos lo reconfortó. Siempre había sido así. Bastaba que entrara allí y se perdiera en el laberinto de pasillos y largas galerías para que cualquier sentimiento depresivo desapareciera. No sabía por qué, pero el viejo mercado informal y popular de San Victorino producía en su

interior un efecto reconfortante. Tal vez fuera la sensación de perderse en la multitud, el placer del anonimato en el centro de la muchedumbre. Tal vez.

Antes de llegar a su departamento se dirigió a la guarida de Zelia, una vieja ex prostituta negra, un tanto aindiada, que se había retirado del oficio para crear una secta cristiana donde iban a parar los delincuentes del sector a pedir alimento espiritual. En efecto, la Iglesia de los Pobres era una cueva de ladronzuelos, drogadictos y prostitutas necesitados de una mano amiga, de un consejo en un momento de dificultad. Zelia, en su papel de elegida por las fuerzas del más allá, intentaba, con sus ademanes y gestos de vieja ramera curtida en las artes de la seducción, reorientar al rebaño del hampa del centro de la ciudad.

Sinisterra entró a la destartalada edificación, cruzó el viejo salón que hacía de capilla y golpeó en la puerta donde sabía que atendía la sacerdotisa.

—Siga.

Al verlo, Zelia sonrió y se levantó de un sillón descolorido a saludarlo con su coquetería habitual.

—Dime, amor, para qué soy buena. ¿Vienes por fin a arrepentirte de tus pecados? Siéntate.

La besó en la mejilla y se sentó.

—Acabo de ver la quinta víctima.

Ella se santiguó y dejó de sonreír.

—¿Puta también?

Asintió.

—¿Tienes su nombre?

—María Ortega.

—Sí, la conozco. Una mulata voluminosa, bella.

—Sí, muy bella.

Zelia abrió una pequeña gaveta y sacó una botella.

—Necesitas un trago, amor. Yo sólo bebo aguardiente. Nunca me refiné, acuérdate.

Sinisterra bebió. El licor le quemó la garganta y el estómago. Un ardor agradable, plácido. La miró cara a cara antes de preguntar.

—¿Qué sabes de ella?

—Casi nada. Yo prefiero saber poco, así no me enredo. Uno aquí se puede enterar de muchas cosas, pero es mejor quedarse así, ignorante. Ayudar sin ahondar en los



pecados, ése es mi lema, amor.

—Tenemos a la ciudadanía enardecida, Zelia. Los periódicos no nos quitan los ojos de encima, los noticieros de televisión no cesan de hablar de la ineficacia de la policía. Pronto rodará mi cabeza y la de mi jefe. Éste es un caso especial. Se ha armado mucho alboroto.

—Sí, ya me lo explicaste.

—Tengo que dar con el asesino. No es un caso cualquiera. La institución está exigiendo resultados.

—María Ortega compartía un apartamento con una muchacha que le dicen La Bambina. Trabaja en Casa Show haciendo turnos de *striptease* en la noche. Es lo único que te puedo decir.

—¿Lo único que sabes? O lo único que puedes decir. No es lo mismo.

—No me jodas, Leo.

Sinisterra se levantó, la abrazó y le estampó un beso en la mejilla en señal de despedida. Ella movió la cara imperceptiblemente para que el beso quedara más cerca de la boca.

—La próxima vez deja tanta preguntadera y ven a orar, a arrepentirte de tus pecados. Varios tendrás.

—Lo haré. Te lo prometo.

Regresó a su departamento con paso lento, sintiendo las piernas torpes y pesadas. Entró al viejo edificio, subió los tres pisos, abrió la puerta y se tumbó tal y como estaba, vestido y con los zapatos puestos, en un sofá viejo que alimentaba la impresión de negligencia y dejadez del lugar: un salón atiborrado de mugre, vasos plásticos y colillas aplastadas contra el piso de madera.

Ya entrada la noche Leonardo Sinisterra ingresó a Casa Show Internacional, una casa *non sancta* que colindaba con la Plaza de las Nieves, en el centro de Bogotá, entre tiendas de ropa y de calzado, pescaderías, restaurantes y vendedores ambulantes. Ordenó media botella de brandy y se sentó cerca de la pista a contemplar el *striptease*. Antes de desnudarse las chicas salían al escenario e imitaban a alguna cantante de música romántica. Bailaban, se contoneaban, sonreían, provocaban a su público masculino. Cuando el presentador anunció a La Bambina el inspector se irguió en el asiento y estuvo atento. La chica, casi una niña, salió a la pista con un vestido y una cinta de colores en el cabello, como si acabara de concluir su primera comunión. La imitación de su cantante era suave, cadenciosa.

*Entre la lluvia y el viento  
tuve el primer pensamiento,  
entre la lluvia y el viento  
llegó el primer desaliento...*

En esa ingenuidad fingida Sinisterra descubrió una muchacha inteligente, que conocía a fondo el tipo de hombre que asistía al lugar. Y claro, vivía de ese conocimiento, lo usufructuaba. En el momento de desnudarse se portó como una gatita dulce pudorosa, como una pequeña de un cuento infantil que se ha extrañado en un bosque donde la acecha una jauría de lobos. Terminó, los espectadores se pusieron de pie y aplaudieron y gritaron hasta que el presentador anunció a la siguiente chica. El inspector se levantó y fue a los camerinos. La Bambina estará aún en el pasillo. Sinisterra se identificó.

—Discúlpeme, debo hacerle un par de preguntas.

—Sí, dígame.

—¿Vivía usted con María Ortega, verdad?

—Sí, compartíamos el apartamento.

Unas mujeres con trajes de colores y otras con ropa interior insinuante invadieron el pasillo. Gritaban, se empujaban unas a otras, hacían bromas. Sinisterra pidió, casi suplicó:

—¿Podemos hablar en privado?

—No creo... Voy a intentarlo. Espéreme en una de las mesas.

Notó que lo estaba tratando no como a un inspector, sino como a un cliente. No le molestó y regresó a su media botella de brandy.

La chica llegó cinco minutos después. Sinisterra decidió enfrentar la situación con rapidez y salir de allí cuanto antes. Comenzaba a sentirse incómodo, deprimido. Esos lugares no lo alegraban, no lo excitaban. Lo contrario. Sentía el peso de una depresión superior a sí mismo, una carga inexplicable que lo lanzaba hacia abajo, hacia su propia sordidez interior. Era mejor hacer las preguntas de rigor y largarse de allí.

—¿Tiene idea de la razón por la cual mataron a su amiga?

—No.

—¿Tenía enemigos, gente que la odiara o se beneficiara con su muerte?

—No que yo sepa.

—¿Trabajaba para un hombre en particular?

—No, nosotras somos independientes.

—¿Recibió amenazas, peleó o discutió con las compañeras de trabajo?

—No, María era pacífica, tranquila. No le gustaba la violencia. Las que trabajan en la calle siempre llevan un arma para defenderse, una navaja, un gas protector, lo que sea. María no llevaba nada.

—Escuche, yo vi el cadáver. Le abrieron la garganta de lado a lado. Debió ahogarse con su propia sangre. Seguramente sintió que se le iba la vida entre una nube roja que la inundaba por todas partes. Como los corderos cuando son degollados.

Las palabras de Sinisterra produjeron efecto. La Bambina bajó el rostro y se quedó mirando el piso ensimismada, destruida por la imagen de su amiga como un animal sacrificado. El inspector remató:

—La siguiente puede ser cualquiera. Usted misma.

La Bambina habló con una voz que era un hilo delgado.

—María era rara, una mujer demasiado buena. Solidaria con las demás, caritativa, muy religiosa. Le juro que no sé cómo pudo morir así. No tenía tampoco líos amorosos, enredos sentimentales o cosas así. Decía que con los problemas del trabajo ya era suficiente.

—¿Solía visitar a un amigo o amiga en particular? ¿Familiares tal vez?

—No, los domingos iba a rezar a la Iglesia de los Pobres, abajo de San Victorino. Cada semana ahorraba plata para esa iglesia.

Sinisterra visualizó la imagen de Zelia. Era obvio que esa vieja zorra ocultaba información. Lo había enviado sobre una pista falsa. Bien. Respondería el golpe con prontitud. No estaba de genio para evasivas ni trucos de mal gusto. Le enseñaría a esa bruja a burlarse de su madre.

—Bien, gracias. Hasta luego.

—Adiós.

Salió a la calle y disfrutó de la primera bocanada de aire fresco. Prendió un Pielroja y aspiró el humo con los ojos entrecerrados. «El último del día», se dijo en voz alta. Estaba intentando dejar de fumar pero había descubierto que nunca iba a lograrlo. Era una parte de sí, un elemento constitutivo de su carácter, de su forma de ser. Ahora se conformaba con disminuir el número de cigarrillos diarios. «Ya con eso es bastante», se dijo de nuevo en voz alta.

Caminó por la Carrera Séptima hacia el sur. El aire de la noche estaba limpio. Vagos, pordioseros, recicladores con sus carretas de madera y sus perros, locos, proxenetas, maricones en cacería, putas, solitarios, insomnes, alcohólicos,

drogadictos: la fauna nocturna del centro de la ciudad en plena acción. Recordó las palabras que había escuchado una noche en un bar: «Ser bogotano es pertenecer a las cloacas del infierno. Por eso aquí ciudadano es sinónimo de roedor».

Al llegar a su departamento se desnudó y se tapó con la única manta que encontró a mano. Una manta gruesa especial para climas invernales. No bien se recostó, sintió una pesadez general en el cuerpo y se hundió en un sueño profundo.

Las primeras luces de la mañana lo descubrieron en una posición simiesca y enredado y semiahogado en la manta militar. Se levantó y acudió a la comisaría a rendir los informes de los últimos acontecimientos. Tuvo que asistir también a dos reuniones especiales sobre el caso y soportar las amenazas acostumbradas del jefe. En el fondo tenía razón, pensó Sinisterra. Cinco mujeres acuchilladas y no había una sola pista. En un comienzo habían investigado sobre cuchilleros y puñales, modos, técnicas: la *passata sotto*, la *stoccata*, la *inquartata*. La realidad era que aparte de una mediocre erudición sobre el arte del puñal no habían hallado un solo camino seguro para llegar al asesino. En Bogotá cualquier ladronzuelo, cualquier vendedor de droga cargaba un cuchillo o una navaja.

A mediodía visitó el restaurante de Pepillo, un viejo andaluz exiliado después de la Guerra Civil. Eligió una mesa al fondo, apartada en el último rincón. Pepillo pidió dos cervezas y se sentó a la mesa de Sinisterra.

—Invitación de la casa.

—Gracias, Pepe. Qué bueno es tener amigos.

—Tienes una cara de jodido, que ni te digo...

—Sí, las cosas no van bien.

—Ya me enteré. Las noticias vuelan por acá.

—Me imagino.

La cerveza le refrescó la garganta.

—¿Hablaste con Zelia?

—Fue lo primero que se me ocurrió, Ayer le hice una visita.

—¿Y?

—Nada. Me mandó sobre una pista falsa.

Pepe asintió mientras bebía de su jarro de cerveza.

—He pensado presionarla. Sé que sabe algo.

—Haces bien.

—Dime, Pepe, ¿qué piensas de esa mujer?

—Sobrevivir en el centro de la ciudad no es cosa fácil en este momento. Se necesita astucia, sagacidad, y a veces no es suficiente. Necesitas además suerte. Mucha suerte. Esa mujer no sólo sobrevive, sino que encima le da una mano a esa gente que llega a pedirle ayuda. Y claro, para actuar así, en medio del huracán, tienes que callarte más de una, hacerte el de la vista gorda, jugar el papel de sordo. No es fácil.

—Estoy seguro de que sabe algo,

—Sí, tal vez.

Pepillo se levantó despacio y alzó los dos jarros de cerveza.

—¿Te traigo el plato del día?

—Sí, por favor.

Qué mierda, se dijo Sinisterra. En esta ciudad, a diferencia de las películas gringas, no había buenos y malos. Sólo animales que intentaban defender su madriguera, el hueco donde gastaban sus noches y sus días. En Bogotá no había una realidad maniquea con dos polos encontrados, sino una cultura del rebusque y la supervivencia.

Almorzó sin apetito, pagó, se despidió de Pepe con un fuerte apretón de manos y se dirigió en seguida a la Iglesia de los Pobres. No había tiempo que perder.

Zelia parecía estar esperándolo. No se sorprendió con su llegada.

—No te demoraste en regresar.

—Tú sabes la razón.

—¿No te fue bien con La Bambina?

—Te burlaste de mí. Y comienzo a sospechar de ti.

—¿Yo la criminal? No me hagas reír, amorcito. Te estás enloqueciendo.

—Tú sabes algo.

—¿Y si así fuera? No estoy en la obligación de hablar contigo, ni con nadie, amor.

—O hablas o mañana estoy aquí con una patrulla, te cierro el negocio, embargo los dos o tres muebles y te mando a la cárcel del Buen Pastor con una lista de cargos que te dejen enterrada dos o tres años.

—¿Me estás amenazando?

—Estoy hablando de hechos que sucederán mañana a las ocho de la mañana.

—Eres un hijueputa.

La tenía. Zelia había sido tocada en una de sus fibras internas. La dejó pensar. Después de unos segundos de rumiar una salida, ella se le acercó y le habló en voz baja. Parecía un radio roto al que se le había bajado el volumen al mínimo.

—Vete. Yo te hago llegar la información. Tengo que consultar. No quiero apresurarme.

—No te demores.

—Mañana te la hago llegar a tu departamento.

El inspector asintió y salió.

Al día siguiente Sinisterra no sacó nada en claro de los interrogatorios hechos a las amigas de María. Ninguna de ellas arrojaba una luz sobre el crimen. Prefirió quedarse quieto y esperar el comunicado de Zelia. Compró una botella de aguardiente, unos filetes de merluza, pimentón, cebolla, coliflor y mayonesa, y se encerró en su departamento a revisar las carpetas de las víctimas. El portero del edificio le entregó el sobre cerrado. Sinisterra lo abrió y leyó: «Calle Veintiuna, Carrera Cuarta. Ocho de la noche. Solo».

—¿Quién entregó esta nota? —preguntó al portero.

—Un niño, señor.

—Gracias.

Miró el reloj. Las cinco y quince minutos. Tenía casi tres horas. Subió a su departamento, preparó la merluza y comió en silencio mientras desaparecían a lo lejos las últimas tonalidades del atardecer. Bebió unos tragos hasta dejar media botella. La ebriedad, pensó, esa forma de lucidez que permite en Bogotá aceptarla pesadumbre sin destruirse. Como un espejo, reflejar el caos y la amargura sin apropiárselos, sin hacerlos personales. En Bogotá el que no sabía ausentarse de sí, el que no tenía estrategia de fuga se hundía en su propia conmiseración. Cualquier destino era bienvenido, pensó, excepto el del hombre que termina ahogado en sus quejas y lamentos.

Miró el reloj. Las siete y media.

La esquina de la Calle Veintiuna estaba llena de prostitutas gordas pintadas con maquillaje barato. No alcanzó a detenerse al finalizar el andén cuando una mujerota inmensa enfundada en una minifalda negra lo abordó de inmediato. La voz gruesa que develaba al hombre detrás de la peluca y los afeites era cálida, amigable, temerosa y dubitativa. El travestí habló rápido, mirando a los costados.

—Busque las Residencias Tokio, abajo de la Estación de Policía del barrio Las Cruces. Pregunte por Pablo, El Apóstol. Es el único testigo del crimen de María. Se sobreentiende que no debe nombrarme.

—¿Por qué me ayuda?

—Estamos hechas una mierda para que encima vengan a matarnos. No me interesa ayudarlo, me interesa sobrevivir.

—Gracias por...

—Hable con El Apóstol antes de que sea tarde.

Y se fue así como vino. Sinisterra bajó a la Carrera Séptima y deambuló hacia el sur con la mirada extraviada en las vitrinas. Palpó la pistola debajo del saco y apresuró el paso para no llegar a Las Cruces avanzada la noche. Sabía de memoria que era uno de los barrios más peligrosos del centro de la ciudad.

Lo condujeron a un cuarto maloliente al fondo de un patio donde un hilo de carne con una semana de barba fumaba gruesos e interminables cigarrillos de marihuana. Sinisterra se sentó en un butaco y contempló a través del humo el cuerpo enjuto, casi un cadáver, de El Apóstol. Enfiló baterías.

—Usted es el único testigo que tengo del crimen de María Ortega.

Silencio. La carne amarilla de El Apóstol seguía allí, arrojada en un rincón de la habitación. Lo curioso era que los ojos estaban abiertos, desmesuradamente atentos. Parecía existir una disociación entre el cuerpo y esa mirada de bestia excesivamente lúcida.

—Usted estuvo en la escena del crimen. ¿Quién fue? ¿Quién mató a María Ortega?

La respuesta lo dejó atónito:

—María Ortega es un símbolo.

La voz de El Apóstol parecía venir de un más allá líquido, acuoso. Sinisterra se levantó del asiento y caminó hacia la ventana.

—No entiendo lo que me dice.

—Si fuera más inteligente estaría trabajando en otra cosa...

—Cuidado con sus palabras. Se las puedo hacer tragar.

—Un policía sensible...

—Puedo interrogarlo con métodos más eficaces.

—Míreme: estoy en el último círculo infernal... Usted y el mundo me importan una mierda.

Sinisterra abrió la ventana. Necesitaba aire. Volvió a la carga.

—Van cinco mujeres asesinadas. La cosa no tiene gracia.

—Según...

—Hablo en serio. Dígame lo que sabe.

—Usted no escucha. María no es una persona, es un símbolo, un objeto de

sacrificio.

—Explíquese.

—¿No ha revisado los datos de las muchachas asesinadas?

—No encuentro nada.

—Porque no sabe ver. Revise las fechas de nacimiento. Inés nació en enero, Rosario en febrero, Carmen a comienzos de marzo, Alba a finales del mismo mes y María a comienzos de mayo. ¿No lo ve?

Sinisterra no salía de su asombro. El Apóstol no sólo era capaz de razonar de una forma implacable bajo el efecto de tantos cigarrillos de marihuana, sino que además hacía alarde de una memoria milimétrica con respecto al caso. Conocía las carpetas mejor que él.

—Recuerdo esas fechas... No me dicen nada...

—Capricornio, Acuario, Piscis, Aries y Tauro. Creyó que se trataba de prostitutas. No. Se trataba de símbolos. Ésa es la ventaja que le llevan.

—¿Significa que se acerca un sexto crimen, un sexto sacrificio?

El Apóstol calló.

—Se acerca...

—Géminis. Los Gemelos, la dualidad, el otro que nos habita.

—¿Quién es? ¿Quién?

—No hay un quién, policía.

—¿Sabe usted quién es?

—Déjeme en paz.

Sinisterra intentó dos o tres preguntas más. El Apóstol parecía haberse ido de viaje. No lo oía, estaba fuera de la inmediatez, inatrapable. Sus ideas no estaban al alcance.

Salió a la calle y tomó un taxi. Se bajó en el Capitolio, en la Plaza de Bolívar, la plaza principal de la ciudad, y caminó pensativo, sin saber dónde estaba. El amanecer lo descubrió tomando café en una caseta callejera. Llegó a su departamento a las siete de la mañana y buscó el sueño como única posibilidad de recuperar la realidad.

En las horas de la tarde prefirió llamar a la comisaría. No se sentía capaz de presentarse y rendir un informe de su entrevista con El Apóstol. Algo había sucedido, un giro inesperado, una contorsión de la realidad que lo obligaba a cambiar su percepción con respecto al caso. A esto era preciso sumarle el hecho de que había dejado a El Apóstol tranquilo, sin un interrogatorio más a fondo, sin vigilancia.



¿Cómo iba a explicarlo?

Llamó a González, su inmediato subalterno en el caso, y le puso una cita en el restaurante de Pepillo. Tomó una ducha de agua fría, se afeitó, se vistió deportivamente y salió directo hacia el viejo restaurante español.

Saludó a Pepillo y preguntó por el plato del día. Sopa de cebolla, pollo frito con pimientos, papas al vapor y arroz. Almorzó despacio, saboreando el pollo y reconociendo al fondo de ese sabor el aceite de oliva, el ajo, la albahaca, la pimienta negra. El restaurante de Pepillo se mantenía cómo en sus mejores tiempos, sin signos de decadencia. «La ventaja de estar atendido por su propietario», decía el viejo andaluz con sorna y mordacidad.

González llegó puntual. Sinisterra pidió un par de cervezas.

—¿Trajiste lo que te pedí?

—Sí.

—¿Alguien se enteró?

—¿Me cree idiota, jefe?

—Bueno, ¿y?

González abrió una carpeta y varias hojas cayeron sobre si mesa.

—Aquí están las fechas de las que trabajan en el centro.

—¿Todas?

—Al menos las que están fichadas en la comisaría. Descarté las que trabajan en negocios privados, cabarets o clubes nocturnos, como me ordenó.

—¿Y lo de los signos?

—Ahí está el nombre de cada una, la fecha de nacimiento y enseguida el signo zodiacal. Tuve que comprar el periódico para mirar los días exactos en los que comienza y termina cada signo.

—Bien, perfecto... No me mires así.

—Qué quiere, jefe, no es para menos.

—Pues sí, hombre, es un poco raro, pero tampoco exageres.

—Me hubiera visto en la comisaría con el horóscopo en la mano, anotando signos zodiacales. Parecía una solterona desocupada en un salón de belleza.

—Es un presentimiento, nada más.

—¿Qué presentimiento?

—Los signos zodiacales de las víctimas están en serie, eso es todo.

—La última es...

—Tauro.

—La próxima víctima debe ser Géminis.

—Eso creo... No es más que una hipótesis.

—Déjeme ver.

González revisó las hojas.

—Hay tres Géminis. Están anotadas en la sección cuatro. Significa que no están en servicio activo. Pueden estar presas, enfermas o preñadas. También pueden estar de viaje. De vez en cuando van a Panamá o a Venezuela por unos meses.

—¿Sólo tres Géminis?

—Sí. Lo que hay por cantidades es escorpiones.

—Déjame la carpeta, ya veremos.

Sinisterra pidió la cuenta y se despidió recordándole a González que tuviera prudencia. Descendió por la Avenida Jiménez con paso lento y tranquilo. La carpeta bajo el brazo le daba un aire de hombre de oficina, de negociante independiente.

Al llegar a San Victorino se internó por el corredor de los zapatos. Los vendedores de calzado repetían precios, materiales y ventajas de los productos, como si fueran letanías interminables en homenaje a un dios omnipotente. Dobló a la izquierda y tomó el callejón de las telas. Era uno de sus preferidos. Las vendedoras sacaban las manos por entre las telas expuestas e intentaban detener a los clientes con suavidad. El inspector disfrutaba el roce de los paños, los linos y el algodón en el rostro y en los brazos. Por otro lado su piel gozaba con los pequeños apretones de esas delicadas manos femeninas que emergían como organismos vivos provenientes de un más allá desconocido. Era un viaje visual, táctil y auditivo, pues el viento, atrapado en el laberinto que formaban las casetas de los comerciantes, silbaba y producía voces, lamentos ininteligibles, sonidos acuosos y marítimos. Volvió a doblar a la izquierda. Era el callejón de las hierbas, los granos y las frutas. El olor vegetal podía casi palpase en el aire. Cerró los ojos y se dejó invadir por esa atmósfera de plantación en un día de verano, de cosecha, de granja en la plenitud de mediodía. Era un olor verde oscuro, fuerte, potente. Comenzó a salivar y reconoció que había llegado a los estantes donde se ofrecían las naranjas y los limones. Abrió los ojos y en efecto las frutas amarillas y verdosas insinuaban al transeúnte su frescura y su jugosidad. Salió de las casetas y los escaparates en busca de una de las calles que cruzaba tangencialmente el mercado. Su humor era excelente. Una curiosa alegría, una felicidad ingenua e infantil lo invadía de pronto dejándole en el cuerpo la certeza de complejidad. Sí, eso era, el

mercado le recordaba las distintas tonalidades de su cuerpo, sus matices, sus zonas más recónditas y escondidas. El caminante que se internaba en el mercado de San Victorino atento y despierto al entorno se de un momento a otro en el centro de un viaje sensorial: claroscuros fugaces que aparecían y desaparecían, rugosidades y sensaciones térmicas, sonidos fugitivos y acariciadores, olores insospechados que prometían lejanos parajes paradisíacos. Todo el cuerpo se veía bombardeado y atravesado por ingeniosas y azarosas combinaciones. Sí, la alegría venía de tener la magnífica certeza de haber sido preñado por la exuberancia del mundo.

Sinisterra aguardó cinco días sin buscar a El Apóstol. Investigó, se entrevistó con parientes de las víctimas, volvió a interrogar a los comerciantes que tenían negocios cercanos a los lugares de los crímenes, hizo redadas, capturó sospechosos e insistió en averiguar el problema de los signos zodiacales de las neófitas. Nada. No surgían indicios o pruebas que permitieran hallar al asesino. Finalmente, y en contra de su voluntad, se vio obligado a regresar donde El Apóstol.

Llegó a Las Cruces en las horas de la tarde. El administrador de las residencias, un hombre obeso, de ademanes tranquilos y mirada doméstica, lo hizo seguir y le advirtió que El Apóstol regresaría en breve. El inspector encontró abierta la puerta de la habitación. Se sentó en el butaco y contempló a su alrededor. Libros viejos y polvorientos regados por el piso, pedazos de frutas en descomposición, mendrugos de pan, rastros de tabaco y marihuana diseminados por el suelo, un catre humilde. Sus ojos se detuvieron en unas palabras anotadas en una de las paredes del recinto. Leyó:

*El Apóstol profetiza  
una muerte en la mitad del círculo.  
El caracol está próximo a partir.*

El hombre apareció en el umbral. Sinisterra se sorprendió de su flacura y de su altura descomunal, gigantesca.

—¿Qué desea?

—Necesito de su ayuda.

—No me gustan los policías.

—Usted sabe dónde y cuándo va a ocurrir el sexto crimen.

—No, no lo sé.

—He leído su inscripción —dijo señalando la pared.

—Seis es la mitad de doce, la mitad de un círculo de doce signos.

—¿Y lo del caracol?

—Me gustan los caracoles, sus caparazones son como disfraces. Además son andróginos. Es un bello animal.

—No tengo tiempo... Me veré obligado a encerrarlo por complicidad.

—La cárcel es el lugar ideal para predicar la palabra de Dios.

—¿No va a decirme nada?

El Apóstol no pronunció palabra. Sinisterra se levantó del buraco donde había estado sentado y buscó la salida. Cuando estaba próximo a abrir la puerta que daba a la calle escuchó la luz de El Apóstol que le llegaba a través del corredor.

—Inspector, ¿qué signo es usted?

—Capricornio.

—Lástima. Demasiado peso a la tierra. Un poco de ligereza no le vendría mal.

Salió a la plaza central de Las Cruces y vagabundeo por las calles, entre lisiados, atracadores y mendigos de oficio, dejando que las ideas y las intuiciones fluyeran dentro de sí, como lo hacía él mismo a través de la ciudad.

Era de noche. Entró a Casa Show y pidió una cerveza como cualquier cliente anónimo. Necesitaba ver a las muchachas, sus trajes, sus gestos. Tal vez del fondo de ellas brotara una imagen que lo ayudara, que le indicara el camino. Intentó concentrarse en el *striptease* pero no pudo. El Apóstol lo tenía obsesionado. Sin duda lo más complicado era tratar con él. No sabía por qué pero el hombre lo desestabilizaba, le impedía manejar la situación y apropiarse del caso. Además se sentía inferior, incapaz de alcanzar sus ideas. Por primera vez tenía la impresión de que la ciudad se encargaba de marginarlo de un caso. ¿Cómo era posible que en los años de trabajo no hubiera imaginado que la ciudad era un laberinto de múltiples dimensiones superpuestas? Hasta el momento su realidad había sido diversa, sí, pero plana, en una sola dimensión. Y ahora tenía que lanzarse a bucear en las aguas profundas que desconocía. Bogotá mística, Bogotá astrológica, Bogotá sacrificial... Pidió otra cerveza, sacó la libreta y anotó: «Mitad del círculo-Caracol andrógino». Levantó la mirada y vio el rostro de la chica que se desnudaba: excesivamente maquillada, con peluca, el traje exótico llamativo y los zapatos altos y brillantes. De repente su memoria le trajo las palabras de El Apóstol certeras, únicas, inamovibles: «...sus caparazones son como disfraces. Además son andróginos». Se levantó de un salto y pidió en el bar un teléfono. Marcó el número de la comisaría. La voz de González le llegó clara y diáfana.

—Sí, ¿diga?

—Habla Sinisterra. En la encuesta que hiciste no está el travestí, ¿verdad?

—Jefe, un maricón no es una puta.

—Él está fichado en la comisaría. Busca rápido la carpeta y dime la fecha de nacimiento.

Dos minutos después González estaba de nuevo en el auricular.

—Aló, ¿jefe?

—Sí, dime.

—Nueve de junio.

—Eso es...

—Géminis.

Colgó y salió de inmediato a la calle. Por fortuna se encontraba a pocas cuadras de la Calle Ventiuna. Corrió ágil, veloz, dando saltos en las esquinas. Llegó a la Carrera Cuarta y buscó con su mirada hambrienta; no vio la peluca rubia. Preguntó dónde estaba. Las mujeres, recelosas, evadían la pregunta. Al fin, a cambio de un billete de cinco mil pesos, una mujer entrada en carnes le indicó una de las casas del fondo. «Está con un cliente. Mejor espérelo».

Sinisterra atropelló al portero que le abrió la puerta. Mostró su tarjeta y le preguntó el número del cuarto donde se encontraban el travestí y su cliente. El hombre, asustado, peor, balbuceó un número con timidez. Sinisterra con la en la mano, se ubicó frente al cuarto señal la puerta de una patada y encañonó la oscuridad, que brotaron acompañadas de un olor antiguo, salvaje inconfundible para el inspector: el olor de la sangre, a cuchilladas, un olor animal que olido una vez queda en el recuerdo para siempre. De esas tinieblas brotó una voz tranquila, dueña de sí:

—No prenda la luz, inspector.

Apunto al rincón de donde venía la voz.

—¿Apóstol?

—Tranquilícese. Todo está terminado. Acostúmbrese a la oscuridad y entre. No le haré daño.

Sinisterra obedeció y unos segundos después, sin bajar el arma entró en la habitación. El Apóstol estaba recostado en de una de las dos ventanas que daban a la calle. En el suelo yacían dos cuerpos. La voz de El Apóstol inundó el lugar.

—No alcancé a llegar a tiempo, como en el caso de María. Pero esta vez no se me escapó.

—¿Éste es el criminal?

—Le dicen El Astrólogo. Un cuchillero callejero que duerme donde lo coge la noche. Impulsivo, impredecible, de decisiones rápidas, muy peligroso. Un Aries típico.

—¿Usted lo mató?

—Él intuía que iba a morir. Debió verlo en su propia carta astral: un tránsito de Marte por la casa doce en cuadratura con el sol. La casa doce es la de los enemigos ocultos. Yo era ese enemigo oculto que debía eliminarlo.

—¿Por qué usted?

—Dios me ha elegido para impedir que el mal se propague por la tierra. ¿No aniquiló Dios a los hombres de Sodoma y Gomorra? ¿No envió plagas sobre Egipto? ¿No asesinó Dios a la humanidad, excepto a Noé y su familia?

—Debo arrestarlo. Dése vuelta y coloque las manos en la nuca.

El inspector esposó a El Apóstol y llamó a la comisaría. González llegó con cuatro agentes fuertemente armados. Antes de que se lo llevaran El Apóstol murmuró:

—Presto el cautivo será puesto en libertad, no descenderá a la fosa de la muerte ni le faltará su pan.

—¿Qué es eso? —preguntó González.

—Isaías, cincuenta y uno, catorce.

Sinisterra se volteó y recordando súbitamente algo importante, preguntó con amabilidad, casi con amistad:

—Apóstol, ¿qué signo es usted?

El Apóstol sonrió.

—Escorpión. El signo del descenso, de los mundos subterráneos, de los viajeros que atraviesan caminos prohibidos. El signo de los elegidos.

Dos agentes lo empujaron y se lo llevaron.

Cumplidas las diligencias de rigor, Sinisterra se fue a caminar. Pensaba en su cansancio, en esa fatiga que se apoderaba de él al cerrar un caso. Era una sensación similar a la que lo visitaba luego de acostarse con una mujer. Una mezcla de agotamiento físico, paz, soledad y melancolía. Pero, ¿estaba cerrado el caso? Una voz interna le decía que no, que los seis crímenes cometidos por El Astrólogo no eran el final, sino el comienzo de una historia que él, por ahora, no podía siquiera imaginar. No obstante, intuía un misterio por venir, lo sentía acercarse a su vida, extenderse a su alrededor como una masa dúctil y gelatinosa.

Se detuvo en los puentes de la Calle Veintiséis y se recostó a ver pasar los automóviles allá abajo. Prendió el último Pielroja de la noche y lo fumó en calma, con placidez, disfrutando la caricia del humo, dejando pasar los minutos. Cerró los ojos, sonrió y se dijo en voz baja:

—Lástima, Sinisterra. Demasiado peso a la tierra. Un poco de ligereza no te vendría mal.

## 2. Viajes de un elegido

**Abril 1:** Una luz que bajó del cielo para iluminar a los hombres ha llegado hasta mí, ha atravesado valles y campiñas, montes y ensenadas, costas y riachuelos hasta dar por fin con lo más hondo de mi ser. Cierro los ojos y veo esa luz extenderse a lo largo de mi cuerpo transparente. He sido elegido para llevar a los hombres esa llama sagrada, para transmitírsela. Por eso he abandonado familia, comida y trabajo, posesiones y comodidades.

Un día salí sólo con la ropa que tenía puesta y no volví. Caminé en línea recta, con la palabra de Dios como única dirección, durmiendo en cualquier rincón, viviendo de la caridad ajena. Gocé y me alegré con un amanecer, con el canto de un pájaro, con el olor de la hierba húmeda, con la lluvia golpeando mi rostro como una bendición del cielo. Las cosas más simples y elementales se convirtieron de pronto en grandes revelaciones, en enormes e inagotables riquezas. Mi pobreza estaba llena de abundancia.

Una noche escuché la voz de Nuestro Señor Jesucristo que bajaba del cielo y decía: «Buscarás a los hombres, irás allí de ellos están y destruirás el mal que los corrompe y los aniquila. Serás atropellado y torturado, pocos te escucharán, serás puesto en prisión, pero harás llegar mi mensaje y ellos sabrán entonces que no los he abandonado. Eres mi nuevo apóstol».

Dejé los campos y fui a la gran ciudad, donde estaban los hombres. Prediqué la palabra de Dios, advertí que el final de los tiempos estaba cerca, exigí arrepentimiento, grité a los cuatro vientos el poder de la Cruz y del Amor. Pocos me escucharon. No me importó. Insistí. Les hablé de la misericordia el perdón, de la castidad y la compasión, de la necesidad, ahora más que nunca, de salir del pecado y recobrar la generosidad y el amor de Nuestro Padre. Fui un apóstol urbano que no anhelaba sino la redención de sus hermanos. Y lentamente terminé convirtiéndome también en un guerrero apocalíptico, en un ángel exterminador.



**Abril 2:** Cristo abandona a sus apóstoles para reunirse con su Padre y éstos se ven obligados a convertirse en soldados de Dios para sobrevivir. Muchos no lo soportaron y desaparecieron en el anonimato o se conformaron con una influencia débil y precaria entre sus conocidos y familiares. Mas no bastaba ya con las palabras y las buenas acciones. Fue preciso viajar, combatir, imponer la voluntad del Señor, esconderse en grutas y socavones, aguantar hambre, luchar contra los leones en el circo, soportar los golpes, los ultrajes, las torturas y las persecuciones de los enemigos del Creador. Y no rendirse. Un apóstol no puede ser un hombre débil, un cobarde sin carácter, de lo contrario Dios se ve afectado por la flaqueza de sus elegidos. Es así como un apodo se transforma en soldado, en combatiente. Y su fe es su arma más segura y brutal. ¿No fue necesario instaurar la Inquisición para proteger a la Iglesia de sus enemigos? Los nuevos estrategas castigaron, persiguieron, golpearon, quemaron, asesinaron a sangre fría con tal de resguardar la palabra de Dios. Mujeres chamuscadas, niños ahorcados, hombres gimientes en los potros de tormento, ancianos cojos, paralíticos y tuertos como consecuencia de los castigos, ¿qué es lo que no han hecho los nuevos reclutas para imponerse y conducir a sus ovejas por buen camino? Pues bien, en la medida en que pasan los tiempos las opciones de un apóstol se vuelven día a día más radicales y definitivas.

Ha llegado el momento de un nuevo exterminio. No se trata ya de sanar el miembro enfermo, sino de amputarlo para salvar el resto del cuerpo. Esa es la verdadera misión.

**Abril 3:** Anoche vagabundeeé por el centro de la ciudad. Cada esquina y cada rincón se fueron convirtiendo en gratos compañeros de mi travesía a lo largo de avenidas y parques moribundos. Sentí cómo la ciudad se transformaba en un pozo que devoraba mi alma. Llegué a la entrada principal del Cementerio Central y vi varias personas humildes, solitarias y mal vestidas que, con gestos lentos y adormilados, dejaban pequeñas velas encendidas en el portón. Algo inefable se apoderó de mí, algo que podría compararse a una ilimitada piedad por el género humano y sus continuos tanteos inútiles. Las luces que brotaban de los postes fantasmales, los edificios como enormes gigantes de leyendas medievales, el pavimento con su eterno color de día nublado y los carros que cruzaban veloces como insectos salidos de una zoopsia deslumbrante, hacían ver a aquellas personas tan ínfimas, tan extraviadas en sus vidas vulgares y cotidianas, que sentí cómo las lágrimas me nublaban los ojos. Sentí piedad

por ellas y por mí que, al otro lado de la calle, con la Biblia entre mis manos, caminaba sin encontrar un lugar en el cual depositar mi abatimiento.

Decidí, entonces, dirigirme a uno de los basureros de los barrios altos, y allí, en medio de un hedor nauseabundo, me senté apesadumbrado. Las ratas pasaban cerca de mis piernas. Bogotá, como una nueva Jerusalén que espera su destrucción, se veía allá abajo con sus luces titilantes. Abrí la Biblia y leí:

*Oye, Dios mío y mi clamor; atiende a mi oración.*

*Clamo a ti desde el linde de la tierra, cuando ya el corazón me desfallece. Tú me levantarás sobre la roca, tú me darás descanso.*

*Porque tú eres mi defensa, mi torre fuerte contra el enemigo.*

*Ojalá more yo en tu tienda para siempre y me acoja al abrigo de tus alas.*

**Abril 4:** Me ejercito en el arte de viajar a través del tiempo. Recorro épocas pasadas y contemplo escenas de vidas que muy posiblemente fueron mías. Me siento al fondo de la habitación miserable donde pernocto, fumo uno o dos cigarrillos de marihuana y mi conciencia se abre, se multiplica y comienzo a viajar en la Historia. Veo construcciones, ciudades, paisajes que hoy en día serían imposibles. Yo llamo a estos viajes «mis vidas anteriores», y constituyen los secretos más íntimos que poseo del conocimiento de mí no. Si he de predicar y cumplir los designios de Dios necesito saber cuántos he sido, qué virtudes y defectos, qué fortalezas y debilidades, qué bienaventuranzas y pecados conforman mi múltiple presencia en el gigantesco laberinto de los siglos.

**Abril 5:** Es la época de la peste en Milán. Un hombre tuerto y encorvado, cubierto por una túnica negra, arrastra consigo una carreta llena de cadáveres. Se desliza por una callejuela oscura y veo vendas purulentas y ropajes arrumados en los rincones. Mientras las ruedas de la carreta producen un sonido agudo, el hombre canta una melodía suave, tranquila, como de lamento. Se abre la ventana de una de las casas del fondo y desde el segundo piso una mujer joven grita:

—¡Aquí, Gilshu, aquí! ¡Daos prisa, mi padre ha muerto! ¡Rápido, Gilshu!

Y me reconozco en ese nombre como un ebrio mensaje que solicitara mi presencia

en el pasado.

**Abril 6:** Me elevé sobre los hombres y escuché los alaridos de los astros, que con desesperación profunda preguntaban desde el cielo la causa de una inminente destrucción. ¿Acaso el desprecio del hombre por el hombre está arrasando con nosotros? ¿Será que el séptimo día está pronto a cumplirse? Estas eran preguntas que oprimían mi cerebro mientras escuchaba el paso de Acuario sobre la Tierra.

**Abril 7:** Debo actuar y averiguar qué está sucediendo detrás de los crímenes de prostitutas, que continúan de manera implacable. La mano del demonio se insinúa en estos asesinatos de Marías Magdalenas.

El ángel exterminador no permitirá que el pecado quede sin castigo, y menos aún que el mal se propague y se extienda a su antojo. No, el ángel volverá a la calle y cazará a los lobos que devoran las ovejas del Señor.

*Hacer tu voluntad, Dios mío, es mi deleite, y yo llevo tu ley en mis entrañas.*

**Abril 8:** Mi nombre es Berossus de Babilonia. Soy el encargado de limpiar esta sala del templo donde está la imagen sagrada de Baal. Fui encerrado aquí desde que Upagamesh, el protegido de Enuá, perdió la batalla en tierras essilitas. Mis ojos sólo están acostumbrados a los pequeños rayos de sol que penetran cada dos lunas por entre una fisura que existe en una de las piedras del último corredor. He de decir algo acerca de mí: se me conoce también como el hombre que ha aprendido a contar el paso del tiempo. Nínive, Babilonia, Persia y la humanidad entera se rigen por mi aparato de medir el tiempo, que inventé una mañana al ver el rayo de sol en el último corredor.

Hoy por fin, unos instantes antes de morir, he de vengarme. Ya está hecho: he adelantado mi instrumento un duodécimo de la circunferencia general. Para cuando se encuentre este pedazo papel —si es que lo encuentran— ya será demasiado tarde, pues todas las generaciones de la tierra habrán vivido la escala temporal equivocada que yo les proporcioné. O mejor, habrán extraviados en la Historia, como un hombre ciego que eternamente por la inmensa soledad del desierto.

**Abril 9:** El criminal es un hombre extraño apodado El Astrólogo. Estoy tras él y

no se me escapará. Su destino está trazado y tendrá que pasar por mis manos. No podrá eludir el tránsito de Marte por la casa doce que está en su carta natal. He averiguado otras cosas importantes sobre él.

No sospecha que yo soy el enemigo oculto que los astros le insinúan. Está perdido.

**Abril 10:** Yo, Ulises, fallecí lejos del mar, entre las montañas, desterrado de los míos. Los pastores solían verme con un remo en la mano, caminando cabizbajo por entre los bosques. De vez en cuando tropezaban con pequeñas embarcaciones escondidas entre los ramajes y entonces sabían que yo, el viajero ítacense, había rondado aquellos parajes.

Muchas veces soñé con regresar al océano, pero sabía que mi destino era irrevocable. Deambulé por cimas de montes y por verdes hondonadas, dormí en cuevas y junto a precipicios, hasta que me fue permitido hallar la ribera de un río. Até el remo a mi cintura, lo abracé luego con decisión y gratitud, me hundí en las aguas y me entregué por completo a la fuerza de la corriente. Antes de morir imaginé que mi cuerpo, impulsado por el torrente, alcanzaría una vez más el imponente y hondo silencio de la mar. Sonreí.

**Abril 11:** El Astrólogo está pronto a atacar. Señor, dame fuerza para acabar con él. Él es el miembro enfermo que hay que extirpar para que el cuerpo recupere su salud. Oremos.

*Líbrame, Dios mío, de mis enemigos, defiéndeme de quienes contra mí se han levantado.*

*Líbrame de los que obran injusticias, sálvame de los hombres sanguinarios.*

*Pues mira cómo acechan mi vida, conspiran contra mí los poderosos.*

*No hay en mí crimen, no hay, Señor, en mí pecado, sin culpa mía se abalanzan y acometen.*

*Despiértate, ven a mi encuentro y mira.*

*Pues tú, Señor de los ejércitos, tú eres Dios de Israel. Despiértate, castiga a las naciones, por nada de esos pérfidos te apiades.*

*Vuelven hacia la tarde y ladran como perros, y van a la ciudad la vuelta dando.*

**Abril 12:** He fallado. Llegué tarde. El impío cobró su quinta víctima. Juro por mi alma que será la última. Lo seguiré como un sabueso, me convertiré en su sombra, estaré al acecho, adivinaré su pensamiento, estaré dentro de él y cuando decida volver a atacar se tropezará con la mano de Dios. Y si puedo daré con la secta a la cual pertenece y los exterminaré uno a uno. Infieles, apóstatas, adoradores de falsas verdades. Detrás de un árbol se esconde un bosque.

**Abril 13:** 27 de marzo: Como ya dije al principio de estas hojas, mi nombre es J. Drake Brockman y soy el capitán del navío conocido como The New England. Hemos navegado desde Sumatra hasta las Islas de Santa Cruz, pasando por Java, Nueva Guinea, las Islas de Salomón y algunas otras de menor importancia. Los trayectos han sido anotados diariamente y con minuciosidad, al igual que el peso, la calidad y el valor de cada mercancía que hemos ido recogiendo en los diferentes puertos. Hago este recuento para comprobarme a mí mismo que no estoy loco y que mi mente ha trabajado y trabaja con normalidad. Es para mí indispensable tener esta certeza, pues ce lo contrario pensaría que mi mente ha abandonado la realidad para siempre, que me he quedado atrapado en un sueño o que he sido víctima de tantas hechicerías que suelen practicar estas tribus salvajes.

Anoche, alrededor de las once y media, zarpamos sin contratiempos de Santa Cruz con rumbo al Japón. Luego de dos horas dejé al piloto John Burton junto a la bitácora y entré a mi camarote a descansar. Dormí sin interrupciones durante la noche, despertando hoy 27 de marzo a las seis de la mañana. Y he aquí lo inverosímil, lo incomprensible: subí a cubierta y, en proa y en popa, a babor y a estribor, había ángeles semitransparentes divisando el horizonte, tomando el sol o recibiendo el sol en sus rostros y en sus largas melenas onduladas. Era como si el barco hubiera penetrado en otra dimensión. Ninguno de mis hombres estaba en la nave. Las esferas de compensación y los imanes correctores de la bitácora habían sido extraídos y tal vez arrojados al agua. Bajé a las bodegas: nada, la mercancía había desaparecido y en su lugar hallé miles de espejos, de diversas formas y tamaños. Cajas y cajas llenas de espejos. Volví a cubierta y pude notar en los rostros angelicales que me observaban una sonrisa que parecía decir: ¿Qué, todavía no te convences?

Ahora, encerrado aquí en mi camarote, rodeado por el pánico, trazo estas palabras

con rapidez antes de que me abandone la poca lucidez que aún me acompaña. Señor, qué será de mí navegando hacia lo desconocido en un barco habitado por ángeles y espejos...

**Abril 14:** Ayer vino a verme un policía. No me gustan los tiras. Aunque éste es algo especial: parece limpio. De todos modos no le puse mucho cuidado, estaba viajando en el tiempo. El tipo es un necio ingenuo. Está tras el criminal de prostitutas. Si no tiene cuidado El Astrólogo lo hará pedazos.

**Abril 15:** Mi nombre es Stauros. Vivo en una playa abandonada, donde en años anteriores el pueblo de los Horos fundó su reino. Pero aquella raza magnífica de hombres sucumbió y la playa, las casas, los palacios y los monumentos quedaron bajo el dominio del mar y los insectos.

Pernocto en uno de los monumentos más altos, en el cual está grabada una serpiente que devora su propia cola. El monumento está construido en una piedra verdosa y en el extremo superior han sido dibujados símbolos cuneiformes un color rojizo.

Vivo contemplando el mar, esperando ver la embarcación de Ayesha. Viene dos veces al año, me trae manjares de diversos sabores y me ofrece su piel bronceada, sudorosa, aguardando que yo penetre hasta los rincones más ocultos de su cuerpo. Luego se va y los Horos aparecen otra vez, torturándome con su presencia fantasmal.

Hace dos, noches descubrí un camino que se interna en la selva. Era utilizado para transportar alimentos desde el interior hasta aquí. Deseo abandonar este lugar y emigrar mañana al anochecer hacia el continente. Para ello debo destruir la presencia interna de Ayesha, el efecto que produce en mí. Y no tengo la fuerza necesaria ahora para dejar mi cuerpo ensimismado.

**Abril 16:** Anoche el ángel volvió a recorrer la ciudad para limpiarla del mal. Con el cuchillo de Dios en la mano amputó aquellos miembros gangrenados que le impiden al cuerpo social un feliz desenvolvimiento. Toda la noche por ahí, cuchillo en mano, amputando, amputando, limpiando la ciudad de basura que la contamina y la degrada. Ahora sí el ángel puede descansar, buscar reposo mientras Dios le encomienda una nueva limpieza, una nueva misión. El ángel-apóstol ha cumplido una vez más con su deber.

*Dios les asesta sus saetas, de improviso se ven de heridas llenos.*

**Abril 17:** Sólo tres veces he visto que un barco llegue con un marino a puerto, luego de partir con la tripulación completa. La primera vez fue en una dársena hindú. Llegó en el Vaisika, que había partido de Australia, un hombre agonizante sobre la cubierta del barco, en estado de deshidratación. El hombre se había salvado de la peste gracias a que iba escondido en la parte baja del barco, entre los toneles de vino. La segunda fue en Aero, donde después de asesinar a la tripulación llegó en el Canushja un hombre delirante y con ataques de hemiplejía. Y la última vez fue cuando partí de las Islas Fidji con una tripulación de nativos, a excepción del timonel que era sueco. Una noche de tempestad, acercándonos a la península malaya, vimos una mujer vestida de color violeta sobre una roca que emergía entre las gigantescas olas. Era imposible que hubiese sido por embriaguez o cosa parecida, pues había ordenado que ningún hombre bebiera antes de llegar a tierra. Los nativos se arrojaron al mar y el timonel sueco se ahorcó del mástil dos días después, cuando nos disponíamos a fondear una bahía.

Jamás he vuelto a ver a aquella mujer, pero a menudo me perturba en sueños y me habla en un idioma que he escuchado en algún lugar.

**Abril 18:** Los diarios y las noticias radiales exigieron a la policía detener la ola de violencia en la ciudad. Están asombrados de que en una sola noche hubieran sido apuñaladas catorce personas. ¡Imbéciles! Por qué no revisan las hojas de vida de los sacrificados: violadores, criminales, ladrones peligrosos, extorsionistas, secuestradores... Deberían estar felices de haber sido librados de esa amenaza constante. Es la época del reinado de los corruptos, del poder de los impíos y blasfemos. Jamás son valorados los esfuerzos de un hombre de bien.

Me enteré de una noticia importante: el tira que estuvo interrogándome es el delegado especial de la policía para el caso del asesinato de prostitutas.

*En Dios confío y nada temo: ¿qué puede hacerme el hombre?*

**Abril 19:** Cuando fui contramaestre del Luna Roja, pes antillano magnífico y de

madera fuerte como la roca, atracamos a principios de septiembre en un puerto desconocido donde vivían pescadores con rostros de náufragos. El puerto parecía un pueblo abandonado: las calles sucias, los perros hambrientos y barrigones tirados en las entradas de almacenes, la arena entre las casas y el aire cubierto por un silencio sepulcral.

Han pasado ya muchos años y no he logrado salir de allí, pues cada noche sueño que mis hombres y yo nos hacemos a la mar con el Luna Roja y que el mar vuelve a hacernos regresar al mismo puerto. Al despertar, no sé si estamos vivos o si todavía nos encontramos en ese puerto silencioso y maldito donde habitan los náufragos.

**En la noche:** El Astrólogo se prepara para atacar. Esta vez no se me escapará. Abriré su cuerpo a puñaladas y le ofreceré a Dios ese sacrificio, esa carne abierta como prueba de amor y de la fortaleza de mi fe. No me interesa arriesgar mi vida, perderla si es el caso, con tal de cumplir mi misión.

**Abril 20:** He pasado el día cerca de El Astrólogo, conversando con él, hablándole, mirándolo a los ojos para descubrir sus intenciones más ocultas. El tipo no sospecha de mí y he ahí mi ventaja sobre él. Sé la hora y sé quién será su víctima.

En un momento en que fui a mi habitación a descansar para estar preparado esta noche, me tropecé con Sinisterra, el inspector especial de la policía. Él también parece intuir un nuevo ataque. Lo notó perdido, extraviado, no tiene ni idea hacia dónde investigar. Me enteré de un dato curioso: su signo zodiacal es Capricornio. Y está pasando por un mal momento. Su arrogancia y su aparente seguridad se están viniendo abajo, están siendo minadas por la diversidad y complejidad de la ciudad.

La mirada de este tira es transparente como el agua: veo en ella un destino terrible pero significativo. Capricornio es el signo que se prepara para la fortaleza y la seguridad. Luego, al final, sólo tiene dos opciones: o aislarse y refugiarse en su aparente desdén por los otros, lo que termina convirtiéndose en una soledad y una amargura sin límites, o destrozar el ego, atacarlo, descuartizarlo, hacerlo pedazos y entregarse a los demás y al mundo con regocijo y benevolencia. Estos últimos capricornianos son los mejores, pues se liberan del sí mismo, de la necesidad de vender una determinada imagen a los otros, de responder a lo que los otros esperan de ellos, y quedan libres para modificarse, para rehacer un nuevo destino. Tal vez por ello la compleja relación entre el Capricornio y el padre, que no es necesariamente el padre físico, sino el padre interior, la ley, la responsabilidad, la voz interna que decreta conductas fijase inamovibles que es preciso cumplir a cabalidad. Jesús, realizando las



órdenes del Padre, moribundo en su cruz, es la gran imagen capricomiana.

Este policía se verá obligado a sacrificarse en busca de un nuevo mundo. Y será la ciudad la que lo obligará a romper los límites de lo que hasta entonces él consideraba la realidad. Lo noto en sus gestos, en sus ademanes, en su voz, en sus ojos. Bogotá lo lanzará a los subterráneos plutonianos, a los caminos que atraviesan los infiernos.

Bien, el momento se acerca. Debo afilar el cuchillo y preparar la navaja para degollar el cordero.

Oremos.

*Ten compasión de mí, Dios mío, pues un hombre me está pisoteando, y, sin tregua hostigándome, me oprime.*

*Sin tregua pisoteándome mis enemigos, porque son muchos los que me combaten.*

*Altísimo, cuando el temor me invada el alma yo pondré en ti mi confianza.*

*En Dios, cuya promesa alabo, en Dios confío y temo:*

*Qué puede hacerme un ser de carne?*

*El día entero me denigran, todos sus pensamientos están sólo a mi daño enderezados.*

*Se pintan y me tienden emboscadas, me van siguiendo el rastro, a caza de mi vida.*

*Por esta iniquidad su paga dales, derriba, oh, Dios, los pueblos en tu ira.*

*Tu has notado las sendas de mi exilio, y en tu odre mis lágrimas tú tienes recogidas. ¿Pues no están en tu libro consignadas? En Dios confío y nada temo.*

# Capítulo Segundo

## LA SECTA

Pasas la página y lees con cuidado fijándote en los adjetivos, en las expresiones de admiración, en la alabanza abierta o en la crítica soterrada. Te das cuenta de inmediato de que el periodista pretende insinuarle al lector que la acción de la policía fue tangencial, marginal, de una importancia breve y fugaz. Cierras el periódico y miras por la ventana. La lluvia golpea los cristales con persistencia y distorsiona las imágenes de la ciudad allá atrás, al fondo, como si las edificaciones, las calles, el cielo y los árboles se deshicieran lentamente en la paleta de un pintor. Piensas en esta mierda de trabajo, en la angustia, el riesgo, el sinsentido... Quisieras cambiar de oficio, dedicarte a otra cosa, porque tú, Leonardo Sinisterra, sueñas, te ves al final de tus días viejo y sabio, rodeado de libros y buenos amigos. Te dices que quieres volver a la universidad y terminar Antropología. Saber de razas, pueblos lejanos, conductas que son constantes en la especie aunque se cambie de tiempo y de geografía. Cómo te gustaría viajar y aprehender paisajes y rostros insospechados. Ir lejos, donde te veas obligado a conocer esas zonas de ti mismo que ahora ignoras —aunque las sospechas—, esas facetas que presientes están en el fondo de ti y no pueden salir a flote porque las circunstancias externas no lo permiten, porque el afuera elige un determinado adentro. Sí, viajar no para ver el mundo, sino para observar en detalle los otros Leonardos Sinisterras que viven a tu lado y te acompañan sin que tú sepas realmente cómo son, qué gustos y preferencias tienen. Te sientes como un hombre solo que vive encerrado en su casa y desconoce la calidad de vecinos que lo rodean.

Te colocas la gabardina y abandonas la oficina. Sales a caminar un rato. Alcanzas la Calle Diecinueve y bajas desde la Carrera Tercera observando las vitrinas, la gente, la lluvia tenue y ligera cruzando el aire enrarecido. Gamines desharrapados, vagos con miradas de lunáticos, vendedores ambulantes, artesanos... Allí, detrás de esos ojos pequeños y duros, una historia de golpes y ultrajes, de violencias consecutivas, de

noches de lágrimas y dolor. Aquí, a la izquierda, esa boca torcida, ese gesto de angustia indica años de necesidad, de falta de oportunidades, una vida llegando a altas horas de la noche, levantándose temprano, a la madrugada, con el estómago y la esperanza vacíos. Esta mujer que contempla la vitrina de ropa masculina con detenimiento: sueña con reunir el dinero para comprarle el mejor vestido al hombre que quiere, para demostrarle la capacidad de entrega y sacrificio que la impulsó desde un comienzo a amarlo. Este artesano que se queda mirándote: la expresión de la marihuana, piensas, una juventud invertida en la búsqueda de otros mundos, en salir de aquí y conquistar una nueva estadía en el presente, entrar a la vida por otra puerta, el anhelo de lo otro, de un nuevo tiempo, un nuevo rostro, un nuevo cuerpo... De pronto detienes tu caminata y contemplas un grupo de muchachos raperos que bailan y cantan en la esquina de la Carrera Quinta. Mueven sus cuerpos con agilidad, convulsionando, girando, golpeando el asfalto con furia y convicción. Sus voces cuelgan en el aire, se distorsionan, producen ritmos entrecortados, enuncian una Ciudad caótica rodeada de crímenes y vejaciones, marginada y desadaptación a un sistema corrupto y repugnante. Miras a esos muchachos con admiración: hay en su baile y en palabras una fuerza que te conmueve hondamente. Recuerdas sobre todo el valor, el arrojo de pararse ahí, en medio de ciudad, a gritar una forma de pensar. Recuerdas, entonces, frase que escuchaste una vez: «Los jóvenes, aunque estén equivocados, tienen la razón».

Sigues bajando por la Calle Diecinueve. Antes de llegar a la Carrera Séptima entras a un pequeño local y te tomas un café. Hace frío. Piensas en el aire helado que recorría aquella vieja pensión en la que viviste cuando eras apenas un muchacho. Y esa sensación te recuerda a su vez una imagen que solías mirar desde la ventana de tu pequeña habitación en los días de frío: abajo, en el patio de la pensión, una anciana sacaba un asiento y se quedaba inmóvil, impertérrita contemplando la pared que quedaba frente a ella. El asiento miserable, el vestido ajado de la vieja y su expresión de melancolía te eran repulsivos. La escena te desagradaba porque creías estar viendo a tu propia conciencia ensimismada, detenida en el tiempo. No sabías por qué esa vieja, desde el primer día en que entraste a la pensión para conocer la alcoba que arrendaban, te dio la impresión de ser una fotografía perfecta de tu interioridad. No había duda, si lo que llevabas adentro hubiera tomado una figura humana, esa figura hubiera sido la de esa anciana decrepita que en las noches recorría los pasadizos de la pensión mientras escupía a los lados y preguntaba con su voz cavernosa y masculina:

¿ha llegado la hora, verdad? La pregunta, en un comienzo, te fue incomprensible. No obstante, a medida que te ibas familiarizando con las costumbres de la casa, te enteraste de que la mujer interrogaba a cualquiera con el que tropezara si ya había llegado el momento oportuno de morir. La única diferencia entre ella y tu conciencia era que esta última se preguntaba lo mismo pero callada, a solas, en el vasto abandono de las cuatro paredes de ese primer cuarto arrendado.

Bueno, te dices, basta de nostalgia. Pagas el café y caminas por la Carrera Octava hacia el restaurante de Pepillo.

Cruzas la entrada del local y el viejo andaluz se queda mirándote con un gesto de pesar, de auténtica conmiseración. No entiendes esa expresión en el rostro del español y así se lo haces saber.

—¿Dónde estabas hace media hora? —te pregunta Pepillo.

—Por ahí, caminando.

—¿No has escuchado las noticias de la radio?

—Hombre, no.

—Han degollado otra prostituta. Abajo, en la Avenida Caracas.

—No puede ser.

—Prácticamente le separaron la cabeza del tronco. Deben estar buscándote por todas partes.

Sales a la calle y tomas un taxi. El tráfico bogotano te exaspera. Por un instante piensas en sacar la pistola y abrirte paso a disparos, reventando neumáticos, quebrando vidrios a izquierda y derecha. Al final el taxista te deja frente a la comisaría.

González te está esperando con la información preparada. Las mismas características de los crímenes anteriores: cuchillo, degollación, sin huellas, sin testigos. Cabe la posibilidad de que sea un psicópata que, leyendo el periódico o enterándose por las noticias radiales o televisivas, haya decidido continuar con los asesinatos luego de la muerte de su antecesor. González adivina tu pensamiento.

—Sí, yo pensé igual.

—¿Y?

—No, es imposible.

—¿Por qué?

—La víctima es Cáncer. Esa información, claro, no salió a los medios de comunicación. Es imposible que una persona, excepto usted, jefe, o yo, conozca lo de

la secuencia astrológica. La víctima fue elegida para continuar la ronda de sacrificios.

—No puede ser.

—Estamos otra vez en cero, jefe.

—Es imposible. No hay pistas ni testigos, nada.

—¿Y entonces, jefe?

—Tenemos a El Apóstol.

—Ese tipo está chiflado.

—Es la única salida. Tú encárgate de entrevistar a los conocidos de la víctima, los vecinos del sector donde ocurrió el crimen, en fin, lo de rutina.

—Sí, jefe.

Enseguida, sin perder tiempo, vas a la cárcel donde ha sido recluido El Apóstol. Por la forma como te miran los guardias sabes que están enterados del asesinato. Se sonríen, se dan codazos, se hablan en voz baja. La sorna de los tipos te da igual, no te afecta. Tienes en la cabeza tantas ideas cruzándote a alta velocidad que la actitud de estos idiotas te tiene sin cuidado.

Quince minutos después se abre la puerta de un salón pequeño donde te han conducido, un salón dispuesto para los interrogatorios, y entra El Apóstol con las esposas puestas. Le indicas al guardia que se retire.

—Siéntese.

El Apóstol se sienta despacio y te mira directo a los ojos.

—¿Sabe por qué lo he hecho venir?

—No tengo ni idea.

—¿No ha escuchado radio hoy?

—No.

—Mataron otra prostituta. La degollaron.

El Apóstol inclina la cabeza, suspira, pero no dice nada. Tú vigilas sus reacciones.

—Voy a ser sincero. No tengo pistas ni testigos. No me explico por qué continúa la lista de crímenes si el asesino está muerto. Sólo lo tengo a usted. Necesito de su ayuda.

—«No me dejes, Señor, no te alejes de mi lado. Corre a auxiliarme, corre, Señor, salvación mía».

—¿Cómo?

—Estoy recordando uno de los Salmos. Su forma de hablar me recordó una plegaria, una solicitud de ayuda.

—La estoy necesitando.

—¿Qué signo es la víctima?

—Cáncer.

El Apóstol levanta la cabeza y mira el techo unos segundos. Después, pausadamente, la baja y vuelve a mirarte pero notas que la agresividad acostumbrada ha desaparecido. Te mira con candor, como un padre afectuoso miraría a un hijo en un momento de dolor y confusión.

—El Astrólogo pertenecía a una secta religiosa. Desconozco de qué secta se trataba. Creo que ellos ordenaron los crímenes. La forma, es decir la idea de los signos en secuencia, fue una idea de él que luego la secta aprobó e hizo suya. Ellos están detrás de esto. Por eso le indiqué desde un comienzo que no se preocupara sólo por un quién, por una identidad. Lo que sí me sorprende es que hayan atacado tan rápido. Debe ser una demostración de poderío, un alarde de fuerza.

—¿No sabe nada de ellos?

—No. Seguí a El Astrólogo varias veces pero nunca lo pude averiguar.

—Gracias.

—Yo ahora tengo otra misión. Predicar la palabra de Dios en la cárcel. Tal vez usted pueda dar con ellos y exterminarlos.

—Investigaré por ahora.

De regreso a la oficina conversas con González y deciden comenzar a examinar las distintas sectas, registrando con especial cuidado aquéllas donde se perciba una alta dosis de sectarismo y superstición. Preparas el informe respectivo, adivinando, de antemano, la cara de tu jefe y los demás superiores cuando se enteren de que los asesinatos de prostitutas corresponden a sacrificios ejecutados por una secta religiosa desconocida. Solicitas también en el informe dos carros oficiales (uno para ti y otro para González), explicando la ayuda que los vehículos prestarán en caso de pesquisas nocturnas, seguimientos o vigilancias prolongadas. Subrayas el presupuesto que se necesita para gasolina, aceite y, en caso de urgencia, mantenimiento o reparación. Dejas el informe con la secretaria y prefieres largarte para evitar el acostumbrado sermón salpicado de amenazas, gritos e insultos.

A los dos días, en efecto, te autorizan continuar con la investigación y te otorgan los dos automóviles. Para entonces González y tú tienen las sectas de Bogotá registradas y clasificadas. Le dejas a González las sectas fundamentalistas no cristianas (budistas, judías, musulmanas, hindúes y demás) y te quedas con la lista de sectas

cristianas, intuyendo que el odio y el encono manifestados por El Apóstol se deban en el fondo a resentimientos con respecto a creencias cristianas similares.

Comienzas esa misma noche a investigar la Iglesia Cristiana Vegetariana, con sede principal en el barrio Teusaquillo, acreditado sector residencial en los años cuarenta y ahora venido a menos. Detienes tu flamante Renault 6 en la esquina de la calle donde está la sede y te pones a observar a las personas que entran y salen de ella. Los minutos pasan y pasan. No percibes nada anormal. A las once de la noche cierran la entrada que da a la calle y apagan las luces de la primera planta. A las once y media apagan las luces del segundo piso y la edificación queda muerta, rodeada por la oscuridad y el silencio. Prendes el radio y sintonizas en la banda de A.M. el programa de medianoche La hora del misterio. La voz con eco del presentador se escucha acompañada de tambores y notas musicales lúgubres y sombrías:

*Señoras y señores, ha llegado «La hora del misterio», el momento de comunicarnos con lo oculto, con los secretos que rondan la existencia. Nosotros, habitantes de lo extraño, tenemos cada medianoche aquí una cita para compartir nuestras experiencias y visitar esos caminos que los hombres normales y vulgares no se atreven a recorrer. Somos seres de otra especie, pertenecientes a una raza que siente fascinación por otras dimensiones y otras magnitudes de la vida. (Tambores). Y aquí, siempre a las doce de la noche, para servirles, su vampiro fiel, su amigo insomne, el negro Urrutia. (Violines lúgubres). Para esta noche, como les prometí en el programa de ayer, tenemos el testimonio asombroso de un hombre que fue raptado por una nave extraterrestre y llevado a Saturno. Pasado un año regresó al planeta con un curioso mensaje para la humanidad. Así que, queridos radioescuchas, prepárense, porque en un segundo estamos con Julio Iregui, el mensajero de Saturno. (Piano y sintetizador sombríos).*

*Bueno, aquí estamos, con todo preparado para conocer la increíble historia de Julio Iregui, el hombre que visitó Saturno. Estamos en comunicación. Aló, ¿señor Iregui?*

*—Sí, cómo no.*

*—Aquí, el negro Urrutia y sus amigos de «La hora del misterio».*

*—Buenas noches a usted y a los oyentes.*

*—¿Cómo ha estado?*

*—Pues bien, gracias.*

*—¿Escucha usted el programa?*

*—Sí, cómo no.*

*—¿Sufre de insomnio?*

*—Sí, hace años. Su programa es una gran compañía.*

*—Creo, si no estoy mal, que es usted abogado, ¿verdad?*

*—Sí, cómo no, pero nunca he ejercido.*

*—¿Por qué señor Iregui?*



—Me gusta el campo. Tengo una finca en las cercanías del pueblo de Pitalito, en el departamento del Huila.

—Un bello lugar.

—Sí, cómo no. De lo mejor.

—Bueno, señor Iregui, nuestros oyentes estarán ansiosos por escuchar su historia. Cuéntenos, ¿cómo fue eso de su viaje a Saturno?

—Pues sí, como le venía diciendo, yo tengo una tierra a veinte minutos de Pitalito. Una noche de abril del año noventa, una noche de aguacero y de fuertes ventiscas, yo iba de regreso a la finca en un jeep Toyota que tengo. Serían las once de la noche. Seguía lloviendo. De pronto una luz poderosísima inundó el campo a pocos metros de la carretera. Detuve el jeep y me quedé mirando esa luz sin entender muy bien de qué se trataba. Pensé que era un helicóptero en una maniobra de emergencia, pero la potencia de la luz era excesiva. Yo nunca había visto nada igual. En un principio me quedé dentro del jeep. El aguacero y el viento me intimidaban. Después de dos o tres minutos no pude evitar la curiosidad. Me coloqué una chaqueta impermeable que llevo siempre en la parte trasera del carro y bajé para observar mejor de qué se trataba.

—Discúlpeme, señor Iregui, ¿no sintió usted miedo?

—Al principio sí, un poco.

—Es natural, claro. En semejantes circunstancias...

—Luego desapareció el miedo y me sentí invadido por la curiosidad y por la intuición de que algo positivo iba a ocurrir. No sé cómo transmitir esa sensación: una especie de voz interna me anunciaba que algo maravilloso sucedería.

—Señor Iregui, aquí en este programa estamos acostumbrados a lo inexplicable. Continúe por favor.

—La luz se hizo cada vez más fuerte y vi entonces un platillo volador de unos diez metros de diámetro que descendía hasta posarse sobre el prado. Yo estaba a unos veinte metros de distancia, perplejo, mudo de asombro. Y una extraña felicidad se apoderó de mí, una alegría sin límites que no sé de dónde provenía. Crucé la cerca y caminé por el potrero hasta quedar a unos cinco metros del platillo. Una luz azulada me rodeó el cuerpo y caí en un sueño profundo. Quiero insistir en que las sensaciones eran positivas y agradables. Yo me dormí con una impresión como de amor, de infinita bondad alrededor mío.

—Increíble, señor Iregui, increíble. Vamos con unos mensajes comerciales y con la voz de Roberto Carlos en «Tú ya no estás conmigo». Luego volveremos aquí, a «La hora del misterio», con la segunda parte de esta extraordinaria historia de un colombiano que fue raptado por los habitantes de Saturno.

(Mensajes comerciales sobre las gotas afrodisíacas «Potensex» y sobre el «Centro Médico Naturista Gólgota». Enseguida la canción de Roberto Carlos y, de nuevo, música de tambores lejanos.)

—Son las doce y veinte minutos. Están ustedes con su servidor, el negro Urrutia, en «La hora del misterio», hoy con un sorprendente testimonio de un abogado colombiano que fue raptado por seres del planeta Saturno. Continuamos con la historia de este viajero interplanetario. Adelante, señor Iregui.

—Como les venía diciendo, fui dormido por una luz azul que salía de la nave y

*me inundaba el cuerpo. Cuando desperté estaba como en una camilla de enfermería, en un cuarto computarizado lleno de luces y aparatos para mí desconocidos. Se me comunicó telepáticamente, en mi idioma, en castellano, que la nave estaba próxima a llegar al sexto planeta de nuestro sistema en el orden de las distancias al sol. Y en efecto, minutos después vi en una pantalla cómo nos acercábamos a las tres zonas principales del anillo que rodea el planeta, y vi también varios de los satélites que giran alrededor suyo.*

*—Discúlpeme, señor Iregui. Mientras tanto, según creo, usted fue reportado como desaparecido.*

*—Sí, es correcto. Mi señora esposa y mis dos hijos se pusieron en contacto con la policía y con el ejército, y creyeron al comienzo que había sido secuestrado por la guerrilla o por delincuentes comunes. Las semanas pasaron y no llegó el comunicado exigiendo el rescate. Entonces me reportaron como desaparecido y mis dos hijos urdieron la hipótesis de que se trataba de una desaparición ejecutada por los organismos de seguridad del Estado. Como yo me había manifestado en varias reuniones de agricultores y ganaderos en contra de los grupos rurales de autodefensa, mis hijos creyeron que mi asesinato y posterior desaparición del cuerpo era una velada amenaza para aquellos que decidieran continuar apoyando mis ideas.*

*—Y usted, claro, ni formas de mandar un mensaje desde Saturno.*

*—Claro, ni formas, cómo...*

*—Señor Iregui, vamos ahora a lo del mensaje. Estos seres le dieron unas indicaciones para que usted las transmitiera a sus congéneres. ¿Cuáles fueron esas indicaciones?*

*—El mensaje es muy simple, muy sencillo, y por su sencillez es justamente tan complejo. Ellos me dijeron este planeta, la Tierra, como tantos otros, es un organismo vivo, un todo completo con diferentes niveles de vida que se equilibran entre sí. Esos niveles de vida tienen leyes y equilibrio por medio de las cuales se mantiene una armonía que garantiza la permanencia de los mismos. Nosotros, los humanos, hemos alterado esas leyes y por tanto la permanencia de la vida en el planeta está a merced. Ellos dicen que nosotros somos algo así como células cancerígenas, elementos altamente destructivos y éticamente muy inferiores a las demás especies. En consecuencia, nuestra aniquilación y exterminio son indispensables para que el planeta recupere su antigua estabilidad. Por eso ellos, los hombres de Saturno, trajeron el sida y cerca de diez virus más que ya están minando a la humanidad a gran velocidad, colaboran en las guerras y en las masacres, asesoran a los grupos terroristas, promueven la intolerancia y el fanatismo religiosos, en fin, contribuyen con lo que agilice nuestra propia destrucción.*

*—Caray, señor Iregui, un poco apocalíptica la cosa.*

*—Sí, así es.*

*—Pues mientras llega una hora tan terrible, vamos a unos mensajes comerciales, luego la magnífica voz de Palito Ortega en «Prometimos no llorar» y volvemos enseguida con ustedes.*

*(La voz del anunciante proclama las ventajas de las pantimedias «Body». «Para*

que usted, caballero, en un momento especial, se las regale a su esposa, a su novia, a su amiga, a su amante, a su compañera» dice la voz con seguridad y aplomo. También, con tono intimista y seductor, avisa la creación de la nueva agencia matrimonial «Tu media manzana». Entran las voces de Palito Ortega y una mujer en «Prometimos no llorar».)

—Son las doce y cuarenta minutos de la noche. Soy el negro Urrutia en «La hora del misterio». Vamos ahora a que nuestros radioescuchas conversen con el señor Julio Iregui, un abogado colombiano que, por cuestiones del azar, se convirtió en un viajero celestial. Adelante, llamen ustedes a nuestro número de siempre, el 2263907, y pregunten lo que deseen. Aló, sí, ¿con quién hablo?

—Buenas noches, soy Maruja Gómez, del barrio Candelaria la Nueva.

—Doña Maruja, el señor Iregui la escucha. ‘

—Gracias, yo quisiera preguntarle, señor Iregui, ¿cómo son los atardeceres en Saturno? ¿Son bonitos? ¿Tienen varios colores así como aquí?

—La verdad es que yo siempre estuve en una ciudadela cubierta, donde las luces eran reguladas por una computadora, y sólo vi el cielo, directamente, una vez. En el momento del despegue, señora Gómez, cuando volvíamos a la Tierra. Me sorprendió su color azul petróleo, oscuro, y unos espesos gases tornasolados detrás de los cuales se adivinaba la grandeza del anillo que caracteriza a este planeta.

—Aquí, en «La hora del misterio», la hora mágica, la hora para lo extraño y desconocido, tenemos otra llamada. Sí, aló, lo escuchamos...

—...No puedo decir mi nombre. Pertenezco a un grupo terrorista. Quiero saber cómo hago para ponerme en contacto con estos seres y recibir armamento y asesoría. Estoy de acuerdo con ellos: esta mierda hay que mandarla a volar en mil pedazos.

—Adelante, señor Iregui, respóndale aquí a nuestro amigo el terrorista.

—Bueno, sí, debo ser sincero y confesar que no tengo ni idea de cómo volver a propiciar un acercamiento con ellos. Yo supongo que si su organización es importante y significativa, ellos se encargarán de buscarlos y ayudarlos en su misión destructiva. Lo que sí sé es que tienen miles de agentes e intermediarios trabajando para ellos en la tierra. No es necesario que se presenten ellos directamente.

—Vamos con la siguiente llamada. ¿Aló? ¿Quién habla?

—Mi nombre es Samantha. Soy transexual y llamo desde el barrio Santa Fe. Dígame, señor Iregui, ¿en Saturno hay homosexuales, travestís o transexuales? ¿Cómo hago para entrar en contacto con ellas y avisarles que una quiere abandonar este planeta?

—No puedo responder a su pregunta con precisión. Yo estuve aislado en un centro de investigaciones especiales y no fui testigo de la vida cotidiana de este planeta. Como ya dije antes, no sé cómo volver a comunicarme con ellos. Lamento no poder ayudarle.

—Son las doce y cincuenta y cinco minutos de la noche. Soy el negro Urrutia...

Apagas el radio, te frotas las manos para calentarlas un poco y decides irte a dormir. No ves nada raro ni sospechoso en la casa que vigilas atentamente. Enciendes

el motor y conduces el carro por la Avenida Caracas hacia el sur. Llegas a la Calle Veinticuatro, aminoras la marcha y te fijas en los rostros de prostitutas y travestís que caminan por los andenes esperando la caída de un cliente. Te parece increíble que haya un grupo de fanáticos religiosos encargado de exterminarlos. Y otros, como El Apóstol, pensando en exterminar a los exterminadores. Así es el país, piensas con tristeza, ésa es nuestra forma de sentirnos colombianos, negando y aniquilando al que está a nuestro lado. Aceleras el carro.

A la mañana siguiente te levantas temprano y le escribes una carta a Isabel, quien, piensas, debe encontrarse inquieta después de dos meses largos de silencio por parte tuya. Es la única persona a la que estás ligado afectivamente y la recuerdas, la anhelas, la sueñas acariciándote y diciéndote al oído frases llenas de cariño y ternura. Comienzas.

*Querida Isabel,*

*no te había escrito antes porque estoy investigando un caso de asesinato de prostitutas en el centro de la ciudad. Parece que se trata de sectas religiosas en labores de «limpieza social». Es algo de no creer.*

*Perdona la tardanza en contestar pero no he tenido ni tiempo ni ganas. No me siento bien. Mi energía interna se debilita y veo que me estoy precipitando a un agujero sin salida. No puedo evitarlo. Anoche he tenido pesadillas y no sé si continuar con la investigación. Qué lástima que no seamos ricos. Me gustaría que vinieras a verme, aunque fuera un fin de semana, y caminar y mostrarte los lugares donde he sido más feliz y más desgraciado, y en donde está enterrada mi juventud y mi alegría de vivir. Como puedes ver, Isabel, no estoy en el estado de ánimo ideal para escribir cartas. Y yo que quería enviarte un poco de alegría.*

*Pienso cada vez más en ti. A veces me veo a tu lado, por fin juntos y yo retirado de este trabajo que, para serte sincero, cada vez me gusta menos. Cambiaría de empleo e intentaría volver a la universidad y estudiar Antropología. Tengo derecho a cambiar mi vida.*

*Escríbeme mucho, Isabel, déjame saber de tus planes y expectativas. Si conociste a alguien y piensas que lo nuestro no te satisface, no importa, no te preocupes. Dímelo y ya está. Ser amigos, buenos amigos, no es menos que estar enamorados. Para mí tu amistad es ya una gran oportunidad.*

*Te extraño.*

*Tuyo,*

*Leo*

Dejas la carta en la oficina de correos y te diriges a la comisaría. Al entrar, González te muestra el periódico y te señala un artículo en la segunda página.

—Échele un vistazo, jefe —te dice con amabilidad.

## UN PAPÁ QUE MATABA PROSTITUTAS

Capturado el asesino colombiano más buscado en E.U.

**Miami.** (Reuter). Un padre de familia fue arrestado bajo sospecha de ser el presunto «Estrangulador de la Calle Ocho», que acechaba a las prostitutas que frecuentan esa vía en Miami, informó ayer la policía.

Hernando Cardona, de treinta y cuatro años y de origen colombiano, padre de dos hijos pero separado de su esposa, confesó haber sido el autor de seis de los homicidios de meretrices, dijo el portavoz policial Luis A. Díaz.

El domingo pasado las autoridades formularon seis acusaciones de homicidio en primer grado contra Cardona, un vendedor de enciclopedias de filosofía.

Los investigadores dijeron que vincularon a Cardona a cinco de las seis víctimas mediante pruebas genéticas de ácido desoxirribonucleico (ADN).

«El reconocido detective Mike Conde que investigaba la serie de asesinatos recibió un golpe de suerte cuando una prostituta se escapó de Cardona después de ser atada, golpeada y agredida sexualmente», dijo Díaz. Agregó que la mujer fue llevada por el sujeto a su apartamento, pero ella se escapó cuando él salió.

«Las muestras de ADN tomadas de la víctima la semana pasada, coincidieron con las que se recogieron de las prostitutas asesinadas», señaló Díaz.

«El sospechoso, encarcelado y acusado de agresión, confesó luego los asesinatos y también se hallaron pruebas adicionales en su apartamento», agregó.

«Proporcionó una confesión detallada y admitió haber recogido a las víctimas en la calle» dijo Díaz. «Se las llevaba a su apartamento, sostenía relaciones con ellas y las estrangulaba allí. El hombre esperaba hasta las primeras horas de la madrugada para abandonar los cadáveres en las zonas residenciales al lado de la Calle Ocho, que es una de las arterias más conocidas de Miami», anotó un vendedor de incienso del sector y uno de los principales testigos en este caso.

—Nuestro caso es bien distinto —le dices a González.

—Estoy averiguando si el hombre pertenece a una secta religiosa en particular. No está de más.

—¿Qué es esto? —preguntas al ver una carpeta sobre tu escritorio.

—El estudio psiquiátrico que pidió, jefe. Se lo trajo Marta de la Sección de Apoyo. Abres la carpeta. Una nota de Marta:

*Leonardo: este artículo es lo más cercano que encontré a lo que tú me solicitaste. Es del doctor Joseph Satten la Clínica Menninger de Topeka, Kansas, y fue publicado en The American Journal of Psychiatry (julio 1960) y escrito en colaboración con otros médicos. Lo publicaron luego de examinar cuatro criminales: un soldado que mutiló y descuartizó a una prostituta, un obrero que estranguló a un muchacho de catorce años cuando éste se negó a aceptar sus avances sexuales, un cabo del ejercito que mató a bastonazos a otro joven porque imaginó que se burlaba de él y un empleado de hospital que ahogó a una niña de nueve años metiéndole la cabeza bajo el agua Espero que te sea útil.*

Te sirves un café, te sientas cómodamente detrás de tu escritorio y comienzas a leer.

*A pesar de la violencia como elemento integrante de sus vidas, los pacientes han formado imágenes de sí mismo como físicamente inferiores, débiles e inadaptados. Su historial pone de manifiesto un grave índice de inhibición sexual. Para todos ellos la mujer adulta es una criatura amenazadora y en dos de los casos existe una clara y declarada perversión sexual. Ellos también en su infancia sintieron angustia ante el pensamiento de que pudieran considerarlos «niñas», poco desarrollados físicamente o enfermizos.*

*En los cuatro casos existen pruebas de estados alterados de conciencia en el pasado y con frecuencia relacionados con los arranques de violencia. Dos de los hombres presentan estados parecidos a un trance disociativo en los que se verifica un comportamiento incoherente y violento, mientras los otros dos presentan episodios amnésicos menos graves y quizá menos completos. En los momentos de auténtica violencia, con frecuencia se sienten separados o disociados de si mismos, como si estuvieran contemplando a otra persona...*

Sigues leyendo sin poner mucha atención en la lectura. El psiquiatra se adentra en una hipótesis psicoanalítica según la cual exponer el niño a estímulos abrumadores antes de que sea capaz de dominarlos, viene estrechamente ligado a que resulten serios trastornos del dominio de los impulsos. Los asesinos, según parece, fueron objeto de violencia durante su infancia. Tú buscas otra cosa. El crimen como ritual, el

pensamiento mágico y religioso expresado en el sacrificio, datos sobre una neorreligiosidad urbana que anhela el exterminio del otro por su diferencia... Sin embargo, vuelves a concentrarte en la última parte del artículo.

*Los casos descritos tenían predisposición marcada a graves faltas de contacto con la realidad y a una debilidad extrema del dominio sobre sus impulsos durante los períodos de particular tensión y desorganización. En tales momentos, un simple conocido o incluso un desconocido podía perder fácilmente su significación real y asumir una identidad en la inconsciente imaginación traumática. El viejo conflicto resurgía y la agresividad asumía rápidamente proporciones homicidas.*

*Cuando se dan tales delitos absurdos, pueden explicarse como resultado final de un período de creciente tensión y de desorganización en el asesino, iniciado antes de que se produzca el contacto con la víctima, la cual, pasando a formar parte del conflicto inconsciente del asesino, pone involuntariamente en movimiento su potencial homicida.*

Cierras la carpeta y te distraes mirando por la ventana. Entra González.

—Listo —te dice con la respiración agitada.

—¿Qué sucede?

—El tipo de Miami.

—¿Qué pasa con él?

—Pertenece a una secta que se llama CFM.

—¿Qué diablos es eso?

—Cristianos de Final de Milenio, una secta que busca preparar a la humanidad para recibir a Cristo en la Navidad de 1999. Son de un radicalismo exagerado. Han propuesto leyes para la pena de muerte a drogadictos, alcohólicos y prostitutas. Su jefe es un antiguo sacerdote homosexual que aborrece a las mujeres. La secta es sólo de hombres. ¿Se imagina, jefe? Nos encaja perfecto.

—Sí... Tienen una sede aquí en el centro. En el barrio Lourdes.

—Eso dice el informe.

—Es de las que nos falta por revisar.

—Sí.

—Manos a la obra. Primero revisaremos dos sedes de dos sectas que tengo pendientes y luego les hacemos una visita en la tarde.

Y añades con voz amistosa:

—Buen trabajo, González, buen trabajo.

—No fue nada, jefe. Una intuición.

—Bien, vamos.

—Sí, jefe.

Tú y González llegan a la casa donde laboran los adeptos del BEB, los Buscadores de la Eterna Bondad. Percibes en esta gente las mismas miserias y mezquindades — incluso agrandadas — que en el resto. El director, un hombre barbado que sin duda ha descubierto una imagen agradable similar a la de Cristo (que lo beneficia para timar a los ingenuos), les «regala» a González y a ti la revista *Apuntes de los Iluminados*, y les explica que la revista tiene un cómodo precio de dos mil pesos, pues, según explica, «el dinero es la suprema bondad que nos permite levantarnos del fango animal al que obliga la pobreza». Sacas el dinero y compras una revista, devolviéndole la otra. La ojeas por encima y piensas en los ghettos, en los grupos de poder, en el fascismo segregacionista que margina al que no es igual. La misma historia en todas partes: el espíritu gregario que intenta autolegitimarse al sentirse con un destino manifiesto, depositario de una verdad que lo hace superior a sus semejantes. Reglas y más reglas absurdas que, en el fondo, lo que buscan es ahorrar el trabajo de una solidaridad desde lo disímil, de una auténtica empatía con el otro desde la diferencia. Sientes asco por ese perverso concepto de espiritualidad, y sales a la calle.

La siguiente sede es la Secta Cristiana Curativa. A la entrada ves una fila de cojos, paralíticos, ciegos, leprosos y cientos de enfermos que aguardan una oportunidad para pertenecer al grupo de cincuenta personas que el Maestro Pedro sana cada día. Entrás con González por una puerta distinta a la puerta de los enfermos y te tropiezas con un galpón gigantesco donde miles de personas, con la Biblia en la mano, escuchan al Maestro Pedro vociferar en una especie de trance.

*Señor, este cuerpo te pertenece, es tuyo, Dios mío, saca la inmundicia, saca el síntoma de corrupción, sácalo ahora mismo, saca el espíritu inmundo. Espíritu dañino, ¡fuera!, en el nombre de Jesús de Nazaret. Poder de Dios, ¡desciende! Mi alma invoca tu poder, Padre amado. ¡Fuera el espíritu de putrefacción! ¡Fuera! En el nombre de Jesús, fuera el signo de descomposición, de infección, de enfermedad. ¡Suelta ese cuerpo! ¡Vete de ahí! Poder de Dios, ¡desciende!...*

El maestro Pedro cambia los tonos de voz. A veces grita con ímpetu y desesperación, casi llegando al llanto emocionado, subiendo la entonación al máximo, y a veces cambia la velocidad, el tono se hace grave, como una caricia, como un secreto de amor murmurado en la intimidad del lecho. Regula los ritmos de su discurso según el efecto que va viendo en su auditorio, y es esa regulación la que va atrapando a los feligreses como en una red, la que va produciendo en la multitud un



adormecimiento hipnótico.

*Señor: es la hora poderosa, es la hora gloriosa. Señor: tu pueblo necesita milagros y señales de tu amor infinito. Hay poder en el nombre de Jesucristo, su amor desciende y limpia tu cuerpo, oyente, te purifica, viaja dentro de ti hasta dejarte puro y virginal. Dios nos visita, está aquí, lo siento, y viene a liberarnos de la enfermedad. Dios dice: «Es mi casa». ¿Qué es la casa de Dios? Nuestro propio cuerpo, hermanos, nuestra carne, nuestras vísceras... Poder de Dios, ¡desciende! ¡Obra, Padre mío! ¡Ahora mismo destruimos el poder del mal!... Si, Dios me dice que los cuerpos comienzan a sanar, comienzan a estar libres...*

Sientes mareo. La gente, febril, agita las Biblias al ritmo de la voz del Maestro Pedro. No hay aire. El calor es insoportable. Con un gesto le indicas a González que salgan a la calle. Él, con la frente bañada en sudor, afirma con alivio.

En la calle respiras profundo. González mira hacia abajo embrutecido, como si estuviera a punto de desmayarse. Dice:

—Me duele la cabeza...

—Vamos a tomar algo —respondes con la respiración entrecortada.

Entran a una cafetería cercana y se sientan a una mesa. Pides dos refrescos.

Descansas unos minutos con la cabeza entre las manos.

—No son ellos —le dices en voz baja a González.

—Por qué...

—No creo que sanen pordioseros, mendigos, prostitutas, gamines, y luego salgan a matarlos.

—Cierto, jefe.

—Esta noche visitaremos la sede de los Cristianos de Final de Milenio. Los vigilaremos antes de tomar una decisión. Es mejor no ponerlos sobre aviso. Te recojo a las diez.

—Sí, jefe.

Alcanzas a pasar por la Iglesia de los Pobres y conversas un rato con Zelia. «Sin rencores» te dice ella con una sonrisa. Le cuentas tus sospechas y las de González, explicándole en qué va la investigación. La vieja te mira con preocupación y te advierte del peligro que corres con los Cristianos de Final de Milenio.

—Viven acosando a mi gente —te dice con un gesto de enfado—. Los amenazan, los golpean, los intimidan. Se rumora que ellos y algunos de ustedes, los de la policía, conforman los grupos de «limpieza social» del centro de la ciudad. Yo creo que es verdad.

Escuchas con atención lo que dice la vieja y al final te despides de ella amablemente.

A las diez en punto te detienes frente a la casa donde vive González con sus padres y lo ves en la puerta esperándote, enfundado en una chaqueta gruesa para protegerse del frío. Van a la sede de la secta, parquean el carro diagonal a la entrada principal, apagan las luces y comienzan a vigilar con González cualquier movimiento. Varios automóviles entran y salen de la casa. González anota los números de las placas. A las once y media la agitación cesa, las luces de las dos plantas se apagan y todo parece indicar que en la casa sólo queda un guardia encargado de custodiar la edificación. A las doce en punto prendes el radio y le ofreces un cigarrillo a González. La música de tambores y la voz del negro Urrutia te producen una sensación de placidez y bienestar en medio del frío y las ganas de dormir.

*...dicho que no podía dormir. ¿Cómo era eso?*

*—Mire, yo me levantaba cada dos horas, más o menos, asfixiado, con un dolor en el pecho como si me estuvieran taladrando el esternón. Era una cosa horrible, yo me sentía morir.*

*—Y en la mañana amanecía bien.*

*—Exacto. Se me quitaba el dolor así, sin saber cómo, y volvía en las horas de la noche.*

*—¿Dice usted que esta señora lo curó con unos conjuros semanales?*

*—Mire, eso hay gente incrédula, yo sé, que piensan que estas cosas son habladurías y mentiras. Yo estoy seguro de que esta mujer tiene poderes extraños. Ella me aseguró que mi antigua esposa, como ya le conté, me estaba rezando. Si señor, así era, porque después de las consultas y los conjuros yo me mejoré. No volví a sentir nada.*

*—¿Por qué dice usted que esta mujer tiene poderes extraños?*

*—Mire, ella me quitaba la camisa y me recostaba en una camilla de su consultorio. Cerraba las cortinas, ponía música religiosa y oraba en voz alta. Se frotaba las manos y me las colocaba sobre el pecho. Uno sentía que ella tenía poderes. Antes de que las manos rozaran siquiera mi piel yo sentía un fuerte calor desde la garganta hasta el ombligo, una especie de ardor interno que me quemaba, como si me hubiera bebido un vaso de aguardiente o una taza de agua hirviendo.*

*—¿No volvió a recaer en sus dolencias?*

*—No señor. Ahora me siento muy bien.*

*—Gracias por llamar y darnos su testimonio en el programa.*

*—De nada.*

*—Continuamos escuchando las confesiones de los oyentes que quieren participar en nuestro programa. El tema de hoy: magia, embrujos, hechizos, filtros o bebedizos, conjuros, sanaciones milagrosas, en fin, manifestaciones de fuerzas superiores que afectan el cuerpo o la psique. Soy el negro Urrutia en su programa*

*predilecto de la medianoche, «La hora del misterio». ¿Aló? ¿Si? Lo escucho.*

*—Buenas noches señor Urrutia.*

*—Buenas noches mi querido amigo. ¿Cuál es su nombre?*

*—Adolfo Hernández, del barrio La Perseverancia.*

*—¿Sufre de insomnio, Adolfo?*

*—Hace años. Menos mal descubrí su programa.*

*—¿Lo escucha a menudo?*

*—Todas las noches. Es una gran compañía. Lástima que no sea más largo.*

*—Le cuento que les vamos a dar buenas noticias a los radioescuchas insomnes como usted que quieren que el programa se prolongue. Estamos esperando a ver qué deciden las directivas.*

*—Sería lo mejor que nos podría pasar. Además los temas son inagotables.*

*—Claro que sí. Bueno, Adolfo, cuéntenos, ¿ha vivido usted en carne propia los efectos de la magia o la brujería?*

*—Por supuesto. Una experiencia muy dura, por cierto.*

*—Adelante, escuchamos.*

*—Esto comenzó en el año ochenta y ocho. Yo estaba en el departamento del Guaviare, al sur del país, cerca al Amazonas, trabajando en Miraflores en una finquita en recolección de hoja de coca. No hay problema si digo esto al aire, ¿no?*

*—No se preocupe. Aquí no hay censura.*

*—Sí, porque imagínese, esos departamentos están sembrados con coca y allá es algo normal, pero cuando uno afirma tales verdades aquí, en la capital, lo miran como si fuera un criminal.*

*—Tranquilo, puede decir lo que quiera.*

*—Le venía contando que yo administraba una finca de coca a quince minutos de Miraflores. Ahora no sé, pero en ese entonces, hace siete años, unas comunidades indígenas llegaban a las haciendas a pedir trabajo en la recolección de hoja de coca. Ese año yo contraté como a unos cuarenta indígenas, entre hombres y mujeres, de diferentes congregaciones. Fueron pasando los días y las cosas iban bien. Pero resulta que entre esta gente iba una muchacha de unos dieciocho años, alta, esbelta, mitad india mitad blanca, con el pelo largo negro, los ojos rasgados y oscuros, una piel canela rara en esa zona, mejor dicho, para qué sigo señor Urrutia. Parecía una diosa de la selva. Me enamoré perdidamente de esa mujer y la hice mía. Le propuse que se quedara en la hacienda a vivir conmigo y ella aceptó.*

*—¿Se casó con ella?*

*—No se acostumbra por allá.*

*—Se fueron a vivir juntos.*

*—Sí señor. El problema era que cada dos meses yo tenía que venir a Bogotá a rendirle cuentas al dueño y a encargarme lo que hiciera falta para la finca. La noche antes de viajar ella me bañó en un agua de hierbas, me cogió el sexo y recitó en su lengua largas frases que yo no entendí. Lo tomé como un ritual de despedida entre parejas de recién casados o algo así. No, se trataba de un hechizo que no comprendí. Vine a Bogotá, hice mis vueltas y me regresé pronto, pues no quería dejarla sola en un lugar tan peligroso. La historia se repitió varias veces. Ella me rezaba, yo viajaba, apresuraba mis diligencias en Bogotá y me regresaba apenas*

podía hacerlo. Resulta que como al sexto viaje, es decir un año después, a mí se me ocurrió coquetearle a una secretaria del patrón y la convencí para que saliéramos una noche. La vaina terminó en un motel y yo no pude acostarme con ella. No funcioné. Pasé una vergüenza horrible. Me regresé a Miraflores pensativo, dudando ya, porque eso nunca me había sucedido. Al siguiente viaje llamé a una amiga, nos vimos en una discoteca y cuando llegué al motel me sucedió lo mismo. Era una vaina rarísima. Estaba excitadísimo, con muchas ganas, y no funcionaba. Y me di cuenta de que la india me tenía hechizado.

—Perdón, Adolfo, que lo interrumpa. Eso es lo que llaman estar ligado, ¿verdad?

—Sí señor, es un infierno porque uno le coge fastidio a la persona que lo ligó.

—Claro, es natural. ¿Cómo se liberó?

—Averigüé por todo Miraflores hasta que una señora me explicó que un hechizo de indios sólo lo puede desbaratar un indio. Fui a un caserío indígena a una hora de la finca donde trabajaba y un chamán de esa tribu me desligó con un rito especial. Me aconsejó que me alejara de esa mujer porque tenía otros poderes para hacerme daño. Yo le obedecí. Me vine para Bogotá, entregué las cuentas en orden y busqué otro trabajo. No volví por allá.

—¿Cómo se siente ahora?

—Muy bien.

—Ajá, ¿eso significa que sí funciona?

—Sí señor, de maravilla.

—Pues Adolfo, la sudó usted, como dicen. Así que, aquí está Carlitos Vives, y esto es «La gota fría».

(Suenan el vallenato hasta su última nota. Pausa. Una voz grave de mujer, con música de fondo, anuncia: «No crea en brujas, pero que las hay las hay. Mariluz Ordóñez: experta en ciencias ocultas. ¿Tiene influencias negativas en suerte, amor o negocios? ¿Todo le sale mal? ¿Su mujer lo abandonó por otro, no tiene plata o se siente enfermo? Venga y visíteme. Exorcismos, conjuros, tarot, pactos, tabaco. Ética, seriedad y cumplimiento». Y en seguida la voz indica un número telefónico y una dirección. Pausa. Un hombre sereno comienza un aviso rápido e inquietante: «Busco dama. Soy un caballero de treinta y ocho años, serio, soltero, bien parecido y solvente. Me siento solo. Deseo conocer una mujer buena, hogareña, cariñosa, entre veinticinco y treinta años. Preferiblemente peludita. Fines serios». Y deja un apartado aéreo para las interesadas. Pausa. Se escucha una voz gruesa y varonil: «Parasicólogos mentalistas le ayudan a superar sus dificultades. Astrología y lectura de tarot. Perfumes para el amor. Expertos en solucionar problemas de infidelidad. No nos diga nada, nosotros le adivinamos a qué viene usted. ¡Triunfamos donde los demás han fracasado!». Deja el anunciante una dirección y un teléfono. Pausa. Entra la voz del negro Urrutia.)

—Queridos oyentes, estamos de regreso en «La hora del misterio», la mejor hora de la noche. Hemos escuchado testimonios impresionantes de personas que han sido embrujadas en algún momento de su vida. No sea tímido, llámenos y cuéntenos su experiencia. Vamos con otro participante, ¿aló?, ¿con quién?

—Mi nombre es Alberto Duque, del barrio La Soledad.

—¿Nos escucha a menudo, Alberto?

—Casi siempre.

—¿Quiere participar esta noche en el programa?

—Sí, acabo de escuchar el relato del señor Adolfo Hernández y recordé una historia que me sucedió hace unos cinco años.

—¿Qué hace usted, Alberto?

—Soy ingeniero de sistemas.

—Le gustan los temas de misterio...

—Soy un aficionado a los ovnis y a los libros y reí sobre la reencarnación. Vidas pasadas y cosas así...

—Qué bien. Alberto, la audiencia de «La hora del misterio» desea escucharlo. Adelante.

—Gracias... Mi historia comenzó hace unos cinco años, cuando yo estaba en último semestre en la universidad. Decidimos con unos amigos ir a un burdel a divertirnos. Había varias mujeres trabajando allí y nosotros bebíamos, bailábamos con ellas y conversábamos animadamente en un ambiente amigable. Estábamos alegres porque habíamos terminado clases y entrábamos al semestre de tesis. Era un acontecimiento que ameritaba una celebración. Estábamos reunidos alrededor de una mesa y nos hacíamos chistes y bromas pesadas como buenos camaradas que éramos. En un descuido de ellos yo me alejé del grupo y me dirigí al fondo del salón en busca de un baño para orinar. Fue entonces, lo recuerdo bien, cuando me tropecé con ella. Una mulata alta, de caderas y muslos anchos y fuertes, los senos voluminosos y los rasgos de la cara finos y delicados. Me quedé frío, como si hubiera visto un fantasma, y no supe qué hacer ni qué decir. Ella me miró directo a los ojos y me pidió un cigarrillo. Se lo di y recuperé la seguridad y la confianza. Le dije que me esperara porque iba al baño, que si a mi regreso la veía acompañada me suicidaría ahí mismo, en medio del salón. Ella se rió y me dijo que me esperaba. Fui, oriné, me lavé la cara, volví a su lado y la cogí de la mano para ir a presentársela a mis compañeros. Se quedaron paralizados cuando me vieron llegar con ella, con la boca abierta y muertos de la envidia. Las otras muchachas que estaban con nosotros no tenían ni la belleza ni la elegancia de esta mulata. Para no alargarle mucho la historia, señor Urrutia, le cuento que nos enamoramos apasionadamente. No me importó siquiera que ella continuara en ese lugar. Comencé a trabajar y nos veíamos en un apartamento pequeño que había arrendado. Pasaba conmigo los fines de semana y era una persona dulce y necesitada de cariño. Yo le entregué lo que tenía y lo que era. Compartí a su lado un año y procuré convertirme en su mejor amigo. Pero no sé qué me sucedió y empecé a obsesionarme con su cuerpo, con sus caricias, con sus besos. Quería que nadie le hablara, que nadie pudiera tener acceso a ella, que no la miraran cuando se contoneaba por la calle, que no se sentaran a su lado en los buses; mejor dicho, me fui enloqueciendo sin darme cuenta. Vinieron a sumarse, además, unas pesadillas en las cuales ella me abandonaba para irse con otro, o se iba de la ciudad y yo no podía retenerla a mi lado o simplemente enfermaba y moría. Me levantaba de esas pesadillas a altas horas de la noche bañado en sudor y con fiebres elevadas que me impedían diferenciar con certeza la frontera entre el sueño y la vigilia. No se imagina el infierno que fue eso, señor

*Urrutia.*

*—Por sus descripciones uno se hace una idea. Suena terrible, realmente.*

*—Aún siento escalofríos recordándolo. Me había prometido a mí mismo olvidar... olvidar...*

*—No se preocupe, Alberto. No le dé tanta importancia a un suceso que ya superó.*

*—Tengo dudas, señor Urrutia, instantes de flaqueza, de debilidad, en los que creo que voy a recaer.*

*—Los instantes de duda también son pasajeros. No se angustie así, Alberto. Más bien cuéntenos cómo salió, cómo recuperó su salud mental y física.*

*—Mi hermano se dio cuenta de que yo estaba al borde del suicidio y me llevó donde una psicoanalista. Estuve con ella seis meses y las cosas empeoraron. No daba señales de mejoría. Lo contrario, a medida que pasaban los días yo estaba peor.*

*—Es lo que hemos dicho aquí en mil oportunidades. La ciencia es sólo una parte, y más allá, ¿qué?*

*—Sí señor, yo necesitaba otra forma de tratar el problema. Acudí desesperado, medio loco, a un amigo de infancia con el que había crecido y le conté en detalle mi vida al lado de esa mujer. Si no hubiera sido por él yo no estaría ahora participando en su programa. Él me salvó la vida.*

*—¿Por qué? ¿A dónde lo llevó?*

*—El averiguó que esta mujer era de Pizarro, un pequeño poblado del departamento del Chocó, en la costa del océano Pacífico. Viajó hasta allá, consultó con las mujeres viejas del pueblo los síntomas que yo tenía y ellas se rieron.*

*—¿Se rieron?*

*—Sí, señor Urrutia. Parece que allá esa práctica es normal. La usan las mujeres con sus hombres para impedir que las abandonen. El problema es que si uno no es de la misma cultura puede incluso morir.*

*—Continúe, Alberto, por favor.*

*—Ellas le indicaron un brujo negro que vivía en la selva, a dos horas de camino a pie. Le dijeron que él era el único que podía salvarme. Mi amigo vino por mí a Bogotá y, a las malas, casi obligándome, me llevó a ese perdido municipio. Quiero aclararle, señor Urrutia, que bajo los efectos de ese maleficio uno pierde la voluntad, uno no es dueño de sus actos. Yo no podía separarme de esa mujer, era una fuerza superior, un lazo secreto y casi indestructible. Por esa razón mi amigo me llevó dopado, bajo una fuerte dosis de calmantes.*

*—Increíble, Alberto. Cuando usted despertó ya estaba en Pizarro.*

*—Así fue. Mi amigo me condujo a la choza del brujo y este hombre me tuvo doce horas en un jergón de tablas mientras rezaba en su lengua una letanía misteriosa y bailaba a mi alrededor sacudiendo con ambas manos unas pulseras de caracoles y conchas de mar. Ah, se me olvidó contar que, antes del ritual, el anciano preparó un brebaje con hierbas y raíces, y me lo dio a beber en una vasija de barro. El líquido me puso en una especie de trance donde se mezclaban imágenes de mi niñez con imágenes de mi relación con esta mulata.*

*—¿Era una pócima de hierbas alucinógenas?*

—Creo que sí. Yo, al menos, aluciné, sí.

—Después, ¿qué pasó?

—En el ritual las imágenes correspondientes a esta mujer fueron desapareciendo una a una y me quedé sólo con las imágenes agradables y positivas de mi vida. Era como si hubieran borrado una parte dañina de mi existencia. Yo sentí que eso había sido posible gracias a las oraciones y a los ritmos producidos por el viejo hechicero. Yo sentía su presencia como limpia y cristalina, casi que podría decir angelical.

—¿El ritual duró las doce horas seguidas?

—No, señor Urrutia, duró cinco horas. Luego caí en un sueño profundo. El anciano me tapó con una manta y me dejó descansar. Mi amigo, que esperaba mientras tanto afuera, en la parte exterior de la choza, me contó más tarde que dormí siete horas sin despertarme. Cuando lo hice me sentí como un hombre nuevo, era como si hubiera llegado a otro mundo. Comí y bebí abundantemente en el pueblo antes de regresar a Bogotá. Estaba, eso sí, débil y cansado.

—¿No volvió a ver a la mulata, Alberto?

—No. Mi amigo fue por mis cosas al apartamento y me mudé a la casa de mis padres por un tiempo. Me recuperé en pocas semanas, me afeité, me corté el cabello y conseguí un nuevo empleo. Me dediqué a construir una nueva vida. Aunque, como ya le confesé, tengo miedo de recaer.

—Impresionante, Alberto, realmente impresionante. Gracias por haber llamado y haber participado en el programa. Su testimonio es una enseñanza y una voz de alerta que puede ayudar a muchos. Bueno, vamos con la última llamada de esta noche. ¿Aló? ¿Con quién hablo?

—No quiero dar mi nombre.

—No se preocupe, respetamos su anonimato.

—Mire, hombre, yo llamo a sentar mi protesta por estas pendejadas. No me creo ni una palabra de lo que han dicho estos fulanos. Se la fumaron verde.

—Está en su derecho, señor oyente.

—Esto es pura basura, una cantidad de gente desocupada, ociosa y con la cabeza enferma de estupideces. En lugar de promover estas supercherías deberían hacer un programa cultural e informativo. El pueblo lo que necesita es educación.

—Respetamos su opinión, pero no la compartimos. Programas culturales hay muchos. En cambio programas sobre lo desconocido, sobre aquello que escapa a la comprensión racional y científica, sólo hay uno: éste, «La hora del misterio», una hora dedicada a sondear los caminos de lo oculto. Por otra parte, mi querido crítico, le recomendamos que si no le gusta el programa no lo sintonice. Gire el dial y ya está. Hay otras emisoras a su servicio. Vamos con unos mensajes comerciales y ya volvemos a despedirnos...

Le bajas el volumen al radio. Dos autos llegan y parquean frente a la casa que vigilas. Cerca de siete hombres con abrigo y chaquetas desaparecen en el interior de la sede del CFM. Miras a González y está dormido, con la cabeza recostada en el vidrio y las manos entre la chaqueta. Los minutos pasan. Miras el reloj: la una de la

madrugada. González sigue hundido en un sueño profundo. Palpas la pistola y bajas del carro sin hacer ruido. Prefieres investigar solo y dejar que González siga descansando.

Te acercas cautelosamente a la casa. Pegado a la pared rodeas el jardín y buscas una puerta trasera. Comienza a llover. Encuentras una puerta metálica y notas enseguida que está asegurada desde adentro. Revisas las ventanas de la primera planta, siempre pendiente de no ser visto ni escuchado. Cuando compruebas que puertas y ventanas están cerradas y que no tienes por dónde penetrar a la casa, rompes con suavidad uno de los vidrios de la parte posterior, deslizas la mano y abres la ventana para conquistar la primera planta. El ruido de la lluvia te favorece. Entrás, desenfundas la pistola y revisas el cargador. No hay luces prendidas. Caminas con precaución, con los sentidos alerta, revisando cada una de las dependencias y los salones sin hallar indicios de los hombres. Desde la mitad de la escalera atisbas el segundo piso. Sólo se escucha el golpeteo de la lluvia contra las tejas del techo. Regresas a la primera planta y vuelves a mirar cada una de las dependencias que la constituyen. Por fin, antes de ingresar a una pequeña cocina, en la parte posterior, tus ojos se detienen en una puerta baja de madera que da la impresión de ser una alacena o un guardarropa. La abres despacio y una breve luz que viene de muy abajo insinúa entre sombras una escalera descendente que parece conducir a un sótano o refugio interno. Escuchas voces de hombres, pero el ruido de la lluvia te impide precisar las palabras. Avanzas unos cuantos escalones y quedas parapetado detrás de un muro de ladrillo, justo en un rellano de la escalera, antes de que ésta tome una curva hacia la derecha y desemboque en el tramo final. Ahora las voces se definen. Los participantes de la reunión parecen debatir sentados alrededor de una mesa, iluminados por una luz tenue.

—...y hay que controlarlo. No podemos dejarlo así.

—Estoy de acuerdo.

—Yo también. El tipo puede convertirse en un elemento peligroso.

—Yo no opino lo mismo. Matarlo ahora es un lío, Abre sospechas, dudas, los medios ensancharían la noticia y hablarían de una organización peligrosa que lo eliminó justo cuando iba a descubrirlos. Medio mundo sabe, además, lo que el tipo está investigando.

—¿Entonces qué? ¿Nos cruzamos de brazos y esperamos que dé con nosotros?

—No estoy diciendo eso. Lo sacamos del camino, eso es todo, Pero no lo



asesinamos.

—No sé, yo preferiría eliminarlo.

—Has olvidado una cosa. El tipo tiene un ayudante, un subalterno que le colabora en la investigación. Qué, ¿nos lo cargamos también? Es absurdo. Despertaría muchas sospechas.

Te quedas inmóvil. Acabas de descubrir que están hablando de ti y de González. Te pones atento e intentas escudriñar las voces y reconocer en ellas particularidades que te permitan individualizarlas.

—Tenemos que llegar a un acuerdo —dice una voz gruesa, de hombre viejo acostumbrado al mando—. Creo que es mejor mover nuestras influencias en la policía y sacar el tipo a un lado. El ayudante es lo de menos. Buscamos que lo asciendan y ya está. En un mes no se acordará de nada.

—Sí, es lo mejor —dice una voz neutra y calmada—. Prefiero que usemos la inteligencia y no la fuerza. No nos conviene llamar la atención.

—En este punto estoy de acuerdo con ustedes —dice un hombre de voz aflautada, excesivamente aguda—. Pero olvidan que hay un testigo en la cárcel. Él fue el que puso al policía sobre nuestra pista. Y según informaciones que tengo ése fue el tipo que se cargó a El Astrólogo. A él sí hay que eliminarlo.

—Tienes toda la razón —dice una voz con acento extranjero—. Estando en la cárcel es sencillo. Se puede pretextar una riña cualquiera, una pelea cotidiana entre presos —reconoces el acento: norteamericano.

—Definamos rápido —dice el de la voz gruesa—. Yo propongo hacer a un lado al policía, ascender o comprar a su ayudante y pagar para que asesinen al tipo ése de la cárcel. ¿Quién vota a favor de esta propuesta?... Tres... Cuatro... Cinco... Listo. Somos mayoría. Es lo que se hará.

—Quiero saber si los sacrificios continúan hasta llegar a doce —pregunta el del acento gringo.

—Lo definimos la sesión pasada —contesta el de la voz gruesa—. Eso te pasa por no asistir a las reuniones.

—Ya les expliqué por qué no pude venir. Estaba arreglando lo de Miami. Allí también necesitamos una limpieza —se disculpa el hombre.

—Sí, continúan —sigue el viejo que parece tener un cierto liderazgo—. Decidimos que son un buen escarmiento.

—Bueno, nos pondremos en contacto para decidir la próxima reunión —dice el de

la voz neutra—. Seguiremos...

Subes las escaleras rápido pero sin hacer ruido. Cruzas uno de los salones, sales a través de la ventana por la que entraste, la cierras con suavidad y te diriges al auto. El aguacero arrecia. González, inexplicablemente, se ha ido. Entrás al carro y aguardas la salida de los hombres. Varias preguntas se amontonan en tu cabeza. ¿Habrán capturado a González? ¿Tendrían vigías que no alcanzaste a percibir y ellos, al penetrar tú en la casa, habrán asesinado a González y se lo habrán llevado para desaparecer el cadáver? ¿Se sentiría enfermo y se iría a su casa al darse cuenta de que tú no estabas? ¿Estará en los alrededores vigilando? ¿Tal vez revisando de cerca los autos de ellos? Tus preguntas se interrumpen. Los hombres salen, ingresan rápidamente en los automóviles para resguardarse del frío y de la lluvia, y desaparecen calle abajo. Esperas un posible retorno de González. Nada... Media hora más tarde prendes el carro y te largas en medio de la lluvia en busca de una taza de café, un cigarrillo y el calor de tu manta militar.

A la mañana siguiente llegas temprano a la oficina y preguntas por González. La secretaria, sin responder a tu pregunta, te informa que el jefe está esperándote. Abres la puerta y te anuncias con prudencia.

—Siga... Siga y siéntese, por favor —te dice con seriedad.

Obedeces. El hombre deja el estilógrafo con el que ha estado firmando unos papeles, ordena dos o tres cosas en el escritorio, se recuesta en su asiento con aire de superioridad y te mira fijamente.

—Mire, Leonardo, voy a hablarle no como Superior suyo, sino como amigo —recuerdas de inmediato la conversación de anoche y te preparas para lo peor—. Lamento anunciarle que está suspendido de la Institución. Son órdenes que vienen de arriba y yo tengo que cumplirlas. Usted conoce el procedimiento... ¿La causa? Ellos alegan que ya van siete víctimas y no hay resultados. No hay capturas importantes, no hay sospechosos, no hay operativos, no tenemos nada que mostrar a los medios de comunicación, a la ciudadanía y al gobierno, que cada día nos presiona más. Otra cosa: la historia ésa de la secta y las pugnas religiosas ha desbordado la copa. Usted debe comprender, eso suena muy disparatado, es una historia traída de los cabellos, un informe inverosímil. Además, ¿qué pruebas hay para creer eso? Ninguna, hombre.

El tono es amigable, paternal, inteligentemente estudiado. Tú no dices nada, no respondes. Sabes que cualquier intento de defensa es inútil. Las órdenes ya han sido emitidas. Estás fuera del caso.

—Aquí hay un cheque más una generosa indemnización. Le recomiendo un descanso, tómese un tiempo y cambie de oficio. Esta investigación lo ha trastornado. Usted es un tipo valioso, puede estudiar y ejercer una buena profesión. Si necesita recomendaciones, tengo órdenes de dar las mejores referencias sobre usted. Aquí está la renuncia. Fírmela, por favor.

Firmas sin decir nada. Coges el cheque y te levantas para salir de allí cuanto antes.

—Una última cosa. No intente reanudar su contacto con González. Ha sido trasladado y por la importancia de la investigación que dirigirá tiene órdenes de guardar un absoluto aislamiento con la Institución o con alguno de sus miembros. Sé que ayer se dispersaron durante una vigilancia. Así fue mejor. No se preocupe por él.

Sales. Caminas al azar, sin saber muy bien qué hacer, con quién conversar, qué pensar. Llegas a San Victorino sin proponértelo conscientemente. Te pierdes por los pasillos, deambulas con las manos entre los bolsillos del pantalón hasta llegar a la sección de carnes. El olor de la carne de res y de cerdo te recuerda inevitablemente el olor que sentiste al entrar en la habitación donde El Apóstol había acuchillado a El Astrólogo, luego de que éste había a su vez apuñalado al travestí: un olor a sangre, a vísceras abiertas, a flujos y líquidos en descomposición. En el aire avinagrado ves la cantidad de moscas pendientes de los hígados sobre las mesas, las cabezas de marrano, las patas de res colgando de los ganchos, los charcos de sangre y de fragmentos de intestinos abultados en el piso. Desde el fondo de las casetas hombres gruesos y rechonchos con los delantales manchados de rojo intenso y los cuchillos en el aire te sonríen y te invitan a detenerte para que contemples a tu gusto los fragmentos de los cuerpos animales expuestos. Sigues derecho y llegas a la sección de carne de pescado. El olor se hace más penetrante y te recuerda el de los cuartos miserables de los burdeles de la Calle Dieciocho: el olor a sudor y sexo rancio acumulado en las sábanas sucias donde decenas de cuerpos anónimos han disfrutado fugaces instantes de placer. En ese olor, piensas, se confunden la repugnancia y la voluptuosidad, las ganas de vomitar y la excitación sexual. Continúas hasta llegar al fondo, donde te esperan las aves listas para el sacrificio, con las patas amarradas, vivas e impotentes para escapar. Esa imagen de pollos, patos y gallinas agitando las alas para arrastrarse por el piso te deprime y te obliga a recapacitar sobre tu propia degradación. Te pareces a esos animales indefensos que se contorsionan con el pico abierto y la mirada nerviosa por el piso de cemento. Te sientes igual: impotente, esperando el instante en que una mano desconocida aparezca de las sombras para

quebrarte el cuello. Sientes mareo y te comienza a doler la cabeza. Sales del mercado y caminas unas cuadras hasta llegar a tu departamento. Ingieres dos pastillas para dormir y te recuestas con la manta sobre tus piernas.

Despiertas, entreabres los ojos y te das cuenta de que ya es de noche. Te quedas así un rato, en posición fetal, llegando a la vigilia poco a poco. Después te sientas, te frotas los ojos y miras el reloj: las doce y media. Prendes el radio que está sobre la mesa de noche y sintonizas el programa del negro Urrutia. Lo escuchas con los ojos cerrados y la mente atontada aún por el efecto de las pastillas.

*...y la gente que trabajaba en el hospital seguramente estaba involucrada en esta operación tan monstruosa.*

*—¿Puso usted las demandas correspondientes?*

*—Sí señor, claro.*

*—Es increíble. Vamos con otro testimonio. Sí, ¿aló?*

*—Buenas noches, señor Urrutia.*

*—Buenas. Cuéntenos su caso, adelante.*

*—Mi nombre no importa. Tengo cincuenta y cinco años. Hace dos años fui al Seguro Social por un problema de unos cálculos en los riñones. Estaba sufriendo de dolores insoportables que me impedían caminar. El médico me dio cita y me dijo unos días después que tenía que operarme. Todo fue tan rápido... En resumidas cuentas, sin una justificación médica, me sacaron un riñón y seguramente lo vendieron ahí en el mismo hospital.*

*—¿Y demandó usted?*

*—Sí señor. También fui a Sisori y expuse mi caso.*

*—Discúlpeme, ¿qué es Sisori?*

*—«Sociedad de Individuos con un Solo Riñón». La mayoría de estas personas han sido robadas y estafadas por médicos y enfermeras inescrupulosos que conforman esta grotesca y espantosa organización.*

*—Increíble. Gracias por su testimonio. Estamos esta noche en «La hora del misterio» investigando una realidad asombrosa: la conformación de mafias y bandas secretas dedicadas al tráfico y venta de órganos humanos. Si usted ha sido víctima de estos carniceros, de estos comerciantes de lo humano, llámenos y cuéntenos. Tal vez impida que a otro ser le suceda lo mismo. Tenemos otra llamada, ¿aló?*

*—Si, buenas...*

*—Cuéntenos su caso, por favor.*

*—Yo también, como las personas anteriores, prefiero no dar mi nombre. Es por seguridad, para impedir amenazas y cosas así. Hace cuatro años tuve que ir de urgencia al hospital por una apendicitis. Cuando desperté de la operación estaba ciego. No sólo me sacaron la apéndice, sino las dos córneas y un testículo.*

*—¿Un testículo?*

*—Imagínese... El izquierdo.*

—Caray, cuánto lo siento. Gracias por llamar. Otra llamada, ¿aló?

—Buenas noches, señor Urrutia.

—Buenas noches. La escucha la audiencia nocturna de «La hora del misterio».

—Mi historia es todavía peor que las anteriores. Tengo diecinueve años. Hace dos años cogí un taxi. Eran como las diez de la noche. Yo trabajaba de día y validaba el bachillerato nocturno. El conductor comenzó a fumar y me sentí mareada, con ganas de vomitar. Era escopolamina.

—Popularmente llamada «burundanga».

—Sí señor. Perdí el conocimiento. Dos días después amanecí en los potreros de la Calle Veintiséis, cerca al Aeropuerto. Me dolía la espalda terriblemente. Estaba atontada y sin memoria. Para resumirle: cuando me drogaron me llevaron a un lugar secreto, me operaron y me sacaron un riñón. Y se aprovecharon de mi estado y me violaron.

—O sea que le robaron un riñón y, de paso, le robaron también su virginidad.

—No señor. Sólo el riñón. Yo no era virgen.

—Ah, menos mal. De todos modos gracias por confiar en nosotros y contarnos su historia... Queridos oyentes, ustedes mismos lo han oído. En Bogotá ya no se puede salir a la calle. El nivel de inseguridad es tan grande que a uno ya no le roban el dinero o el reloj, sino lo operan en cualquier potrero para robarle un ojo o un riñón. Vamos con un poco de alegría en medio de este infierno. Esto es de los hermanos Zuleta, y dice así...

Das la vuelta en la cama y vuelves a dormirte.

En la mañana te levantas con dolor de cabeza de tanto dormir. Tomas una ducha fría para despabilarte y bebes a grandes sorbos una taza llena de café oscuro.

Vas al banco temprano a cobrar el cheque que te han dado. Has tomado una decisión: no quieres ese dinero contigo. Te sentirías vendido. Piensas en el rostro de María Ortega, la quinta víctima, con los labios protuberantes y el cabello ensortijado, y te dices que no quieres sentirte unido a los miserables que la mataron. La situación es difícil, cierto, estás en una encrucijada, pero aún te queda un poco de decencia. Sin embargo, no les dejarás tampoco ese dinero.

Tienes que esperar dos horas y media en el banco. La suma es muy alta y el gerente hace llamadas telefónicas, comprueba aquí y allá, da órdenes a los cajeros, revisa tu documentación y al fin te entrega la suma en efectivo. Metes los fajos de los billetes en los bolsillos de tu chaqueta, en la camisa y en los bolsillos del pantalón. El dinero restante lo llevas en un sobre bajo el brazo. El gerente te mira con los ojos abiertos, nervioso y angustiado.

Bajas por una de las calles cercanas a San Victorino sintiendo el peso de los billetes a ambos lados de tu cuerpo. Los ladronzuelos del sector te miran y se hacen a

un lado. Tu reputación de policía te protege contra un posible atraco. Te sonríes. Si los tipos supieran que llevas semejante suma de dinero contigo, que ya no eres policía y que ni tienes siquiera autorización para portar armas... Antes de salir de tu oficina tuviste que dejar tu pistola y el salvoconducto especial que te acompañó durante los últimos años.

Llegas donde Zelia y le cuentas lo sucedido sin ocultarle ni el más mínimo detalle. La vieja te sirve un trago y te escucha asintiendo a cada afirmación tuya, como diciendo «sí, no me asombra, yo te lo advertí». Para rematar la escena te abres la chaqueta, te pones de pie y colocas el dinero sobre la mesa.

—No me digas nada. Es tuyo y punto. Úsalo como quieras.

—¿Y tú, Leo?

—No sé. Voy a tomarme unos días. Necesito pensar.

—Si en algo te puedo servir...

—Lo sé, gracias.

Le das un beso en la mejilla y sales a la calle. No bien cruzas la esquina una camioneta frena justo a tu lado. Tres gigantes fornidos se abalanzan rápidamente sobre ti. Golpeas al azar, sin alcanzar a tomar posición, pero es imposible controlar la embestida. Te inmovilizan los brazos atrás con fuerza y te introducen en la camioneta. Te sujetan las muñecas y los tobillos con esposas y te dejan en el piso boca abajo. No ves nada. Sólo sientes el rodar de las llantas de la camioneta.

Algo te inquieta y te disgusta: no haber alcanzado a responder el golpe, no haber tenido tiempo de actuar. Piensas que si llega a presentarse una segunda oportunidad, si llegas a salir con vida de esta trampa, no te esconderás ni huirás como un animal perseguido. No es ése tu estilo. Atacarás, intentarás destruir esta organización, aunque en ello tengas que dejar el pellejo. Cierras la boca con fuerza, apretando las mandíbulas hasta hacerlas crujir, y procuras acostumbrarte a la impotencia.

Y ahora tu historia me conmueve, me siento golpeado muy adentro, en lo más íntimo de la escritura. Pero es aquí cuando debo abandonarte. Mi vínculo contigo ha concluido.

# Capítulo Tercero

## EL MANICOMIO

Ahora vienes a dar conmigo, hermano, hecho una mierda, jodido, y me toca a mí contar esta parte de tu historia. Yo, que no tengo pretensiones de artista ni escritor, que no soy más que un hombrecito desocupado con un destino miserable. Pero me esforzaré, hermano, haré lo mejor que pueda para que el lector sienta la presencia de tu desgracia.

Llegas a un manicomio en las afueras de la ciudad y te encierran en una celda con una pequeña ventana que te permite divisar a lo lejos el cielo y las montañas. Una vez al día te bajan a un salón subterráneo y te someten a sesiones de electrochoques. Te inyectan también, cada mañana, un líquido amarillo que desconoces. Comienzas a perder memoria, no sabes qué día es, dónde estás, cuánto tiempo llevas en ese lugar. Te dejan suelto con los demás enfermos en el patio y te pasas las horas por ahí, de un lado para el otro, recostado contra un muro tomando sol o acurrucado en un rincón mirando el vacío. Tenaz, hermano. La figura que comienzas a coger da miedo. El pelo largo y despeinado, la barba sin afeitar, la mirada alucinada y los gestos animales que te acompañan indican el largo viaje en el que te encuentras. Sólo comes una vez al día. Estás flaco y continuamente cansado. Así pasa el tiempo. Ya no son necesarios ni los electrochoques ni el líquido amarillo. Nadie se preocupa por ti. Te dejan suelto en el día, caminando por el patio en busca de los rayos del sol.

Eso desde afuera, hermano, porque desde adentro la cosa es más jodida. Al principio veías escenas de tu infancia: la calle donde te la pasabas jugando con los vecinos, tu pupitre en el colegio, las galletas que preparaba la abuela los domingos, el aburrimiento en la clase de matemáticas de la señorita Córdoba en cuarto de primaria, en fin, cosas así que te iban llegando como bombardeos, como si estuvieras contemplando un álbum de tu infancia y tuvieras la oportunidad de adentrarte en cada una de las fotografías. Luego pasaste a un recuerdo de tus quince años en el que te



demoraste días enteros, atrapado en él como si no pudieras salir de esa película que era tu vida misma.

Tenías quince años y te habías citado con Álvarez, tu mejor amigo del colegio, para ir a una calle de putas y divertirse un rato. Ninguno de los dos había ido nunca. Álvarez llegó puntual a la cita. Se había puesto un saco de su padre que lo hacía ver mayor. Contaron el dinero que habían ahorrado con tanto esfuerzo. Cogieron el bus haciéndose chistes mutuamente y soñando cada uno por su cuenta la hembra que dentro de poco tendría entre sus brazos. Chévere, me gusta verte en ese recuerdo, a medio camino entre la adolescencia y la primera juventud, al lado de Álvarez, que era un amigo de esos que sólo se tienen en esa edad. Siempre he sentido un gran respeto por la camaradería juvenil, por esa especie de hermandad que se forma entre los cachorros de una manada. Es una edad bacana, en la que ya está en juego todo lo que será la edad adulta. Y tú y Álvarez parecen intuirlo, porque en medio de las risas y los empujones se quedan por segundos serios, contemplativos, como si supieran sin saberlo que están en un momento crucial de la vida.

Se bajan en la esquina de la Calle Sexta y entran al putiadero más vistoso, con carteles luminosos en la fachada. Se sientan a la barra y piden media botella de brandy, serios, montándola de duros. Las hembras pasan a su lado en vestido de baño, en ropa interior o minifaldas o vestiditos ajustados. Tetas y culos a un metro de distancia, al alcance de la mano. Qué felicidad, hermano. Uno con quince años ahí, con la verga parada, comiéndoselas a todas mentalmente. Ahora tú, Leo, comprendes la expresión «del putas», claro, que significa estar en el paraíso. Porque es una expresión adolescente y para un adolescente el paraíso es un putiadero.

Las hembras se ríen y les coquetean cuando pasan. Álvarez le pone el ojo a una sardina monita, con cara de niña buena y bondadosa. Le ofrece un trago, charlan y se ríen, y de un momento a otro lo coge de la mano y lo lleva a la pista a bailar con ella. Álvarez no puede quitarse de la boca una sonrisa de plenitud, sabe que el lunes llegará al colegio y tendrá a los del equipo de fútbol muertos de la envidia escuchándolo. Tú, mientras tanto, miras a las parejas bailar, un poco ido, englobado, sin saber muy bien qué hacer. La voz que te llega desde atrás te coge desprevenido y con la guardia abajo.

—¿Me invitas un trago?

Ojos negros, boca carnosa, diecisiete o dieciocho años, acento de la Costa Atlántica. Te parece mentira que te esté hablando a ti.

—Sí, claro...

—¿Cómo te llamas?

—Leonardo... ¿Y tú?

—Yuly.

—¿De dónde eres?

—De La Guajira.

—Se te nota.

—¿Por qué?

—No sé, la forma de hablar, el físico.

—¿El físico?

—Sí, el color de tu piel, los ojos...

—¿Tú eres de aquí?

—Sí, de Bogotá.

—Cachaco.

—Qué vaina...

—¿Estás estudiando?

—Estoy en quinto bachillerato. Termino el próximo año —mientes con frescura, creyéndote tú mismo lo que dices.

—Yo sólo hice hasta tercero.

Yuly se voltea y su cabellera produce un giro inquietante y vistoso. Las candongas grandes y plateadas la hacen ver aún más hermosa. Sigue conversando contigo tranquila y descomplicada, como si fueran viejos amigos.

—¿Tienes novia?

—¿Yo?... No.

—¿Tenías?

—Terminamos.

—¿Y eso?

—La familia de ella se mudó para Medellín y tuvo que irse con ellos.

Las mentiras te fluyen con una naturalidad que no habías experimentado. Inventas una vida a cada segundo, sobre la marcha, sin saber por qué.

—Tú, ¿tienes novio?

—Cómo se te ocurre... Con este trabajo...

—No le veo nada de malo.

—Eso dices... No tendrías una novia aquí.

—Según...

—Según qué...

—Si nos quisiéramos mucho...

—Si la quisieras no le permitirías acostarse con otros por dinero.

—Cambiemos de tema.

—¿Por qué?

—No tiene sentido que hablemos así. Nos amargamos el rato.

¿Quieres bailar?

—Bueno, vamos.

Yuly se te pega al cuerpo lentamente, como acoplándose, como haciéndose una parte de ti. Recuesta su cabeza en tu hombro y sientes su melena abundante acariciándote la mejilla. Te concentras en mantener el ritmo de tus pies. Te preocupa que ella se dé cuenta de que no eres diestro en esto del baile. La pieza se termina. La coges de la mano y regresas a la barra. Álvarez no deja de sonreír abrazado a la hembrita que lo acompaña y te pregunta con el rostro radiante.

—Entonces qué, Leíto, ¿nos hacemos los cuatro en una mesa?

—Listo —respondes con seguridad.

Piden una botella de brandy y el mesero los ubica en un rincón, cerca a la pista de baile. Te separas de la mesa para poder hablar con Yuly sin que los demás escuchen.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Cinco meses.

—¿Te va bien?

—Pues ahí.

—¿Vives sola?

—Compartimos un apartamento en Kennedy con otras dos compañeras. Qué es esto, ¿un interrogatorio?

—Curiosidad... ¿De qué más habla uno en este lugar?

—Pues de nosotros... ¿Cómo te caigo?

—Tú sabes...

—No, no sé.

—Me gustas mucho. Eres dulce, me recuerdas a mi mejor amiga en el colegio.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Y no quieres entrar conmigo?

La pregunta que temías aparece por fin. Sabes que no eres capaz de confesarle tu

virginidad: la vergüenza te impediría actuar con decisión. Pero por otro lado Yuly te excita como nadie hasta ahora lo había hecho. Su sonrisa, su mirada coqueta, su acento costeño que parece una caricia te embriagan y te producen pensamientos lujuriosos, escenas sexuales que cruzan tu cabeza como fotografías salidas de una revista pornográfica barata. Decides lanzarte al abismo y dejarte iniciar por esta mujercita que te mira sin dejar de sonreír.

—¿Cuánto cobras?

—Dos mil y la pieza.

—¿Cuánto es la pieza?

—Trescientos pesos.

Te quedan tres mil pesos. Justo.

—Listo. Entremos.

Ella te coge de la mano y te conduce al fondo, donde están las habitaciones. Cierra la puerta —después de haber hablado con una portera que le entrega un condón y medio rollo de papel higiénico—, te da un beso en la boca y comienza a desvestirse. Te desvistes tú también y le acaricias las tetas grandes y paradas, el sexo peludo y voluminoso, el culo grande y protuberante. No te la habías imaginado así de buena, tan hembra, tan mujer. Ella te quita los calzoncillos y te coloca el condón. Se recuesta, te abre las piernas y separa los brazos esperando que te inclines sobre su cuerpo. Así lo haces y ella misma te coge y te ayuda a meterlo con suavidad. Le agradeces en silencio esa ayuda y te mueves con lentitud mientras la besas y le dices, palabras cariñosas al oído. Estás feliz, hermano. Es tu primera vez. Te sientes al fin un hombre completo.

De pronto Yuly te abraza más fuerte, te agarra del pelo con las manos temblorosas y estalla en un llanto ahogado. Detienes el movimiento de tus caderas y ya vas a retirarte cuando ella te dice:

—No, no lo saques.

—¿Qué te pasa?

—Hacía tiempo que nadie me trataba con tanta ternura. Siento que me estoy enamorando de ti... Ven, amor, síguelo haciendo...

Yuly mueve sus caderas rítmicamente y tú sientes en el fondo de tu cuerpo esa cadencia amorosa, como sí las olas del mar llegaran hasta ciertas orillas de tu carne y volvieran a regresarse. No puedes contenerte más tiempo y te derramas abrazándote al cuerpo de Yuly con potencia, con ganas, disfrutando las oleadas de placer que te

recorren la espalda.

Esperas unos minutos con tu cara rozando la cara de Yuly, te levantas, te quitas el condón y lo arrojas en el pequeño bote de basura del baño. Te lavas la cara y regresas al lado de ella. Yuly comienza a hablar en voz baja mientras te acaricia las piernas con delicadeza.

—No sé qué me pasó... Me siento tan sola y deprimida en esta ciudad. A veces se me ocurre lanzarme debajo de un bus o algo así. Tú no sabes lo que es estar en este agujero.

—Me imagino.

—No, no te imaginas. No puedes. Cada noche lo mismo: el ruido, el trago, los hombres encima tuyo como bestias, el maltrato, el desprecio... Empiezas a sentirte sucia, te bañas varias veces al día, lloras cuando ves una muchacha sana por ahí con su novio... Para qué te aburro...

—No seas tonta, cuéntame...

—Para qué...

—Me gusta que te desahogues conmigo.

—Después te largas como todos, vuelves a tu vida decente, te olvidas y ya está.

—No seas tan dura.

—Yo soy una cosa pasajera en tu vida. Una diversión y un motivo de vergüenza...

—No seas así.

—¿Quieres que me encariñe contigo, que te tenga confianza y que sueñe con tus besos?... ¿Para qué?... Para después quedar tirada con una desilusión más en la vida. No, prefiero quedarme así como estoy.

—Lo siento... Mejor me voy...

Te vistes en silencio, triste por la atmósfera que se respira en la habitación, pero feliz también por haber logrado tu primera experiencia sexual. Esas dos impresiones contrarias te desconciertan y no sabes cómo manejarlas. Terminas de vestirte y te volteas para despedirte. Y es ahí cuando ves la escena que te destroza, que nunca podrás olvidar. Yuly se ha acercado a la única ventana que tiene la alcoba y, de pie, desnuda, con el rostro pegado al vidrio y los brazos abiertos, como recién crucificada, gime y se ahoga en pequeños ataques de llanto. Te quedas quieto, hermano, paralizado, marcado a tus quince años por esta escena de dolor humano que siempre llevarás dentro de ti como una marca, como un tatuaje imborrable de la miseria humana.

Es en este recuerdo que te quedas atrapado días enteros, revisándolo, buscando en él algo que se te debió pasar y que seguramente determinó muchas de las acciones de tu vida. Una y otra vez vuelves a él y sientes en esa imagen de Yuly (atravesada por la luz nocturna de la ciudad) el abandono, la orfandad, la profunda incomunicación de esta mujercita que se putea para sobrevivir. Duro, hermano. Has sido iniciado no sólo en la sexualidad, sino en la crueldad de la vida que insiste en golpear a aquellos que ya, de hecho, nacen pisoteados y descuartizados.

Continúas desplazándote por tu pasado sin reconocer tu presente. No sabes que estás en un manicomio y no sabes ni el día ni el año. Sólo viajas y Viajas hacia atrás.

El siguiente recuerdo en el que te detienes es una cita con Irma, la primera mujer de la que te enamoraste. Te encuentras con ella en la Plaza de Bolívar y caminan juntos cogidos de la mano hasta una cafetería donde suelen reunirse. Irma va alegre, se nota contenta y entusiasta. Piden ambos un café y una tajada de pastel. Ella inicia la conversación.

—Leo, necesito hablar en serio contigo.

—Cómo así...

—Pues mira, yo he pensado mucho y nosotros ya nos conocemos bastante. Es hora de definir nuestra situación, ¿no te parece?

—¿Me estás hablando de casarnos?

—No necesariamente. Podemos irnos a vivir juntos y vamos probando.

En ese instante la actitud de Irma te cabrea, te inunda por dentro de rabia e indignación. Sientes que te están amarrando, que te colocan alrededor cercas y muros para impedir tu escapada. Te comprendo, hermano. Todas son iguales: administran su vagina como un negocio que tarde o temprano les dará la seguridad soñada, la estabilidad económica y una imagen social provechosa. Las hembritas, viejo, que te convierten en un certificado de depósito a término fijo, con intereses incluidos. Pero bueno, aquí no importa lo que piense un anónimo desempleado callejero como yo, sino lo que te pasa a ti. Te quedas callado, mirando el mostrador de la cafetería.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—¿Estás de mal genio?

—No. No es eso...

—¿Entonces?

—Nada, estoy pensando...

—¿Pensando qué?

—En lo que me acabas de decir.

—¿Y?

—No sé... No es una decisión fácil.

—¿Tienes dudas sobre mí?

—No es eso, Irma.

—Carajo, ¿entonces qué es?

Y ahí lo decides. Listo, a la mierda, que se joda, que se vaya con su cuento de ama de casa para otra parte. Es cierto que la has querido con sinceridad, pero ahora, de un momento a otro, ya no sientes nada, ni siquiera compasión. Sólo quieres que se marche y que te deje en paz.

—Leo, mírame a la cara. ¿Qué diablos te pasa?

—Tengo otra mujer.

—¿Qué?

—La conocí hace poco. Hemos salido un par de veces y me siento bien con ella.

—¿Por qué no me habías dicho?

—Iba a hacerlo en estos días.

—¿Te acostaste con ella?

—No importa.

—A mí sí me importa... Contéstame.

—No... Casi...

—¿La quieres?

—Siento por ella... Sí.

—No hay más que hablar. No me vuelvas a llamar ni me busques. No quiero saber nada de ti.

Irma sale a la calle y la ves irse por el andén oriental de la Carrera Séptima. No te afecta haber mentido ni la partida de Irma así, ofendida y avergonzada. Es otra cosa lo que sientes por dentro: una señal, un aviso, la intuición de que estás hecho para vivir solo. Te has reconocido como un hombre que disfruta y goza el estar solo. Hay personas que están diseñadas para vivir en pareja. Muy bien, que lo hagan. Pero tú, por ejemplo, acabas de descubrir que te gusta la compañía sólo cuando es ocasional, cuando la alternas con tus ratos de exilio y lejanía. La conversación obligatoria cada día y la presencia constante de otro ser no las soportarías. La sola idea te repugna.

Finalmente te quedas suspendido en varios recuerdos mezclados de tu relación

con Isabel. La primera noche que te acostaste con ella, la tarde que lloró en tu hombro la muerte de su madre, el día en que abortó de común acuerdo contigo en un consultorio frío e impersonal de Chapinero, la madrugada en que viste amanecer sobre los cerros de Bogotá abrazado a su cuerpo y le explicaste que te gustaba vivir solo, que nunca te casarías, y ella te respondió: «No importa, vivimos en sitios separados». Cómo la quisiste entonces, qué deseos los que tuviste de agradecerle esa comprensión, ese respeto, esa ausencia de recriminaciones. Y ahora la ves despidiéndose de ti en el aeropuerto y sientes caer por tus mejillas sus lágrimas, y vuelven a confundirse otra vez tus recuerdos de ella como si fueran películas diversas proyectadas en una misma pantalla.

Después de los recuerdos entremezclados de Isabel te quedas en un limbo que se va prolongando indefinidamente. Estás amnésico, hermano, eres cualquiera, la nada te está ganando la batalla. Duermes en la celda asignada, comes una vez al día como un autómatas, sin saborear, sin reconocer los alimentos, y tu único aseo es la ducha semanal con desinfectante ordenada por la administración del manicomio. Eres otro. Si tuvieras la oportunidad de verte en un espejo y compararte con tu imagen anterior, no te reconocerías. El pelo largo y sucio, las ojeras profundas, las arrugas ligeras que surcan tu rostro producto de una inanición implacable, la larga barba en desorden y los dientes carcomidos y amarillos te convierten en la acostumbrada imagen de un demente ciudadano. Los feos te mandaron al otro lado de la línea, viejo, y de allí no es fácil el retorno.

Una noche te sacan de la celda, te cambian de ropa, te introducen en la misma camioneta en que llegaste y dos horas más tarde te dejan tirado en el Parque de los Periodistas, en la parte alta del centro de la ciudad, muy cerca de las montañas. Al principio te quedas sentado en un banco como un maniquí en una vitrina nocturna, mirando a los transeúntes pasar. Pero el frío te obliga a moverte. Caminas hacia el sur, introduciéndote en el antiguo barrio colonial de La Candelaria con las manos en las axilas para protegerlas del aire húmedo y helado. En una pequeña plazoleta tropiezas con cuatro jóvenes reunidos alrededor de una grabadora. Te hacen gestos de que te acerques. Lo haces y, sin decirte nada, te pasan un cigarrillo. Fumas reconociendo allá en el fondo, en una memoria somática inconsciente, el placer de esa acción. Con una diferencia, viejo. Lo que te acaban de dar no es tabaco, sino bareta, un barillo de esperancita laverde, pura *cannabis* punto rojo cultivada en la Sierra Nevada de Santa Marta. Qué envidia. La plaza de pronto adquiere una tonalidad impresionante, matices



de diversos colores van y vienen por entre las formas arquitectónicas y conforman figuras fantasmagóricas. La música de la grabadora entra en tu cuerpo y viaja por tus venas iluminándolas como si fueran tubos de neón. Es una lástima que no tengas ni idea de qué es lo que estás escuchando. Se trata de la reina, hermano: Janis Joplin cantando *Piece of my heart*. No puedes evitarlo y te recuestas en la pared buscando un punto de apoyo para no caer. Si estos mancitos supieran que están torciendo un tira que ahora tiene un tornillo suelto se cagarían de la risa, se sentirían en una película de bajo presupuesto. Pero no, les importa un culo quién eres y siguen en su traba frescos, como si nada. Viene una pausa eterna, un silencio que se desparrama en el aire y en seguida se escucha las primeras notas de *Summertime*. La voz de la reina entra como un himno traído de otro mundo, como una caricia, como una invocación mágica, como un amuleto que nos protegerá en medio del desastre, como lluvia, como fuego, como un pájaro suspendido en la mitad de su vuelo, como un idioma irreconocible, como palabras milagrosas, como conjuros, como una lengua sagrada, como puro verbo esencial en su más casto origen. Me emociona este momento de tu historia. Tú en una esquina de la ciudad antigua, hecho pedazos, trabado y con frío consolándote con una canción que desconoces.

Caen las primeras gotas de un fuerte aguacero. Los cuatro drogos cogen su grabadora y te dejan solo en la plaza.

Este es también el momento de mi partida. Hasta luego, viejo, que los dioses se apiaden de ti y se acuerden de tu miseria, porque sólo ellos podrán rescatarte de los infiernos de esta ciudad que se complace en llevarnos por el camino del desperdicio, la penuria y la desdicha.

# Capítulo Cuarto

LA ZONA

La noche de su liberación del manicomio, trastornado y bajo los efectos de una pequeña dosis de marihuana, Sinisterra bajó del barrio La Candelaria hacia la Plaza de Bolívar, por el céntrico sector colonial de Bogotá. Hacía frío y llovía sobre el centro de la ciudad. Las luces amarillas de las viejas casonas se reflejaban en los charcos de agua de las estrechas calles, produciendo una atmósfera extraña y fantasmal. Melenudo, barbado y cabizbajo, Sinisterra caminaba sin saber adonde se dirigía ni por qué, más por la necesidad animal de calentar el cuerpo para soportar los rigores del clima que con el propósito concreto de llegar a algún lugar. Así cruzó la Plaza de Bolívar y bajó por la Calle Once hasta la zona comercial de la Carrera Décima. El olor a comida lo hizo acercarse a una lonchería y comenzó a salivar frente a una mujer que asaba hamburguesas y chorizos detrás de un cristal que la protegía de la calle. Como un perro hambriento Sinisterra ingresó al local y se abalanzó sobre las carnes y los panes colocados en el mostrador. No alcanzó a engullir completa la primera hamburguesa cuando un fuerte golpe en la nuca le hizo perder el conocimiento.

Despertó en la calle, en el andén, con un punzante dolor de cabeza. Un hombrecillo calvo y rechoncho, armado con un garrote, vociferaba insultos desde el interior de la cafetería. Al principio el dolor de cabeza le impidió levantarse. Luego de unos minutos, poco a poco, logró incorporarse y apoyar una mano en la pared para sostenerse. Entonces un hombre que lo observaba fijamente se acercó y le habló con amabilidad.

—Déjeme ayudarlo.

Lo cogió del brazo y lo condujo despacio hasta una pequeña tienda que quedaba volteando la esquina, sobre la Carrera Décima.

—Siéntese aquí y espéreme.

El hombre saludó a la dueña y habló unos instantes con ella señalando a

Sinisterra. La mujer asintió y puso sobre un plato unas rodajas de salchichón, pan, papas fritas y una gaseosa. El hombre puso el plato frente a Sinisterra.

—Vamos hombre, coma algo.

Sinisterra tragó atropelladamente sin levantar la cabeza del plato. El hombre volvió a dirigirse a la mujer y regresó a la mesa con una botella de aguardiente.

—Hace frío, un trago no nos viene mal.

Bebió de un sorbo la copa de aguardiente y la llenó de nuevo sin mirar a Sinisterra, quien continuaba concentrado en el plato de comida.

—¿Sabe una cosa?, usted y yo nos parecemos en algo.

—...

—Yo también estoy solo, abandonado, sin familia.

—...

—Por eso cuando lo vi ahí, en el piso, recién golpeado, sentí que yo era usted.

—...

—¿Comprende lo que le digo?

—...

—Yo sé que usted me entiende aunque no me pueda responder.

—...

—Yo era usted, yo estaba allá, al otro lado, y necesitaba ayuda.

—...

—Lo que hice fue darme una mano a mí mismo.

—...

—Me he recogido y me he brindado un plato de comida.

—...

Sinisterra terminó de comer y se quedó inmóvil mirando la mesa. Ocasionalmente levantaba los ojos, observaba al hombre cara a cara y bajaba de nuevo la cabeza. El hombre, por su parte, llenaba las dos copas, bebía de la suya y luego de la que correspondía a Sinisterra, y volvía a servir.

—Por fin tengo la posibilidad de ayudarme.

—...

—Me encontré y no me pienso abandonar.

—...

—Muchas veces he presentido este encuentro. Regreso a mi casa y, de pronto, intuyo que estoy cerca, por ahí arrojado en un rincón, y que necesito ayuda.

—...

—Pero no doy conmigo. Busco y busco por las calles cercanas pero ninguno de los vagabundos con los que tropiezo soy yo.

—...

—Hoy fue distinto.

—...

—No me estaba buscando. Sólo lo vi a los ojos y me reconocí en su mirada. Supe enseguida que era yo.

—...

—Es la primera vez que el encuentro sucede conmigo de este lado.

—...

—Sí, amigo, como lo oye. Ya nos hemos encontrado antes, pero usted acá y yo allá, del otro lado, alucinado, atrapado en La Zona.

El hombre seguía sirviendo y bebiendo en las dos copas. La botella había sido consumida hasta la mitad. Sinisterra miró la calle y su mirada se perdió en los pequeños juegos de luces del agua estancada en el pavimento.

—De ese lado se sufre más, lo sé.

—...

—Uno intenta salir y no puede.

—...

—La Zona es poderosa e intensa. Irresistible e impredecible.

—...

—La primera vez que entré demoré una semana en salir. Me encontraron unos vecinos debajo de un puente, cerca a mi casa.

—...

—Fue horrible, amigo. Uno piensa al principio que lo más difícil es soportar la alucinación y el desconcierto, la incapacidad de llegar a la realidad. No. Lo más difícil es volver, aguantar, seguir viviendo después como si nada.

—...

—Lo peor es que uno entra sin darse cuenta, al voltear una esquina o al mirarse en el espejo en la mañana.

—...

—La Zona está en cualquier parte, ronda la ciudad sin que lo sepamos.

—...

—Es inquietante, amigo.

Sinisterra levantó los ojos y miró el pedazo de cielo que se alcanzaba a divisar desde su asiento. Había cesado de llover. Sólo se escuchaba el tráfico trepidante de la Carrera Décima.

—La Zona nos domina, nos arrastra...

—...

—Si ya hemos entrado en ella, estamos perdidos... No somos dueños de nosotros mismos...

—...

—Muchos no pueden salir y permanecen allí el resto de sus vidas.

—...

—Uno queda atrapado y cuesta trabajo regresar.

El hombre sirvió las últimas dos copas. Su voz se oía ahora gangosa y distante, y sus ojos, inyectados en sangre, se movían torpemente de un lado a otro.

—La segunda vez que entré fue peor.

—...

—Iba caminando por la calle, en una noche como ésta, cuando el mareo me...

La mujer de la tienda se acercó a la mesa, recogió el plato y la botella de gaseosa, miró a contraluz la botella de aguardiente, la recogió también con las dos copas, y por último depositó un papel sobre la mesa con una cifra garabateada a lápiz.

—La cuenta. Voy a cerrar.

—No me haga esto...

—Lo siento, tengo que cerrar.

—Cómo así...

—Ya es hora.

—No joda...

El hombre sacó la billetera a regañadientes, esculcó entre unos pocos billetes, eligió dos de ellos y los depositó sobre el pedazo de papel.

—Gracias.

Hubo un silencio largo. La mujer se fue hacia el mostrador.

El hombre miró a Sinisterra a los ojos y alcanzó a susurrar:

—Y vi el fin de la ciudad, amigo, una especie de cataclismo que derrumbaba edificaciones y abría zanjas enormes en las avenidas...

No alcanzó a terminar. Se desplomó sobre la mesa y quedó enterrado en un sueño

profundo.

Sinisterra salió a la calle como un autómatas y comenzó a caminar. El tráfico y la multitud habían disminuido. Vagos, pordioseros, gamines y recicladores de basura empezaban a tomarse las calles y los andenes. Caminó una cuadra y media y se detuvo frente a un cafetín que permanecía abierto. Dos jóvenes, seguramente universitarios por los libros y los cuadernos que estaban sobre sus rodillas, discutían sentados a una mesa que daba a la calle. Estaban tomando cerveza y, de vez en cuando, entre sorbo y sorbo, cogían de una cesta que estaba frente a ellos una arepa, un poco de papas fritas, un pedazo de morcilla. Sinisterra se ubicó cerca, pero en la parte de afuera, en el andén, y se concentró en la comida y en las botellas de cerveza. Seguía hambriento y lo peor era que una sed implacable lo obligaba a menudo a pasarse la lengua por la comisura de los labios.

—Este país va para una revolución, estoy seguro. La gente ya no aguanta más.

—No es tan fácil.

—Los ricos no quieren perder sus privilegios y el pueblo ya no aguanta más. Esto es una olla a presión. En cualquier momento nos estalla en las manos.

—Yo no digo que el país vaya bien, lo que me molesta es el esquema de análisis de la gente que se llama de izquierda.

—No, pues, se me volvió fascista el hombre.

—No sea simplista.

—Uno está de un lado o del otro, no hay más.

—Eso es reduccionismo.

—A ver el intelectual, ¿cómo ve entonces usted la vaina?

—No me pida ahora que le explique mi posición en una frase.

—Hágale, no le dé miedo.

—Mire, la mutación social, sobre todo en las grandes ciudades, ha producido desplazamientos y metamorfosis que ya no se pueden abarcar con los esquemas tradicionales: lucha de clases, rico-pobre, injusticia social... En la política ha ocurrido algo similar. Hace treinta años nuestros padres eran liberales, conservadores o de izquierda. Pero esos nombres, conservador o liberal, son insuficientes para explicar el fenómeno político contemporáneo, donde aparecen movimientos fuertes como los partidos homosexuales, los partidos ecologistas o los partidos religiosos. ¿Sí o no?

—Qué le digo...

—Entonces, desde los esquemas tradicionales, un homosexual ecologista, ¿es

conservador o liberal? Una lesbiana mística, ¿es liberal o de izquierda? Regina 11, la hechicera espiritista con gran respaldo popular que llegó hasta el Senado de la República, ¿es de izquierda o de derecha?

—Eh...

—Las preguntas no se pueden responder porque subrayan es la incapacidad de los esquemas tradicionales para abarcar una nueva realidad.

—No sé...

Sinisterra se recostó contra la pared que tenía cerca y siguió mirando la comida y las cervezas como una bestia a punto de lanzarse sobre su presa.

—Socialmente es igual, los esquemas tradicionales no son suficientes para explicar lo que está sucediendo: empresarios y financistas prósperos que en la noche son travestís y salen en busca de amores efímeros, niños adinerados que suelen amanecerse en los caserones de los cordones de miseria de Bogotá fumando bazuco...

—Pero es que usted ve todo tan raro...

—Entonces, un travesti místico con cuenta en Miami, ¿es un burgués opresor o un proletario oprimido? Un abogado con apartamento en el norte de Bogotá, en el mejor sector, que sin embargo tres días a la semana amanece en los expendios de bazuco del sur de la ciudad, en el peor sector, en medio de sus propios excrementos después de fumar hasta la saciedad papeletas de bazuco, ¿es un arribista despreciable que vive en la riqueza y la comodidad, o un drogadicto miserable víctima del sistema?

—Para serle sincero...

—Ni una cosa ni la otra. Lo que ha ocurrido es que la realidad es móvil, fluctuante, y los esquemas fijos, inmóviles. No podemos hablar de una dinámica desde una estática.

Sinisterra no aguantó más. Se arrojó sobre la mesa, bebió atragantado lo que quedaba en las botellas, tomó la comida que estaba en la cesta y, antes de cualquier reprimenda por parte de los jóvenes o de los dueños del local, emprendió una carrera loca y desordenada por el andén oriental de la Carrera Décima. Llegó hasta la venta de artesanías del Pasaje Rivas, dio media vuelta y se acurrucó al fondo de un callejón estrecho. Allí, agazapado como un roedor, comenzó a devorar las pocas viandas que acababa de robar.

Unos minutos después, masticando aún el último bocado de comida, regresó a la Carrera Décima. Caminó, esta vez por la acera occidental, en línea recta hacia el norte. Cruzó la Avenida Jiménez, sintiendo a cada paso cómo un viento frío y helado que



bajaba de las montañas cortaba su piel y le invadía de hielo los pulmones, maltratándole también la boca y la garganta. En la Calle Dieciocho unas mujeres paradas frente a unos ruinosos hoteles de mala reputación le silbaron y le gritaron algunas obscenidades. Sinisterra bajó por esa calle sin saber por qué, trastornado, en busca de algo que ni siquiera sospechaba, mirando sin observar, oyendo sin escuchar. Atravesó el grupo de prostitutas que fumaba marihuana en la esquina de la Carrera Once y entró de lleno en la cuadra de burdeles y bares malolientes que llegaba hasta la Carrera Trece. Mujeres gordas y delgadas, viejas y jóvenes, paradas en las entradas o sentadas en escalinatas que conducían a habitaciones miserables en segundos o terceros pisos, conversaban o fumaban tristemente con la mirada depositada en la nada. Sinisterra llegó a la Avenida Caracas sin llamar la atención, como un vagabundo más extraviado en la noche bogotana, y volteó a la derecha. Al llegar a la Calle Veinte un grupo de travestís que había tomado posesión de toda la esquina, incluida la acera norte, le impidió el paso. No tuvo problema. Saltó el separador de la avenida, caminó hasta la estación de gasolina de la Calle Veintidós, y bajó hacia el occidente, con las montañas a su espalda. Una prostituta joven, casi una niña, se asustó al verlo acercarse. Sinisterra la miró a los ojos y sintió un escalofrío que le recorrió la espalda y los brazos. Un relámpago de lucidez invadió por un instante su cerebro, y al fondo, escondido y difuso entre las tinieblas de su memoria atrofiada, divisó un rostro de mujer que había amado. La expresión de la muchacha lo condujo, en fracciones de segundo, a una vida pasada y remota que no podía recordar. Pero fue sólo eso: una experiencia fugaz e inatrapable. Siguió su camino unas cuadras más abajo y volteó a la derecha, en pleno corazón del barrio Santa Fe, recorriendo palmo a palmo las viejas casas aristocráticas convertidas en talleres de mecánica, burdeles baratos y expendios de comida, hasta llegar a la larga pared blanca que delimita el costado sur del Cementerio Central.

Se detuvo frente a la puerta metálica y divisó del otro lado los corredores de tumbas y los panteones de las familias adineradas de Bogotá. Y de pronto, sin entender lo que sucedía, comenzó a perder movilidad en sus brazos y en sus piernas. Su cuerpo ingresó poco a poco en una realidad de goma, en una atmósfera gelatinosa que lo obligaba a moverse con torpeza e ineptitud. Se agarró con fuerza de las varillas de hierro de la puerta del cementerio y sacudió la cabeza como para despejar el aturdimiento que lo embargaba. No pudo. La sensación se hizo cada vez más poderosa y lo obligó a colocar las rodillas sobre el piso de cemento. De lejos Sinisterra daba la

impresión de un penitente que procuraba entablar algún diálogo con las almas de sus muertos. Entonces, de forma misteriosa, su cerebro le trajo las frases del hombre de la tienda.

*La Zona es poderosa e intensa. Irresistible e impredecible.*

*Lo peor es que uno entra sin darse cuenta, al voltear una esquina o al mirarse en el espejo en la mañana.*

*La Zona está en cualquier parte, ronda la ciudad sin que lo sepamos.*

*Si ya hemos entrado en ella, estamos perdidos... No somos dueños de nosotros mismos...*

En efecto, había perdido el dominio de sí y el cuerpo no le respondía. Agarrado a las varillas metálicas como si de ese gesto dependiera su salvación, abrió los ojos y levantó el rostro hacia el cielo. Y las nubes se abrieron de par en par dejando ver, entre luces rojizas y anaranjadas, cuatro animales gigantescos en la inmensidad del firmamento. El primer animal era un león grande y fuerte, con la melena agitada y los ojos incandescentes; el segundo era un becerro pequeño y nervioso, que corría en busca de un poco de protección; el tercer animal tenía cara de hombre y se arrastraba sobre sus dos pies en forma repugnante; y el cuarto era un ave gigantesca que parecía un águila extendiendo sus alas como símbolo de poder y seguridad. Y después vientos enérgicos e imponentes soplaron de los cuatro puntos cardinales. Y cuatro jinetes montaban cuatro caballos que galopaban a través del viento: el primero era un caballo blanco como la nieve, el segundo era amarillo, el tercero era bermejo, brioso y feroz, y el cuarto era de un color negro oscuro que se confundía con la profundidad de la noche. Y en eso se escuchó una voz que profetizaba catástrofes y cataclismos. Sinisterra cerró los ojos y los volvió a abrir. Vio entonces un ángel que ordenaba a otros ángeles la destrucción del mundo, y lo escuchó también advertirles a sus subordinados:

—No hagáis mal a la tierra, ni al mar ni a los árboles, hasta tanto que pongamos la señal en la frente a los siervos de nuestro Dios.

Sinisterra soltó la verja del cementerio y cayó rendido al suelo. Tomó aire como si fuera a asfixiarse, cerró los ojos y los abrió despacio, con temor, siempre de cara al

cielo. Y he aquí lo que vio: plagas de langostas y escorpiones destrozaban cosechas y campos sembrados, y entraban a las ciudades arrasando lo que encontraban a su paso. Y enfermedades desconocidas martirizaban a los hombres hasta dejarlos ciegos, paralíticos, sordos o lisiados. Pestes que los hacían arrastrarse por el piso como si fueran lagartos agonizantes, y que igual atacaban a hombres, mujeres, niños y ancianos. Y por todas partes se escuchaba el clamor de las oraciones y las plegarias pidiendo perdón y misericordia, y tales súplicas no eran escuchadas. Sinisterra lo supo porque enseguida vio un terremoto que derrumbaba edificios y abría calles y avenidas, produciendo pánico y desesperación en aquellos sobrevivientes que intentaban a toda costa escapar del caos y la destrucción. Cadáveres mutilados y miembros sangrantes regados entre los escombros invadían los rincones de todas las ciudades del planeta.

Sinisterra no quiso ver más. Se volteó, cerró los ojos y se arrastró con la ayuda de sus manos, intentando salir de esa pesadilla abominable. Unos metros más adelante se detuvo y se cogió la cabeza con las dos manos. No abrió los ojos y se quedó allí, boca abajo, respirando el aroma de un césped cercano.

Un reciclador que recorría el lugar con su carro de madera divisó el cuerpo de Sinisterra arrojado en el andén, y presintió, por el pelo enmarañado, la barba y las ropas en desorden, que era uno de los suyos. Se acercó con prudencia.

—Hermano, ¿se siente bien?

—...

Se agachó y removió con suavidad el hombro derecho de Sinisterra.

—Eh, hermano, ¿está bien?

—...

Le dio la vuelta y le levantó los párpados con un gesto casi cariñoso.

—Hermanito, usted lo que está es más trabado que un costal de anzuelos.

—...

—Espere le traigo un poco de aguapanela.

El hombre fue hasta el carro de madera, tomó una cantimplora y regresó al lado de Sinisterra. Le colocó una mano debajo de la nuca para levantarle la cabeza y le dio de beber como si se tratase de un herido en un campo de batalla. Sinisterra bebió a grandes sorbos de la cantimplora y reaccionó a medias a lo que estaba sucediendo a su alrededor. El hombre se irguió con una sonrisa.

—Tengo que irme... Ya va a amanecer y no he recogido nada...

—...

—Y cuidado con los verdes, hermanito... Donde lo vean así se lo cargan a la comisaría...

—...

El hombre siguió su camino, husmeando en las canecas y en las bolsas de basura depositadas junto a los postes de la luz.

Se escuchaba el canto matutino de los pájaros. Sinisterra se recostó contra la pared del cementerio y se dejó llevar por un sueño que contenía muchas horas de fatiga.

# Capítulo Quinto

LA TRIBU

Leonardo Sinisterra, antiguo inspector de la policía para casos especiales del Distrito Capital, caminó por la ciudad durante semanas sin reconocer nada a su alrededor, durmió a la entrada de almacenes, iglesias y en bodegas y casas abandonadas, comió lo que le regalaron en cafeterías y restaurantes populares, soportó golpizas en enfrentamientos con gamines y bandas de otros vagabundos, no se cambió de ropa, no se afeitó, no se bañó, no se cortó las uñas y por eso sus manos parecían un par de garras, y, por último, no pronunció palabra y, al menos por un tiempo, olvidó cómo se llamaban el mundo y él mismo. No obstante, su mirada, que atravesaba las personas y los objetos sin detenerse en ellos, comenzó a cambiar y fue adquiriendo poco a poco una apariencia humana. Destellos de una vida pasada fueron surgiendo en esas largas caminatas urbanas: rostros de mujeres, sensaciones, voces, miedos y alegrías fueron llegando a la superficie y conformaron las primeras piezas de un largo rompecabezas. Y en la medida en que Leonardo Sinisterra fue abriéndose paso por entre esos primeros recuerdos e inició la recuperación de su pasado, fue también, en forma simultánea, reconociendo las circunstancias en las que se encontraba. Vio en los vidrios de los almacenes su figura salvaje y tomó conciencia de su anormal condición. Se cortó el cabello y la barba con un pedazo de vidrio afilado, se bañó en un parqueadero donde un muchacho, apiadado, le prestó una manguera con la que estaba lavando unos automóviles, pidió ropa y zapatos de casa en casa hasta que al fin, en un taller de mecánica, le regalaron un overol de trabajo y unos zapatos viejos, y se cortó las uñas de manos y pies con una lámina de metal que encontró en un potrero baldío. Así fue como Sinisterra comenzó el rescate de su humanidad. Pasó de demente alucinado a mendigo ocasional y luego desempeñó trabajos diarios de limpieza en bodegas y estaciones de gasolina. Pero su memoria seguía trastornada y un gran porcentaje de su vida estaba enterrado en unas tinieblas inescrutables.

Una noche cualquiera, buscando un buen lugar donde dormir, se internó sin querer en la calle del Cartucho, donde decenas de basureros y recicladores descansaban al lado de sus carretas de madera. Fogatas encendidas aquí y allá producían un juego de luces y sombras en medio de un aire enrarecido. Siluetas humanas con plásticos y cobijas sobre los hombros cambiaban a veces de sitio buscando un rincón más acogedor. Sintió que llegaba a otro planeta habitado por una raza desconocida. No se atrevió en un principio a pasar la noche allí por miedo a ser rechazado y prefirió buscar una construcción abandonada en las callejuelas cercanas. Caminó unos metros y entró en una casa vieja y en apariencia vacía donde se acumulaban desperdicios de la plaza de mercado de la Carrera Once. Cruzando el patio se tropezó con una serie de compartimentos en serie, como calabozos sin barrotes alineados en la hondura de un muro. Se acercó y detalló a unos individuos en cuclillas, con los pantalones abajo, defecando y fumando compulsivamente, una tras otra, varias papeletas de bazuco amontonadas en el piso. El olor de la droga se mezclaba con el olor a orina, materias fecales recientes y basuras regadas entre los escombros. Dio media vuelta y volvió a la calle del Cartucho. Colocó unos cartones sobre una tira de plástico, alejado unos cuarenta metros de los demás, e hizo allí su precaria guarida. Ésa fue su primera noche cerca de la tribu.

Con el paso del tiempo Sinisterra fue percibiendo en su interior una necesidad de grupo, de colectividad. Bien fuera por el mero placer de tener con quien hablar y compartir, o por la sensación, cada vez mayor, de buscar refugio y protección, o por ambos, lo cierto era que pertenecer a un clan de individuos semejantes, con los mismos sufrimientos y carencias, lo reconfortaba y le impedía extraviarse en sus fantasmas y tormentos. Esa fue la razón por la cual construyó su carro de madera con ayuda de dos basureros que le demostraron una cierta solidaridad e ingresó a la comunidad de recolectores de basura del Cartucho.

La familiaridad con la basura lo puso en contacto con un mundo desconocido: lo perecedero, lo efímero, lo que una sociedad usa y desecha para ir en busca de nuevos objetos para usar. El círculo vicioso de los apegos y los consumos se le fue revelando con mayor claridad en la medida en que escrutaba y aventuraba entre los ahora viejos elementos inservibles. Al ver pedazos rotos de muñecos, bracitos y piernas de plástico que aparecían a veces entre papeles y residuos de metal, no podía no pensar en la caducidad de sus miembros y su carne, en el destino que le esperaba a su cuerpo. Las reflexiones sobre la muerte se le fueron haciendo familiares. Preguntó a sus

compañeros si les ocurrían estados de ánimo similares y ellos asintieron contándole anécdotas y circunstancias en las cuales, inevitablemente, iban surgiendo esas ideas. Una tarde leyó en un fragmento de periódico una noticia breve que le llamó la atención. Decía así:

El lunes 29 de mayo, a las once y cincuenta minutos, la mitad de Almacenes El Rey fue destruida por una contundente explosión. Catorce personas murieron y siete quedaron gravemente heridas. La radio dijo en la tarde que el número total de heridos superaba los veinticinco. Los bomberos tuvieron que hacerle frente a un fuego tenaz y perseverante por más de dos horas.

Mientras tanto, la camioneta de la policía identificada con el número 1204, que patrullaba la zona distraídamente, fue avisada de un atraco a mano armada al Banco Social por parte de un individuo vestido de payaso. La persona que telefoneó no se identificó. Aseguró que se trataba del mismo hombre que había puesto la bomba en el famoso almacén capitalino. El hombre fue alcanzado a cuatro cuadras de allí, y en el momento en que intentó una fuga desesperada los policías lo acribillaron sin piedad. El maletín que portaba, en cuya parte exterior se podía leer una inscripción que decía *ReCrear-Payasos Profesionales*, fue abierto más tarde en la Estación Cuarenta de Policía. En él se encontraron tres millones de pesos, un revólver de juguete y un libro de chistes para niños.

Guardó el recorte y lo releía de cuando en vez, identificándose misteriosamente con el protagonista de la noticia, el bandido-payaso que terminaba con el cuerpo agujereado. De esta forma coleccionó diversos artículos o noticias que le impresionaban, convencido de que esta práctica lo iba a llevar a la recuperación total de su memoria. La lectura le murmuraba a veces imágenes de esa vida que con tanto anhelo deseaba recobrar. A la luz de las fogatas nocturnas se recostaba en su carro de madera y leía y leía intentando capturar esa identidad que el pasado le había arrebatado. Una cosa sorprendía a sus compañeros y era que Sinisterra tenía conocimiento de un vocabulario amplio y educado. Cuando uno de ellos necesitaba explicaciones sobre el significado de una palabra, acudía a él. Sinisterra no comprendía muy bien el mecanismo por medio del cual recordaba esos significados, pero siempre terminaba dando ejemplos, sinónimos y comparaciones adecuadas sobre



un sustantivo o un adverbio. Sus compañeros cercanos, que conocían de su amnesia, urdieron la hipótesis de una vida pasada llena de lujos, buenos colegios, reuniones sociales y viajes al exterior. Se divertían imaginando situaciones o posibilidades: hijo de un banquero prestante al que sin duda habían presionado mediante su secuestro para exigir una cuantiosa suma de dinero, o familiar de un diplomático extranjero que había sufrido un accidente, o el nieto consentido de una viuda rica que había recibido un golpe en la cabeza, quedando por ahí a merced de los delincuentes y al amparo de los transeúntes. Sinisterra se sonreía cuando escuchaba las historias de sus amigos y les agradecía su empeño en colaborar en la búsqueda de esa persona que se había ido de su interior. Lo cierto era que el Ministro, como lo habían bautizado en el Cartucho, vivía escindido. Uno era el lenguaje que usaba para hablar, contaminado de una jerga incomprensible para alguien que no perteneciera al medio, y otro el lenguaje que reservaba para sus lecturas. Así, al lado de expresiones como «boletarse», «parcero» o «chichipato», convivían en su cerebro palabras como «acrimonia», «prístino» o «coadyuvar». Sin darse cuenta, en esa división coexistían, milagrosamente, su pasado y su presente.

Uno de los recortes de periódico se convirtió en su texto preferido y solía releerlo dos o tres veces por semana, sin que por ello se perdiera la placidez y la belleza de la primera lectura. Se trataba de un texto breve de un prosista japonés que firmaba como Yusén Tendó, cuyo ritmo lo impactaba y lo sobrecogía, y que había sido publicado en un aparte de una sección cultural. Cuando estaba solo lo leía en voz alta para apropiarse mejor de la ondulación de esas imágenes que lo hundían en un vértigo de delectación y serenidad. El siguiente era el texto:

### **EL MERCADER Y LOS PORTALES**

Oscuramente escondidos en los entretiempos de un viaje silencioso y sin sentido, los portales yacen como estatuas del pasado a las cuales se ha dejado sin nombre y muestran su imponente a través de los plintos y las espiras que aguardan la mirada cómplice de un caminante perdido. Han quedado allí, solos, y no saben de las sonrisas que habitan en la Costa de Marfil, de las promesas de Burundi, de la pálida piel de las muchachas de Birmania o de los adolescentes que entregan su virginidad en las sórdidas playas de Ghana. Ellos, los solitarios, los inamovibles, ignoran que el mundo teje acontecimientos más esporádicos y más poderosos que los sueños del mármol.

Desconocen también el trabajo asombroso de los herreros nocturnos, las palabras que pronuncian los joyeros en las bodegas clandestinas de Nueva Delhi, la luz incandescente que sorprende a los amantes en los cuartos de alquiler y el aroma exquisito que dejan los kiwis, los marabúes, las avutardas y los tragones cuando recién aparecen las primeras pisadas del atardecer. Los portales no saben que el tiempo, como un hilo de invisibles efectos, escribe infatigable el devenir de los hombres y sus vanas esperanzas.

Él, después de haber recorrido las singulares costumbres de los países donde la niebla se estanca meses enteros en las praderas y donde el viento murmura secretos en los desiertos, se sentaba junto a ellos a vender sus telas y sus bebedizos, esperando que la rueda interminable de la multitud se detuviera un instante y que alguien, tal vez tembloroso y dubitativo, se acercara a comprarle uno de los objetos que constituían su mágica mercadería. A veces llovía y entonces se arrodillaba junto a las columnas para protegerse del sonido vertiginoso que producía el agua al caer sobre las gárgolas de metal y de granate. No eran buenas tardes aquéllas. La lluvia traía a su memoria legiones de recuerdos y aunque los portales se inclinaban para darle su abrigo, no alcanzaban sin embargo a soportar el peso de su nostalgia y la terrible lucidez que se extendía a lo largo de sus dolencias. Entonces se levantaba, reunía en una sola escarcela su mísero negocio y, comenzaba a caminar hacia los puertos, donde la lluvia no maltrata las visiones del pasado. Así, en esas tardes de continuas evocaciones, los portales quedaban allá, en la ciudad, como dioses extraviados bajo las cúpulas de los templos.

Ahora la sirena del barco suena por última vez y la multitud se reúne en el muelle para despedir a los viajeros. El mercader, de pie sobre la proa y con las manos colocadas sobre la amurada de estribor, levanta meditabundo la mirada y contempla los portales con gratitud. Sabe que algo de él se queda entre ellos y que nadie podrá descifrar jamás los ilegibles secretos que habitan en sus materiales milenarios.

Aparte de esos fugaces destellos que en ocasiones llegaban a su memoria en medio de la lectura, Sinisterra seguía padeciendo una amnesia que no daba signos de disminuir o desaparecer. Necesitaba de otros estímulos que pusieran en movimiento esa máquina de remembranzas y evocaciones que se empeñaba en permanecer atrofiada. Esos estímulos llegaron la noche de un viernes, cerca de la una de la

madrugada.

La calle del Cartucho estaba en calma. Dos o tres fogatas continuaban encendidas débilmente. La mayoría de los recicladores dormía. Sólo unos pocos, reunidos en pequeños grupos y conversando en voz baja, bebían aguardiente o fumaban marihuana. Una camioneta con vidrios oscuros se detuvo al final de la calle. Los que aún estaban despiertos quedaron suspendidos, con los ojos clavados en las placas oficiales del auto, y de inmediato reaccionaron: alertaron a gritos a los que descansaban o dormían, corrieron entre cuerpos y carros de madera despertando a los que seguían sumidos en un sueño profundo y emprendieron la escapada por la parte de arriba del callejón. Cuatro individuos fuertemente armados descendieron de la camioneta y comenzaron a disparar sobre los que no habían alcanzado a huir o a protegerse. Disparaban a izquierda y derecha, apuntando a cualquier individuo, mujer u hombre, que emergiera de las sombras, como si se tratara de un juego de tiro al blanco donde triunfa aquel que más cuerpos derribe. Sinisterra, agazapado dentro de su carro de madera, contuvo la respiración y permaneció inmóvil. No dio señales de vida hasta que sintió a los hombres retroceder. Los disparos habían cesado e imaginó que los asesinos ya se encontrarían de regreso en el automóvil que los esperaba. Era un cálculo errado. Se irguió y justo cuando asomaba la cabeza y el pecho se tropezó frente a frente con el último de los hombres que, cubriendo a sus amigos con una metralleta, caminaba hacia atrás mirando a ambos lados para evitar sorpresas. Sinisterra y él se miraron un segundo a los ojos, aterrados, embrujado cada uno en la imagen del otro, y Sinisterra esperó que el hombre lo encañonara y disparara. Pero González no pudo hacerlo. Detrás de la barba y el aspecto primitivo que tenía enfrente, reconoció las facciones y la mirada amable y cordial de su antiguo jefe. Sinisterra, por su parte, recordó de pronto y violentamente todo su pasado. Fue como una tormeta, como una catástrofe cerebral que lo obligó a cogerse la cabeza con ambas manos. Sintió que llegaba al mundo por segunda vez, que nacía de nuevo en medio del asombro, la sorpresa y el miedo.

González bajó la metralleta, dio media vuelta y corrió hasta alcanzar la camioneta que lo aguardaba con el motor encendido.

Sinisterra se recostó en el interior de su carro de madera y tomó aire a grandes bocanadas, como si temiera ahogarse o perder el sentido. Se tranquilizó y después de unos minutos logró por fin esbozar una primera sonrisa. Sí, era cierto que su historia le parecía una pesadilla, una macabra fábula impregnada de dolor y sufrimiento. Pero

había recobrado la memoria, ahora sabía quién era y por qué se encontraba en ese lugar, y eso le producía una inmensa alegría.

Media hora más tarde comenzaron a volver los recicladores que habían eludido la matanza. Contaron los muertos y los arrumaron contra una pared para enterrarlos al día siguiente. Sinisterra colaboró en el transporte de los cadáveres y en apaciguar los ánimos de dos mujeres sobrevivientes que continuaban bajo el efecto de un shock nervioso. Sus compañeros se le acercaban y le decían: «Te salvaste de milagro, Ministro», o «A qué santo te encomendaste, hermano», y le reiteraban su aprecio con un abrazo o un apretón de manos. Eran gestos rápidos, poco solemnes, pero auténticos y significativos. Al fin y al cabo esa era su gente ahora, su familia, lo único que tenía, y no le parecía poca cosa.

Dejó decantar unos días los sentimientos encontrados que lo embargaban. Quería tomar decisiones tranquilo, sin apresurarse. Sabía que un error podía costarle, esta vez sí, la vida. No se escaparía dos veces de las garras de la Secta. Pensó, ideó, imaginó, hizo y deshizo proyectos hasta que diseñó un plan que lo dejó satisfecho. Y decidió descansar y reunir a la mañana siguiente a los principales líderes del Cartucho. Se hizo cerca a una de las fogatas para disfrutar del calor, acercó un radio viejo que había conseguido semanas atrás y sintonizó el programa del negro Urrutia. Venía soñando con escucharlo de nuevo desde la noche de la matanza. Eso también hacía parte de su vida recobrada y conformaba un recuerdo agradable y divertido. Reconoció en seguida la voz del «vampiro insomne».

El programa se refería a la proliferación de grupos satánicos. Le gustaba la forma como el negro Urrutia descubría la otra Bogotá, la mágica e insólita ciudad de la mentalidad popular, no la urbe de los centros comerciales del norte que imitaba las costumbres estadounidenses.

Sinisterra apagó el radio con una sonrisa dibujada en los labios y se dio media vuelta para dormir.

Los acontecimientos de los días siguientes se presentaron rápidos, acumulándose unos tras otros sin darle tiempo a grandes reflexiones ni prolongados análisis. Tuvo que vivir atropelladamente, pasando de una acción a otra con agilidad y prontitud. De eso se trataba: había llegado el momento de actuar y de prepararse para sobrevivir. No permitiría que la Secta, en unión con los organismos de seguridad, los asesinaran a él y a sus amigos como a perros callejeros.

Reunió a los jefes principales del Cartucho y les propuso armarse. Si ellos estaban

de acuerdo él haría los contactos con células de guerrilla urbana y conseguiría metralletas y revólveres para contraatacar en caso de una nueva «limpieza». Los líderes aceptaron con la condición de que no se presentaran venganzas aisladas o retaliaciones que sólo generarían más persecuciones y mayor violencia. Las armas se tendrían y se utilizarían sólo en estricta y legítima defensa. Era una condición lúcida y sensata.

Sinisterra se contactó con dirigentes guerrilleros de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y del ELN (Ejército de Liberación Nacional), y les expuso la situación de los recicladores del Cartucho. Estaban inermes e indefensos ante la voluntad de exterminio por parte del Estado. Si la guerrilla se fijaba en ellos, tendrían en el centro de la ciudad un brazo armado que podía ser utilizado oportunamente. Explicó que la posición del Cartucho era estratégica por su cercanía a las distintas edificaciones del Gobierno. Los movimientos insurgentes no fueron indiferentes a sus ideas y le dijeron que se pondrían en contacto con él.

En efecto, dos días más tarde un joven lo buscó y le indicó un hotel en San Victorino. «Es un extranjero. El hombre les entregará las armas que necesiten» murmuró en voz baja el muchacho. Sinisterra volvió a reunir a los jefes y decidieron pasar a recoger las armas en tres cuadrillas diferentes, con distancia de quince minutos entre cada una. Así se hizo. El hombre del hotel, un israelita que apenas entendía el castellano, bajaba a un garaje revólveres, pistolas, metralletas y municiones en pequeñas cajas que los recicladores camuflaban al fondo de sus carros entre plásticos y cartones sucios. La operación se cumplió sin tropiezos.

Sinisterra se encargó del entrenamiento militar de lo que se llamó el «escuadrón por la vida», constituido por recicladores jóvenes y arriesgados cuya misión era proteger las vidas del resto de sus compañeros en caso de un nuevo intento de matanza. Sinisterra sabía que González dudaría, se arrepentiría, tendría remordimientos de conciencia, pero al fin pactaría y les informaría a los de la Secta que él, Leonardo Sinisterra, estaba con vida, y no era conveniente dejar un testigo de semejantes dimensiones suelto y con posibilidades de convertirse en un peligroso enemigo. González era el típico escalador, el hombre que sueña con alcanzar mejores posiciones gracias a sus méritos y a su constancia y tenacidad. Siempre había sido débil de carácter, sumiso, obediente y temeroso de rebelarse en contra de un sistema que, tarde o temprano, trabajaría para él y para su comodidad personal. Pero esta vez se llevaría una sorpresa. Él, Sinisterra, no se quedaría esperando en el papel de

cordero sacrificial. Si González quería una felicitación por parte de sus superiores, un ascenso y un aumento de sueldo, no sería a costa suya, pegándole un tiro en la nuca para ir después en busca de un reconocimiento y una gratificación. Esta vez le iba a costar más trabajo y tendría que arriesgar el pellejo.

Cuando el «escuadrón por la vida» estaba entrenado y sabía las instrucciones de memoria, Sinisterra se acercó una tarde a la guarida de Zelia. Revisó primero los alrededores y notó que el viejo caserón donde funcionaba la iglesia no estaba vigilado ni acordonado por detectives disfrazados de vendedores ambulantes o parroquianos bonachones.

Zelia no podía creer la historia que Sinisterra le estaba contando. Se preguntó si el antiguo detective no sería ahora un mitómano nervioso y audaz que inventaba aventuras, creyéndose las él mismo. Mas fue el tono de su voz y su mirada cálida y amigable lo que finalmente terminó convenciéndola de la autenticidad del relato de su viejo amigo.

—Te lo he contado no para que me compadezcas, o para que me regreses el dinero que doné para tu Iglesia. Quiero darte la dirección de Isabel. Escríbele, Zelia, por favor, y explícale lo sucedido. Dile que yo la sigo amando y que si salgo con vida de ésta, la buscaré para rehacer mi vida a su lado. No te pido más. ¿Me harás ese favor?

—Claro, Leo, ni más faltaba.

—Gracias.

—¿No quieres que pase por tu departamento y revise cómo están las cosas?

—Lo deben tener vigilado. Ellos saben que no tengo familia. Sería el primer lugar donde yo aparecería en caso de recobrar algo de cordura.

—Mejor me quedo quieta. No vaya a ser que la cojan con nosotros.

—Aquí está la dirección de Isabel. ¿Me juras que le vas a escribir la verdad tal y como yo te la he contado hoy?

—Te lo juro.

—Una cosa más. ¿Qué signo era la última víctima?

—Sagitario.

—O sea que se cumplió el círculo.

—Así parece.

—Gracias de nuevo Zelia. Adiós.

—Adiós Leo.

La entrevista con Zelia lo había tranquilizado. Necesitaba en lo más íntimo de sus

afectos que Isabel supiera la razón de su ausencia y que no había dejado de amarla ni de anhelarla a su lado, No le importaba morir en su enfrentamiento con la gente de la Secta, siempre y cuando Isabel estuviera enterada de la fuerza y la dignidad de su pasión por ella. Cumplido ese deber, su única preocupación era repeler con éxito el siguiente ataque de González y sus hombres. Por eso revisó mil veces las azoteas del sector donde había colocado dos francotiradores de las seis de la tarde a las seis de la mañana; repitió hasta el cansancio el plan de cerrar los posibles puntos de salida del automóvil en el que llegarían los asesinos; les advirtió por enésima vez a los dos individuos que estaban a la entrada del callejón que era preciso disparar apenas se bajaran del auto para impedir, en la medida de lo posible, que ellos alcanzaran a matar siquiera una persona. Estaba nervioso, tenía que reconocerlo. Quería que la emboscada saliera perfecta y que ninguno de los matones escapara con vida. La defensa estaba preparada y tuvo que contenerse, calmarse y esperar que los criminales aparecieran. Aunque exteriormente aparentara paciencia y tranquilidad, por dentro vivía alerta, atento, con los sentidos despiertos y pendiente de la más mínima irregularidad, Seguía cumpliendo con su trabajo, pero tenía el arma cargada y sin seguro en un costado de su carro de madera, lista para sacarla en caso de urgencia. Llegaba a las cinco de la tarde al callejón y alistaba a los hombres, las armas, los escondites y volvía a repetir las órdenes para cada individuo, Así vivió durante semanas, como un animal al acecho, hasta que una noche, a las dos de la madrugada, se escuchó el ruido de un motor.

Cogió el revólver en seguida y gritó a las mujeres y los niños, que dormían en la parte alta del callejón, que doblaran la esquina y se refugiaban. Miró hacia arriba y vio a los francotiradores en posición. Corrió entonces por uno de los callejones laterales y dio la vuelta para impedir la fuga de la camioneta que había llegado. Todo sucedió en cuestión de segundos. Cuatro hombres con chaquetas de cuero bajaron con las metralletas listas y no alcanzaron a dar dos pasos cuando fueron recibidos, a ambos lados de la camioneta, por ráfagas de fusil y ametralladora. Al mismo tiempo los dos francotiradores, desde arriba, dispararon sobre los neumáticos y los reventaron. El chofer intentó dar reversa y escapar, pero Sinisterra, ágil como un gato, apareció por la parte de atrás y se lanzó cerca de la ventanilla del conductor y le descerrajó un tiro en la cabeza. El plan se había cumplido a la perfección. Los tipos no habían podido disparar ni una vez sus armas. El factor sorpresa había sido definitivo.

Sinisterra se concentró en los cadáveres. Como lo esperaba, González estaba entre

ellos. Los recogió con dos de sus hombres de confianza, los introdujo en la parte de atrás de la camioneta y arrastraron el carro con los cuerpos adentro tres calles más abajo, cerca de la Avenida Caracas. Allí los dejaron, como si fueran muñecos de trapo escupiendo sangre por la boca. Antes de regresar, para asegurarse, Sinisterra les disparó en la nuca uno por uno, con frialdad, sin sentir odio ni compasión. No pensaba dejar testigos, eso era todo.

La noticia de los policías asesinados cobardemente en el centro de la ciudad fue registrada en diarios y noticieros de televisión. El DAS (Departamento Administrativo de Seguridad) y los servicios especiales de inteligencia dijeron que ya tenían pistas y que semejante crimen no quedaría en la impunidad. Le pidieron a la ciudadanía solidaridad y apoyo porque, según ellos, lo que estaba en juego era la solidez de las instituciones de defensa del Estado. La acción fue considerada un atentado a la Nación y una vergüenza más que empañaba la conciencia de los colombianos. Fueron entrevistados políticos de conducta moral intachable, hubo debates públicos sobre la situación de violencia en el país y la Iglesia emitió un comunicado en el que condenaba el salvaje asesinato de unos servidores públicos que habían muerto en el fiel cumplimiento de su deber.

La verdad es que Sinisterra no había contemplado las dimensiones de un posible escándalo. La Secta había capitalizado el golpe y lo había convertido en un punto a su favor. Ahora tenían licencia para exterminar y destruir a cualquiera que se pusiera en su camino. Sus sospechas se vieron confirmadas por la fuerte represión que empezó a imperar en la ciudad. No obstante, Sinisterra sabía que una masacre generalizada se acercaba. No se contentarían hasta regresar el golpe. La muerte de El Apóstol en la Cárcel Modelo de Bogotá fue un aviso claro y concluyente. Le cortaron el cuello mientras dormía y los periódicos expusieron la hipótesis de venganzas entre mafias dentro de la prisión. Lo cierto era que se trataba de una advertencia y Sinisterra entendió que la Secta ya estaba enterada de su protagonismo en el Cartucho. No le preocupaba tanto su seguridad personal como la muerte inútil de recicladores inocentes. Convocó de nuevo a los jefes y les explicó la situación. Se decidió que los ancianos y varias de las familias se trasladaran a la Ciudadela de Cartón, un barrio de basureros que funcionaba en un potrero en las afueras de la ciudad. Era una medida preventiva. Los hombres solos, sin mujer ni hijos, se quedarían y continuarían trabajando normalmente. Decidieron también que se reforzaría el grupo de defensa y se doblaría la guardia de doce a veinticuatro horas.



Los organismos de seguridad estaban al tanto de cualquier movimiento que se presentara en el Cartucho y los cambios ejecutados no pasaron desapercibidos. En consecuencia, no atacaron el Cartucho, que era prácticamente un fortín. Llegaron una noche a la Ciudadela de Cartón en cinco camionetas blindadas y masacraron familia desarmadas de recicladores. Dispararon a quemarropa sobre niños y mujeres, quemaron las míseras viviendas que encontraron a su paso y al término de la orgía de sangre y destrucción buscaron un poco de diversión, amputaron dedos y orejas de las víctimas en medio de chistes carcajadas. Sobrevivieron siete personas de cincuenta y cuatro que conformaban el grupo de base. Los medios de comunicación emitieron una nota breve y fugaz sobre ajusticiamientos entre bandas del crimen organizado en el sur de la ciudad.

En el entierro de las víctimas en fosas comunes del Cementerio del Sur, los jefes del Cartucho le pidieron a Sinisterra que se retirara de la colectividad de recicladores. Habían enterrado las armas y preferían volver a su situación anterior. Sinisterra entendió lo que le estaban solicitando y no se ofendió por ello. Antes bien, le pareció sensato y comprensible dado el punto al que había llegado el enfrentamiento. Había sido un iluso y un irresponsable. Promover una lucha de vagabundos y desharrapados en contra de instituciones militares estatales era un completo disparate. Ese mismo día cogió las dos o tres cosas que poseía, hizo una mochila que se echó al hombro y se despidió de la tribu. No sabía qué iba a hacer ni dónde iba a vivir. Era seguro que la Secta se enteraría de su partida y al menos por un tiempo, dejaría en paz a la gente del Cartucho.

Caminó hasta el Parque Nacional y cuando llegó la noche tendió un plástico sobre uno de los bancos de cemento y se recostó a descansar. Extrajo de la mochila su viejo radio de pilas y sintonizó el programa del negro Urrutia. Necesitaba dejar de pensar en armas y en matanzas. Colocó el radio cerca de su oído, dejó el revólver entre la mochila, cargado y a la mano, se recogió en posición fetal buscando un poco de calor e intentó concentrarse en las voces que llegaban a él a través del aparato.

—... parece mentira y sucedió de esa manera.

—Gracias por llamar. Estimados radioescuchas, acaba de llegar al estudio el profesor Wilson Echeverry, experto profesional en terapia regresiva, hipnosis y vidas anteriores. Es para mí un orgullo contar con la colaboración de un médico tan prestigioso en el programa. Buenas noches, doctor.

—Buenas noches a todos los oyentes.

—Tengo entendido que usted estudió medicina y se especializó en psiquiatría.

—Me gradué de médico, sí, y luego viajé a los Estados Unidos, a Austin, donde estudié psiquiatría.

—Regresó al país, creo, y dirigió un hospital psiquiátrico por lapso de dos años. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es. Estuve a cargo de este hospital rural e intenté mejorar las condiciones de vida de los enfermos, pero la realidad destruyó los altos objetivos que me había propuesto.

—¿Por qué habla de esa manera, doctor? ¿Tan mala fue la experiencia?

—La experiencia fue doble. Por un lado, lo que corresponde al hospital propiamente dicho (los enfermos y la gente que trabajaba allí día y noche sólo en busca de alcanzar unos ideales médicos para servir a un país que tanto lo necesita) fue una experiencia extraordinaria que me hizo mejor como ser humano. Cuando digo mejor me refiero a que me convertí en una persona más solidaria, más comprensiva, más dada a compartir con los otros. Como bien se sabe, la educación de un médico tiende hacia la insensibilidad, hacia la lejanía con respecto al paciente. Yo aprendí a ir perdiendo esa distancia... Por otro lado tenía que administrar una institución del Estado. Esa fue la dosis de infierno. Me tropecé con la burocracia estatal, con los políticos oportunistas y con los innumerables funcionarios corruptos que atracan el erario público en detrimento de las clases necesitadas. Eso no lo soporté y me vi en la imperiosa obligación de renunciar. Como puede suponer, el hospital siguió en déficit, cada día más pobre y miserable, hasta que, según me enteré hace unos meses, lo cerraron del todo. Ahora es una edificación ruinoso inundada de insectos y ratones.

—Parece una metáfora del país.

—Usted lo ha dicho.

—Escucha uno tantas veces la misma historia...

—Lo grave es que he terminado por creer que el poder de los corruptos es invencible en este país. Aunque luchemos y multipliquemos nuestros esfuerzos, siempre estarán ahí, reproduciéndose como las ratas.

—Doctor, qué panorama... Cambiemos de tema para no amargarnos la noche. Dígame, ¿cuándo comenzó a sospechar que lo de las vidas anteriores se perfilaba como un asunto que había que tomar en serio?

—Hace cinco años experimenté con terapia regresiva y, en dos o tres casos, mis pacientes no se remontaban a circunstancias vividas, digamos, durante la adolescencia o la niñez, sino a décadas remotas en las cuales ellos poseían otro rostro, otra clase social, en fin, otra vida diferente. Una situación muy difícil de manejar.

—¿Por qué doctor?

—Iba en contravía de lo enunciado por la comunidad científica internacional. Tenía que elegir entre mantener mi reputación como psiquiatra serio y responsable, o lanzarme a investigar las evidencias de un mundo extraño y fascinante.

—Optó por lo segundo.

—Por supuesto, considero que ése era mi deber.

—Doctor, ¿por qué no nos cuenta cuáles fueron sus primeros casos de regresiones a vidas pasadas?

—La primera vez me sucedió con un paciente hombre, de unos cuarenta años. Tenía complicaciones en sus relaciones sentimentales y yo quería precisar las circunstancias exactas en las cuales este individuo había sufrido por primera vez un abandono afectivo. A lo largo de las consultas fue muy difícil delimitarlo y por eso decidí acudir a la hipnosis. En la primera sesión le dije que se remontara a ese instante en particular, cuando él se había sentido solo, abandonado, huérfano afectivamente. Y ocurrió lo inesperado: el paciente comenzó a hablar de una calle de París a finales del siglo XIX. Narraba la arquitectura, los vestidos, las costumbres, la situación política y una infinidad de detalles más. Me sorprendió que los nombres en francés los pronunciaba sin acento, como si fuera su lengua natal. Fue impresionante. Yo no sabía qué hacer.

—No estaba contemplado en sus planes.

—Claro que no.

—¿No había leído nada al respecto?

—Jamás. Yo sólo leía casos reseñados en publicaciones académicas, y algo similar era considerado como superchería o simplemente tema de religiones orientales.

—Volviendo al caso de su paciente, ¿por qué se remontó a una calle parisina en esa época en particular? ¿Qué fue lo que vio allí?

—Era una escena que respondía a la pregunta que yo le había formulado. Un hombre joven atendía en su lecho de muerte a su amada, enferma de tuberculosis. El hombre era un pintor menor, miembro del grupo de pintores impresionistas que intentaban cambiar la técnica y el concepto de belleza de la pintura europea de esos años. Su obra giraba en torno a una serie de retratos que él había hecho de una obrera llamada Marie Duval. El rostro y el cuerpo de esta mujer lo habían obsesionado hasta el punto de retratarla en un sinnúmero de posiciones, en lugares internos y externos, y en cada una de las horas del día. Esa obsesión se convirtió muy pronto en un amor desmesurado, en una pasión incontenible. Ahora ella moría en sus brazos, dejándolo vacío y sin deseos de vivir. El recuerdo perturbaba su vida actual y la influía subterráneamente, sin que él fuera consciente de ello.

—¿Qué interesante, doctor. ¿El paciente al fin se curó?

—Yo decidí llevar los recuerdos al plano consciente y hay una especie de tranquilidad, de reposo cuando sabemos que la muerte no es el fin de todo, sino un paso más, un elemento en el proceso. Reconocer en la muerte un tránsito hacia otro estado genera un gran alivio. Mejoran de inmediato nuestras relaciones con el entorno.

—¿Recuerda usted otro caso en especial entre los muchos que han llegado a su consultorio?

—Tengo predilección por la historia de una joven que llegó a mi buscando explicación a una obsesión que la estaba llevando a la locura. La fijación que la atormentaba consistía en un placer desmesurado al estar cerca a un cadáver, no importaba si el cadáver era de un hombre o de una mujer. La fijación la llevó a entrar en cementerios y en funerarias, siempre buscando la cercanía con los cuerpos de los difuntos. Investigué primero si se trataba de una necrofilia. No. Parecía una

*obsesión que venía de un recuerdo muy antiguo que ella no podía recordar conscientemente, y que no obstante estaba ahí, trabajando por debajo, muy adentro. Le propuse que intentáramos con hipnosis y ella aceptó. La conduje a través de la adolescencia y la niñez hasta llegar a los recuerdos más remotos. No encontré nada relevante. Entonces dejé la orden abierta y le dije que se remontara al día exacto en el cual el cuerpo humano en forma de cadáver se le había revelado como un elemento encantador y atractivo. Ella comenzó a visualizar una sesión en un cementerio en el año 1510. Cinco discípulos escuchaban a su maestro disertar sobre los misterios del cuerpo humano. El anciano, con un ataúd abierto frente a sí, señalaba con una vara músculos y miembros, como si se encontrara en un salón de clase a plena luz del día. En las siguientes sesiones con mi paciente comenzamos a descubrir una historia maravillosa. Ella siempre se veía en esas reuniones clandestinas como la única mujer, lo que indicaba que seguía existiendo una afinidad de sexo entre su vida de ahora y su vida en la primera década del siglo dieciséis. En efecto, ella era la única discípula mujer que tenía el viejo maestro, quien, aparte de sus lecciones de anatomía, enseñaba también a su alumna pintura y escultura. Ese hombre era nada menos que Leonardo da Vinci pocos años antes de su muerte. En las sesiones con mi paciente me enteré de cómo caminaba Leonardo, de su forma de vestir, de su humor, de sus ataques de melancolía. Ella evocaba esas imágenes con el amor de un estudiante que ve en su maestro un ejemplo de sabiduría y equilibrio intelectual. Fue para mí una experiencia inolvidable.*

*—Como en el caso anterior, ¿ella mejoró?*

*—De ahí en adelante supo el origen de su obsesión, se tranquilizó y su vida se normalizó. Ahora me dice que en los entierros no puede evitar una sonrisa. Los recuerdos de su vida pasada son para ella, claro, agradables y plácidos.*

*—Doctor Echeverry, ¿hay problema si nuestros oyentes llaman y conversan con usted brevemente?*

*—Será un placer.*

*—Unos mensajes comerciales y enseguida recibiremos las llamadas...*

Sinisterra apagó el radio y se sentó con los sentidos alerta. Cogió el revólver y miró hacia los costados del parque intentando hallar en las sombras el origen de los ruidos que acababa de escuchar. Dos siluetas parecían esconderse detrás de los arbustos. Se agachó y rodeó con precaución la zona verde donde había visto las dos siluetas. Sabía que podía tratarse de vagabundos como él. Algo le decía que no, que se trataba del primer acercamiento de la Secta luego de los sucesos del Cartucho. Lo tenían vigilado y habían esperado hasta tenerlo así, desprotegido y sin la ayuda de sus compañeros. Sus reflexiones se confirmaron al ser recibido con dos disparos que, por fortuna, pasaron de largo sin herirlo. Abrió fuego sobre las siluetas y, por los gemidos y los gritos de dolor, supo que había dado en el blanco. Se acercó con cautela y vio los dos cuerpos en el piso. Recogió las armas, las introdujo en la mochila y salió del

parque intuyendo que era perseguido. No veía a nadie, no escuchaba ruidos cerca de sí, pero una especie de olfato, de sexto sentido animal le indicaba que estaba siendo vigilado y que la muerte de los dos sabuesos no quedaría sin venganza. Corrió por las calles sin detenerse a confirmar sus sospechas, cruzó avenidas y barrios residenciales, pequeños parques y zonas públicas hasta que, rendido de cansancio, se detuvo en un callejón mal iluminado. Tomó aire y miró hacia atrás. Nada. Pensó que los había perdido y que habían sido incapaces de seguir su correría caótica y desordenada. Se sentó en una pared de ladrillo que protegía un modesto jardín de una casa de familia. Entonces escuchó el ruido del motor de un automóvil que se acercaba. Intentó huir hacia el lado opuesto pero un ruido similar lo detuvo. Lo tenían cercado. Había llegado el ajuste de cuentas por parte de la Secta. No tenía cómo escapar. El ruido de ambos vehículos se acercaba. Sintió su respiración agitada y un sudor frío le humedeció la frente y las sienes. No quería morir masacrado de esa manera. Se arrodilló, cargó su revólver y revisó las dos armas que les había sustraído a los hombres del parque. Por lo menos, se dijo, era necesario morir con una mínima dignidad.

Misteriosamente, su mirada se detuvo en una circunferencia que tenía justo frente a sí, a dos pasos de distancia. El círculo en medio del pavimento parecía contemplarlo como si fuera un inmenso ojo metálico que quisiera comunicarle un mensaje secreto. Reaccionó con rapidez y abrió la alcantarilla con la ayuda de los cañones de las armas que acababa de revisar. Una escalerilla de acero se perdía en la profundidad de un agujero inescrutable. No lo pensó dos veces, agarró la mochila y las armas, colocó la tapa metálica en su sitio y descendió por la escalerilla, tanteando a cada paso para reconocer la llegada a piso firme. Arriba se escuchaba una algarabía confusa, gritos de mando y voces de alerta. Por fin su pie derecho tocó una superficie de cemento. Muy cerca, tal vez a un metro de distancia, había una corriente de aguas negras. Lo supo por el sonido del empuje de las aguas y por el olor fétido y nauseabundo que enrarecía la atmósfera del lugar. Caminó pegado a la pared, siguiendo el curso del agua que tenía junto a sí. Sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y pudo divisar el diseño de los conductos a diez o doce metros de distancia. Las luces nocturnas de la ciudad se filtraban a través de los estrechos huecos de las tapas de las alcantarillas, iluminando los subterráneos con ráfagas de una claridad que permitía detallar hasta las mínimas formas de los recintos. Caminó durante media hora a través de las bóvedas y los túneles, y se encontró de nuevo una escalerilla que ascendía

verticalmente. Acomodó la mochila y escaló en busca de un aire limpio que ya le hacía falta en medio del hedor y la descomposición que se extendía a lo largo de las catacumbas. Empujó la tapa de la alcantarilla hacia arriba y no alcanzó a elevarla siquiera unos centímetros cuando perdió el equilibrio y se precipitó hacia abajo, golpeándose en la caída contra las paredes laterales y las estructuras de metal que servían de soporte a la vieja escalerilla. Sintió el duro choque contra el piso, perdió el aire y todo desapareció de improviso. Recobró el sentido a los pocos segundos y notó que no podía incorporarse. Se había roto la pierna derecha, el hombro izquierdo lo tenía desencajado y el brazo derecho lo tenía destrozado a la altura del codo y de la muñeca. Miró hacia arriba con la esperanza de que la tapa de la alcantarilla hubiera quedado al menos desplazada de su posición inicial, pero el movimiento no había sido suficiente como para impulsarla hacia uno de los lados. Aun así gritó, pidió ayuda con la ilusión de que alguien allá arriba escuchara sus demandas de auxilio y lo rescatara de las profundidades. Fue en vano. Se acercó a la escalerilla con el anhelo de poder ascender por tramos, con largas paradas entre un escalón y otro, pero era imposible: el dolor lo doblegaba y el cuerpo no le respondía.

Leonardo Sinisterra estuvo así, tirado en un rincón de las criptas del subsuelo de la ciudad, durante muchos días con sus noches. Tuvo accesos de pánico, lloró y suplicó un final menos aterrador y más decoroso. El hambre y la sed lo debilitaron hasta convertirlo en un cuerpo inmóvil con la mirada fija en el vacío. En sus últimos accesos de lucidez pensó en Isabel, en cuánto le hubiera gustado compartir a su lado una vida de amor y de amistad. La veía sonriente, soltándose el cabello en un atardecer rojizo acariciado por una brisa suave y delicada. Después las alucinaciones y el embrutecimiento le impidieron pensar o imaginar razonablemente. La muerte le llegó como una bendición, como un soplo de alivio que lo liberaba de una existencia que se había convertido en una pesada carga cuyo desenlace era en realidad una humillación y una tortura. Vio una luz blanca que se acercaba a él y lo cobijaba con candor y ternura. Cerró los ojos y se dejó colmar por esa luminosidad plácida y maternal.

# Epílogo

DIARIO DE SIMÓN TEBCHERANNY EN LA CIUDAD APOCALÍPTICA

**Junio 9:** Bajo el signo de Géminis el mundo se duplica, cada objeto y cada ser parecen tener una dualidad que los mistifica y los engrandece. Voy por la calle contemplando vitrinas y restaurantes, y tengo la impresión de haber llegado a un punto donde se hace palpable mi desadaptación al sistema. No encajo. Me he quedado fuera, como un engranaje suelto o como un piñón alejado de la maquinaria a la que inicialmente perteneció. No deseo figurar ni triunfar, no anhele dinero, no quiero hacer familia: me he convertido en un caminante desocupado sin ambiciones, sin pretensiones, sin codicia. Sospecho que me quedé sin destino. ¿Será esa la razón por la cual, en un momento dado, Ulises decidió llamarse Nadie?

**Junio 12:** Éxito, triunfo: palabras que hacen daño, que siguen maltratando. Es así como el escritor, el pintor o el intelectual hacen parte ya del espectáculo contemporáneo, del show donde cualquier vida se negocia y se prostituye.

Estoy convencido de que es preciso pensar o producir desde el borde, desde los resquicios, desde los rincones, nunca desde el centro. En el centro, en la oficialidad, nada sucede.

**Junio 14:** Creo en un escritor o un intelectual que no esperan nada, desarraigados, que trabajan sin objetivos más allá de su trabajo mismo.

**Junio 15:** Me dispongo a escribir una segunda novela. He regresado a mi ciudad y me he dado cuenta de que no he logrado narrarla, capturarla a través de la escritura. Por ahora comienzo a recorrerla de nuevo, a caminar por sus calles como si estuviera acariciándola. No escribo nada: veo, escucho, toco, huelo y me ejercito en la degustación nocturna de esos licores baratos bogotanos que me dejan a orillas de la demencia. Y pienso, pienso día y noche.



**Noviembre 8:** Llevo meses sin hacer nada, vagando por las calles, bebiendo cerveza en bares de mala muerte, buscando historias y personajes que merezcan la escritura. Parezco una rata devorando desperdicios, un buitre alimentándose de carroña.

**Noviembre 9:** Ha muerto Deleuze. Se lanzó por la ventana de su apartamento en París. Esa imagen no me deja en paz. Me levanto en la noche y veo su cuerpo buscando el vacío, cayendo como un pájaro herido en pleno vuelo.

No sabemos lo que puede un cuerpo. Poblamos el mundo con una materia que desconocemos, somos una corporeidad cuya multiplicidad de intensidades ignoramos. En consecuencia, anhelamos un cuerpo que cruce el mundo como las grullas de Maldoror, como el gigantesco pájaro níveo de Arthur Gordon Pym, como el albatros de Baudelaire en su vuelo perfecto y casto, como el descompuesto pájaro de Coleridge. Sabemos que un nuevo mundo es imposible sin un cuerpo que lo invente. Estamos en búsqueda. La inocencia es nuestra arma. Un día levantaremos vuelo y surcaremos un aire surreal y elástico, como una bandada de pájaros migratorios viajando a través de la rueda zodiacal.

**Enero 17:** He recibido una pequeña carta de Raquel. Dice así:

*Simón de mi alma,*

*nada aquí te recuerda, pero es inútil, te presiento adelante, por las encrucijadas de la ciudad equívoca, y me veo cumpliendo cosas como si fuese otra. Así el horror ha llegado sin ruido y sin apelación. Y caminas entre mis manos polvorientas, entre el sí y el no de tantas sombras, y donde las demás voces ya se extinguen. Sé que aún debemos reunirnos una vez más. Formas parte de lo hondo (la huella).*

*Salgo corriendo a bailar a la academia, a establecer presencias con la noche ante un espejo. Allí (donde lo hago para ti), donde sé que tu forma pertenece por mitad a las tinieblas, y el vidrio liso me detiene, enciendo luces y veo propagandas y cines, vitrinas con paraísos prohibidos, reflejos de bailarinas semidesnudas que me convierten en una mujer de loterías y nostalgias.*

*No te preocupes por mí. Inventaré otro pretexto que traiga de los cielos nuevos desórdenes y hallaré en el fondo de mí otra mujer que suscite la concupiscencia.*

*En ti, una vez más,*

*Raquel*

**Enero 18:** Una idea de Virgil Gheorghiu: «Ciudadano es el ser humano que no vive la dimensión social de la vida. El ciudadano es el ser humano más peligroso que ha aparecido en la superficie del globo desde el cruce del hombre con el esclavo

técnico. Posee la crueldad del hombre y del animal y la fría indiferencia de la máquina».

**Enero 19:** Mi respuesta a la carta de Raquel:

*Raquel,*

*escribir desde Bogotá siempre es una experiencia inquietante. Es difícil llevar a la escritura aquello que se percibe, esas múltiples formas como en Bogotá nos llegan el caos, la violencia, el humor, la desmesura. En apariencia las imágenes son las de cualquier ciudad latinoamericana, pero detrás de esas imágenes una presencia sutil crece por debajo, una especie de desastre dulce, de tierna destrucción inminente. Dos ejemplos, creo, serán suficientes.*

*Hace un par de meses aparecimos en los periódicos internacionales por algo que se llamó «El caso Mendieta». Un solo individuo, delirante, alucinado, descuartizó 57 personas con una moto sierra. El hecho fue considerado «crimen de lesa humanidad», es decir, proporcional a las matanzas de los campos de concentración nazis. Pues bien, el individuo fue destituido de su cargo en el ejército, y él, alegando persecución política y amenazas por parte de las ONG, decidió viajar a Bogotá y buscar apoyo y solidaridad para «su causa». Según informaciones que me llegaron de los bajos fondos, se rumora que el tipo se vinculó a los grupos de limpieza de Bogotá, ésos que asesinan gamines y travestís. ¿Te imaginas? Un Mengele tropical con su motosierra y su mirada de loco rondando las noches bogotanas en busca de carne fresca. Neovampirismo militar tercermundista.*

*La segunda historia es el contrapeso a la primera. Un seminarista pobre y miserable del barrio La Aurora, en los cordones de miseria al sur de Bogotá, decidió liberar a la ciudad de sus culpas. Cansado del crimen, del agravio, del pecado constante, quiso hacer una acción para salvar la ciudad. Ahorró unos pesos y compró dos maderos enormes, y en la carpintería de un vecino construyó una cruz. Esperó a que llegara el Miércoles de Ceniza (día en que comienza la Cuaresma) y salió con su cruz al hombro a recorrer la ciudad para purificarla. Durante cuarenta días y cuarenta noches peregrinó por ahí, de calle en calle, al azar, viviendo de la caridad, durmiendo en cualquier esquina. El otro día vi unas fotos viejas en el periódico El Espacio: barbado, con la ropa hecha jirones, flaco, feliz, inmensamente feliz. Su mirada juvenil era de una sincera dulzura. El Viernes Santo del año pasado subió al cerro de Monserrate con su cruz, frente al centro de Bogotá, y pidió ser crucificado en ella. Neonómadas cristianos, neomísticos urbanos en perpetuo viacrucis.*

*Un cierto misterio, una curiosa emoción me produce pensar que ahora, mientras escribo esta carta, un carnicero y un místico luchan ahí afuera por el alma de la ciudad. Me he vuelto, Raquel, muy sensible a esta realidad inmediata que aplasta a nuestro país sin permitirle sosiego ni reposo. A la vuelta de la esquina nos espera una cuchillada o una bendición. Aquí, como siempre, nos debatimos entre el salvajismo y la bacanería.*

*Fortalécete.*

**Enero 22:** Abro la puerta del cabaret Scorpio City, cueva neokitsch metropolitana, y las ideas que vengo rumiando se desvanecen entre el humo que despiden los cigarrillos de los clientes y de las muchachas que atienden a las mesas. «La cárcel de Sing Sing», cantada por Alci Acosta, inunda el ambiente con sus tristes tonalidades. Busco a Gladys durante varios minutos y al fin la descubro sentada al fondo, en la barra, acompañada por la vieja Zelia. Voy a su encuentro y la forma cariñosa de sus abrazos me reconforta y me anima. Nos sentamos a una mesa y le pregunto a Zelia si desea tomarse unas copas con nosotros. La vieja asiente con una sonrisa y junta las manos en ademán de súplica: «Que sea aguardiente, amor. No bebo otra cosa». Ordeno una botella de aguardiente y tres copas. Gladys me abraza y me pregunta en voz alta:

—¿Te acuerdas de Zelia?

—Hace unos meses estuvimos en tu iglesia, abajo de San Victorino —respondo dirigiéndome a la vieja—. ¿No me reconociste?

—No, amor, discúlpame —dice la vieja con voz marcada por la borrachera—. Han pasado muchas cosas desde entonces.

—Robaron a Zelia, quemaron la iglesia y después la buscaron para matarla —me dice Gladys—. La escondimos nosotras, turnándonos para protegerla.

—Cuestión de negocios, supongo... —digo haciendo alusión a algún cruce de droga.

—No, amor —responde Zelia con amargura—. Es una larga historia.

—Tengo tiempo —digo para entusiasmarla—. Tenemos una botella por delante.

La vieja me mira a los ojos como midiéndome, como hurgando en mi interior. Un escalofrío me baja por la espalda. Un sexto sentido me dice que la historia de esta vieja vale la pena, que de pronto esto es lo que vengo esperando para comenzar la novela. Gladys interrumpe esa mirada penetrante de animal perseguido.

—Confía en él, Zelia.

—¿A qué religión pertenece usted?

—A ninguna.

—¿En qué trabaja?

—Era profesor de literatura.

—¿Era?

—Sí, me retiré.

—¿Por qué?

—Me asfixié. De un momento a otro todo comenzó a oler mal a mi alrededor.

—¿Qué hace ahora?

—Nada. Vivo de unos ahorros y pronto comenzaré a escribir un libro.

—¿Sobre qué?

—No sé todavía.

—¿Tiene amigos o familiares en la policía o en el ejército?

—No.

—¿Amigos o familiares en sectas religiosas?

—Tampoco.

—Sírreme un trago, por favor.

Aprovecho y sirvo en las tres copas. Procuro esconder y disimular la curiosidad que me embarga. Espero. Zelia bebe su aguardiente de un solo sorbo, se acerca más a la mesa para hablar en voz baja y comienza a contar su historia. Al principio con lentitud, sin apresurarse, y luego, cuando la acción se vuelve rápida y complicada, ella acelera el relato, se atropella, sube la voz y agita sus manos con nerviosismo y desesperación. Yo dependo de esa historia, quedo atrapado en ella como un insecto en una telaraña, y sirvo aguardiente sin perder ni por un segundo la atención en las palabras de la vieja. Sí, esto es lo que yo venía esperando: una historia donde la ciudad es atravesada en varias de sus capas, como un viaje al interior de una cebolla. Un inspector, crímenes, religiosos medievales camuflados en busca de poder, vagabundos y nómadas prehistóricos viviendo de los desechos, y al final las cloacas de la ciudad como lo más íntimo, como el inconsciente donde fluyen y habitan las materias prohibidas de la ciudad. Zelia termina y yo estoy perplejo, sorprendido ante una lírica urbana semejante.

—¿Cómo supieron que tu amigo había muerto en los conductos de aguas negras?

—Su novia regresó del exterior y emprendió una campaña para encontrarlo. Unos vecinos del sector donde lo habían acorralado contaron a los investigadores lo sucedido la noche en que Leo se vio obligado a fugarse por las cañerías.

—¿Y lo hallaron?

—Con ayuda de los bomberos se revisaron las alcantarillas de las calles cercanas, y en efecto, encontraron un cuerpo semidevorado por las ratas. Los exámenes de Medicina Legal comprobaron que tenía varios huesos rotos.

—¿Sí era él?

—Lo reconocieron por la dentadura.

—Después te persiguieron a ti.

—Aún me persiguen.

Gladys me hace un gesto para que nos vayamos. Pido la cuenta y le agradezco a Zelia su confianza. Le reitero mi amistad y mi solidaridad. La verdad es que estoy en deuda con esta mujer.

**Enero 23:** Investigo las declaraciones de Zelia. He revisado los periódicos correspondientes a la época mencionada y he visitado los lugares donde sucedieron las acciones, y ya mi cabeza es una tormenta de ideas y de imágenes que intentan, aún en vano, convertirse en novela.

**Enero 24:** Quisiera un protagonista que atravesara varias capas de la ciudad sin quejas ni lamentos, sin denuncias, sin discursos sociales ni políticos, sino más bien desde la aceptación de un destino que es un largo viaje hacia lo inevitable.

**Enero 25:** No poseer la mujer que penetramos. Eyacular en tierra de nadie. Semen nómada, semen errático, semen vector hacia la nada. Evoco ahora la imagen del Robinson de Michel Tournier, solo en su isla, eyaculando sobre las flores o vigilando su semen depositado en las rocas de la playa, esperando que vengan las aves y lo lleven por los aires para fecundar allá, lejos, una tierra incógnita y desconocida.

**Enero 27:** Pedogogo: el que habla pedos, aires, y cree enseñar a través de esos aires. Toda una sociedad confiada, devota y creyente en una pedagogía que devela una vez más nuestra incapacidad para transmitir conocimiento.

**Enero 28:** En el siglo XIX la ciudad arquetipo era París. En el XX ha sido Nueva York. Ahora, a las puertas del tercer milenio, la ciudad tercermundista es el arquetipo: caos, violencia, cordones de miseria, vagabundos nómadas en busca de alimento, niños asesinos y asesinados, habitantes de las alcantarillas, multitud de dementes por las calles... Nosotros ya nunca seremos como París o Nueva York, sino al revés. Ellas, cada vez más, se parecen a Bogotá, a Río de Janeiro o a Ciudad de México. Somos el futuro. He ahí nuestro difícil privilegio.

**Enero 30:** Continúo con mis averiguaciones personales con respecto al caso del

inspector Leonardo Sinisterra, el amigo de Zelia. Estuve en la sede de investigaciones especiales de la policía y me di cuenta enseguida de que mis preguntas incomodaban y alertaban a los funcionarios a los cuales interrogaba. Visité también las sedes religiosas mencionadas por Zelia y me llevé la misma impresión: respuestas evasivas, miradas nerviosas y ademanes torpes y confusos indican una realidad secreta con respecto a este hombre, una realidad oscura y tenebrosa. Interesante.

**Enero 31:** Logré entrevistarme con Zelia y tomar notas de sus largas y completas declaraciones. Hablamos toda la tarde en un salón al fondo de un burdel de confianza donde se esconde. Apunté detalles y minucias que más adelante, cuando comience a narrar, me serán indispensables. Aquí estoy otra vez, en el centro de la literatura, yo, que creí que había llegado el momento de callar y de aislarme para siempre.

**Febrero 2:** He descubierto una pequeña plazoleta en uno de los barrios marginados y olvidados del sur de Bogotá, en Ciudad Bolívar, donde tres o cuatro de los grupos de rap del sector vienen a practicar sus pasos de baile y sus letras rápidas y desarticuladas. Me hago en la parte de arriba y los observo cantar y contorsionarse durante horas, hasta que el cansancio y la sed los obligan a detenerse y a ir en busca de un jugo o una gaseosa.

Pienso en una gigantesca ciudad-caos que produce una literatura-rap: giros, contracciones, retorcimientos, ritmos veloces, convulsiones y respiraciones agitadas que se toman la escritura. Esa sería una magnífica experimentación: buscar una palabra que venga de un cuerpo desestabilizado.

**Febrero 7:** Me siguen. Pensé en un comienzo que se trataba de mi paranoia habitual, pero no, lo tengo confirmado. Vigilan mi casa y un hombre, disimuladamente me pisa los talones cada vez que salgo a la calle. Es de suponer que mi línea telefónica esté interceptada.

**Febrero 14:** Me he cortado el cabello a ras y me he dejado bigote y patillas para modificar mi aspecto físico. Salgo poco y no repito lugares ni horarios. Me he vuelto impredecible, sin rutinas fijas que permitan ubicarme y capturarme. Debo comenzar a escribir cuanto antes.

**Febrero 15:** Nuestra época se ha especializado en un tipo de poder particular: el

poder del ojo, el «hacer ver», el control visual. Proliferan las técnicas extremas de multiplicación de realidades a través del ojo. Este peligro está detectado. Sin embargo, no es éste el poder más peligroso. La amenaza se cierne en torno al oído: la cantinela, el estribillo, el rezo repetido para alcanzar el perdón, la música que enajena, que crea otro ser, que modifica la percepción, que afecta al escucha. La gran masa popular está siendo movilizada a través del oído: la secta, el predicador, el orador extático que exorciza, anuncia, sana, clama y profetiza nuevos mundos. El poder está en la multiplicación de nuevas creencias, y esto no es visual, sino auditivo. Entra por el oído y modifica el cerebro. Muchachos que abandonan sus casas para ingresar a sedes religiosas, estadios y teatros llenos de gente llorando y abrazándose amorosamente, hombres y mujeres con un tambor y rapados cantando por las calles. Acaso por eso las sectas religiosas se han tomado la radio: porque la cultura popular es radial. Una energía se apodera de miles de cerebros e inventa modos de vida y percepciones colectivas: estamos ante un nuevo comportamiento insectívoro urbano. En cada uno de nosotros habita en potencia un hombre-hormiga que sale a flote en la iglesia o en el concierto de rock en medio de cantos y arengas. En esas frecuencias nuestro cerebro es controlable.

El rap: un movimiento de contracultura que despierta la atención sobre el fenómeno del oído. El predicador versus el rapero.

**Febrero 16:** Me acerco a la ventana de mi habitación y veo unos obreros trabajando en construcción. Edificios, edificios: abejización arquitectónica. La abeja humana que trabaja en la conformación de la ciudad-panal.

**Febrero 17:** Han asesinado a Zelia. Le dispararon en el terminal de autobuses, cuando se disponía a abandonar la ciudad. Mañana comienzo la novela. No esperaré un segundo más. Creo que estoy preparado en mi interior para el encierro y la soledad.

**Marzo 20:** Ha pasado un mes y voy avanzando con rapidez en la conformación de la estructura narrativa que me propongo. Diversas voces que, anónimamente, van poblando la narración. Unas veces acercándose, intimando casi con el protagonista, y otras alejándose hasta el narrador omnisciente. Son voces sin rostro ni identidad. Procreaciones paralelas, seres que aparecen y desaparecen, ataques esquizofrénicos de una voz única y tiránica. Y no deseo escribir una novela policíaca tradicional,

maniquea, con el característico triunfo del bien sobre el mal en las últimas páginas. No. Dejaré que la realidad triunfe sobre la forma, respetaré la historia tal y como me la contó Zelia. No deseo imponer estructuras moralizantes para conjurar el caos y la injusticia. En un país con el 97% de impunidad, una novela policíaca con final feliz es pura literatura fantástica. Aquí, en América Latina, el descenso al Hades no tiene retorno.

Salgo a la calle estrictamente lo indispensable.

**Abril 20:** Carta balsámica de Raquel:

*Simón,*

*tu nombre y tu color, y la fraternidad de tus amigos (que son como una legión secreta), no obedecen ya a una rebelión, sino a un privilegio solitario: es como un intenso fuego al que accedo cuando me cruzo con tu mirada, es la sombra de una desmesura que estalla, que no acaba nunca: exceso de vida. Pero acceder no es suficiente. Si yo pudiera nombrar las cosas, precisarlas, hablaría de tu calma frente al peligro, con esa especie de intriga lúcida que te obliga a no preocuparte por el mañana. Tú no buscas tu alma, eres igual que los beduinos: sólo te adhieres a lo que se desliga, sólo te unes a lo que te deja libre. Debemos aprender a exasperar la existencia, a atenernos justamente a las no-elecciones. La vida humana vale poco y tú conoces la línea y no dejas de acercarte, franqueas el límite violentándote a ti mismo. Y la que está a tu lado debe convertirse en una fémica ebria siempre dispuesta a abandonarte.*

*Vivir en permanente prueba, a ras de la línea, como el navegante a vela que surca las aguas tanto a favor del viento como en contra. Semejante forma de vida requiere una atención extrema, cada gesto es de valor. Y el miedo ahí, latente... Tal vez de lo que se trata es de vivir un día en la coexistencia de lo irreconciliable. Hacer amistad también con lo negativo.*

*Escribe, escribe sobre esa ciudad que te maltrata y te fascina. Ella, en realidad, ha sido la única que ha podido separarte de mi lado.*

*Te ama,*

*Raquel*

**Abril 22:** Trabajo en la novela cuatro horas en la mañana y cuatro horas en la madrugada, durante mis largos insomnios. Es un empresa agotadora. He estado a punto de destrozar el manuscrito, de rasgar y quemar las decenas de hojas escritas a lo largo de estas semanas. Después me recobro y vuelvo a coger fuerzas para continuar.

Siguen vigilándome día y noche. Espero que no me asesinen antes de concluir una versión completa de la novela.



**Mayo 20:** He estado en la casa de Adriana viendo sus cuadros. Me gusta su fuerza, que con el tiempo llegará al lienzo y exigirá formas y colores, ritmos y volúmenes, contrastes y energías e intensidades. Entonces ella aprenderá esa difícil lección que nos da el arte: convertir los infiernos interiores en fuerzas positivas.

**Mayo 27:** He concluido. Estoy rendido de fatiga. Dejé una de la novela en el taller de Adriana. He narrado todo.

**Junio 9:** Ha llegado el momento de despedirme una vez más de la ciudad. Sé a qué atenerme: si me quedo será una manera de entregarme a la intolerancia y a la intransigencia, de botarme entre ellas para ser despedazado, de lanzarme entre brazos para ser crucificado en un nuevo sacrificio inútil, es ése mi destino. Debo salvar una fuerza que viene de y lejos, que atraviesa los bosques del Neolítico y las capillas del Medioevo, una fuerza que está en mí, que habita en mi interior como un canto ininterrumpido. Es mi deber salvar esta fuerza milenaria que he heredado involuntariamente.

Estoy en Casa Show, el burdel donde Sinisterra comienza a descifrar los asesinatos de prostitutas. Estoy sentado en la última fila, despidiéndome de mi ciudad en secreto. Allá, en el escenario, una muchacha morena se desnuda al ritmo de la música. Adiós, Bogotá, ciudad apocalíptica de las mil heridas, ciudad venenosa que te ensañas con los que no te comprenden, ciudad de dulce crueldad, ciudad-travesti de maquillajes incomprensibles. Llevaré tu veneno en mis entrañas con la más profunda jovialidad. La muchacha termina de desnudarse, yo miro su sexo negro y evoco estos dos versos dolorosos: *Y es entonces cuando peso mi exilio / y mido la irrescatable soledad de lo perdido.*

Bogotá, noviembre y 1995

## Nota

El artículo del doctor Joseph Satten citado en el capítulo segundo es el famoso artículo psiquiátrico citado por Truman Capote en *A sangre fría*.



MARIO MENDOZA ZAMBRANO (Bogotá, Colombia, 1964 - ). Estudió en el Colegio Refous y en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá donde obtuvo la maestría en Literatura Latinoamericana. Posteriormente, es profesor del Departamento de Literatura de la misma universidad en la que había estudiado. Aunque siempre profundamente vinculado a su Bogotá natal, Mario Mendoza cruzó el Atlántico en diversas ocasiones. Lo hizo cuando fue a Toledo, para asistir en los cursos de literatura hispanoamericana de la Fundación Ortega y Gasset, y también para ir a Israel donde residió en Hof Ashkelon, una de las zonas más calientes del planeta. Fue después de este viaje cuando, al regresar a su país, empezó a publicar algunos artículos en diarios revistas colombianos. En el otoño de 1997 trabajó en James Madison University en Virginia, EE.UU.

Luego de licenciarse en literatura y trabajar como pedagogo, Mendoza, decidió iniciar su carrera literaria a partir de 1980, combinando la escritura con la docencia y la colaboración con diversos medios culturales como diarios y revistas, entre otros, la Revista Bacánica y El Tiempo. Ha impartido clases de literatura durante más de diez años.

Gracias a su novela *Satanás*, obtuvo el Premio Biblioteca Breve de la editorial Seix

Barral en 2002. Mendoza, es uno de los autores latinoamericanos más reconocidos de la actualidad.